

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VII

1º DE FEBRERO DE 1898

Nº 147

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA LIMOSNA. — Por W. C. T. Fobson

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

LANCE DE AMOR

ACUARELA 1ª

Al pie de la alta sierra
Que abrupta y escarpada
Alza, de niveos y flotantes velos,
La frente coronada;
Atalaya del mar, linde que cierra
Paso á la honda bravía,
Y guarda con amor sobre su falda
A la gentil ciudad, gloria del día,
Alcázar de las flores,
Que vive sobre campos de esmeralda,
Por noble y bella, despertando amores:
Bajo soto silvestre,
Y de una fuente al rumoroso arrullo,
Ave blanca en las frondas escondida,
Está un hogar campestre
Que, con silencio y calma,
Tristes cuidados á olvidar convida
A los que buscan la quietud del alma
Heridos en las luchas de la vida.

—
Allí todo respira
El aura de otros tiempos, no mejores,
Pero en que dulcemente
Con hidalga ambición nuestros mayores
Dejaban ir, como tranquila fuente,
La existencia á su fin, sin que preocupe
Al ánimo contento y sosegado
Temor del porvenir, bien del pasado.

—
A mirar sobre el valle,
Que el claro Guaire riega,
La casa blanca al parecer se asoma
Por inclinada calle,
Que sol, aves y flores
Pueblan de luz, de música y colores.
A un lado está la vega
Que la onda fría del Anauco bebe;
Al otro, desmayado
El cafetal bajo el purpúreo fruto,
Ofrece á afán honrado
Dulce esperanza y natural tributo.

—
Entremos por allí:—Leyendo atenta
En un papel que su ánimo preocupa,
De una tupida, rústica enamada,
Que los rayos del sol calma y ahuyenta,
Bajo el dosel umbrío,
Sobre un sillón de mimbre; reclinada,
Una mujer está, joven y bella;
Blanca la veste, sobrio el atavío,
La tersa frente pura,
Todo revela en ella
Bondad, modestia, gracia y hermosura.

—
Pero fue lentamente
Una nube sombría,
Cual transparente velo,
Aglomerando sombras en su frente;
Y se pone de pie, la silla aparta,
Y altiva arroja al suelo
Hecha pedazos, con desdén, la carta.

—
Oyóse en lo tupido
De un bosque cercano
Ahogada exclamación, que más bien era
Selvático rugido
De aprisionada fiera
Que el eco rudo de un acento humano.
Y en el propio momento
Que abandonó la hermosa
Del cenador el apacible abrigo,
Rápido, audaz, violento
Rompiendo el seto con robustos brazos,
Un hombre, acaso de su acción testigo,
Penetra en la enamada,
Con resuelto ademán y faz airada,
Y recoge el papel hecho pedazos.

Luégo fijando la feroz mirada
Hacia la casa oculta por las flores,
Con voz que parecía
Que del hondo del pecho,
Como la lava del volcán salía,
Rauda expresión de indómitos rencores,
Exclama amenazante. "¡Pronto pago
Tendrá tu orgullo necio,
Y lágrimas y sangre en premio aciago
Ha de dar mi venganza á tu desprecio."

ACUARELA 2ª

En un potro de la pampa
De este nuestro hogar nativo,
Oreja inquieta, ojo vivo,
Suelto el paso y bella estampa;

Con gentileza y donaire
Y con aspecto marcial,
Cruza un gallardo oficial
Las verdes vegas del Guaire!

Mas al llegar á la senda
Que va del Ávila al pie,
Por ella entrar se le ve
Moviendo al potro la rienda.

Ya es la noche, y más oscura
A cada instante parece,
Porque la sombra se acrece
Del bosque en la espesura.

La luna que lenta se mueve
Por el pálido horizonte,
Deja en tinieblas el monte
Velada por una nube.

Va el jinete sin temor,
Y por el sendero avanza,
Cautivo de la esperanza
En las redes del amor.

Salva luégo una barranca
Y la ancha avenida toma,
Por donde á mirar se asoma
Al valle la casa blanca.

En ella una luz alumbra,
Y á su favor piensa ver,
La sombra de una mujer
En la confusa penumbra.

Y todo, al verla, lo olvida,
Penas pasadas y enojos,
Y fija en ella los ojos,
Concentra en ella la vida.

Y con cariñoso exceso,
Mensaje que al aire flía,
A su hermosa amada envía
El noble galán un beso.

Y al dócil potro espolea,
Y éste el paso alarga, apura,
Rompiendo la sombra oscura
Que por doquier le rodea.

Y va absorto de tal suerte
Que de la pavita el canto
No escucha, que anuncia llanto,
Y que es presagio de muerte.

Y prosigue, y cuando llega
Y el linde pasa de sombra,
Se oye una voz que le nombra
Y una explosión en la vega.

Se estremece la montaña
Y, por quebradas y huecos,
Van repitiendo los ecos
Aquella explosión extraña.

Del nublado que la asedia
El cerco rompe la luna,
Y á alumbrar viene importuna
Aquella horrible tragedia.

Él herido y moribundo,
Ella á su lado de hinojos
Fijos los nublados ojos
En él con dolor profundo.

Y en medio de aquella escena
Que acongoja, oprime el alma,
¡Reina en todo augusta calma!
¡Está la noche serena!

GUTDO SALVI.

LOS CISNES

Los cisnes de Otoño surcaron el cielo
Batiendo las alas con pompa triunfal—
Y en el ritmo suave del pausado vuelo
Iban como aérea cabalgata ideal.

Y pálida y grave la luna ascendía
Cual severa góndola por un golfo azul,
Y sus velas de ámbar y ópalo tendía
Como gasas leves de un diáfano tul.

El vago crepúsculo, con silencio informe,
Avanzaba espiando la fuga del sol—
Que en el rojo lienzo del espacio enorme
Forjaba cien islas de un mar de arrebol.

La música triste de flautas ignotas
Volcaba en el viento su blando gemir—
Y el eco traía lánguidas gavotas
Que en lentos pianísimos iban á morir.

Y los cisnes fueron volando. . . volando. . .
Y sus blancas alas, con pompa nupcial
Estelas de lirios de nieve trazando,
Iban como aérea cabalgata ideal . . .

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra-1897.

VISION

En la margen fatídica de un río
Taciturnos doblaban la cabeza
Y exhalaban suspiros de tristeza
Los árboles quemados por el frío.

Parecían sollozos congelados
En paisaje fantástico de Ensueño—
Las ramas, —encogidas en su sueño,
Como dedos de mártires crispados.

Y las olas cantaban sordamente
Misteriosas y extrañas letanías,
Por la paz de las muertas alegrías
Que arrastraba su fúnebre corriente.

Y allá lejos, el pálido horizonte
Era, en su tono gris, un ceniciento
Sudario, que maligno ataba el Viento
En los flancos estériles de un monte . . .

LEOPOLDO DIAZ.

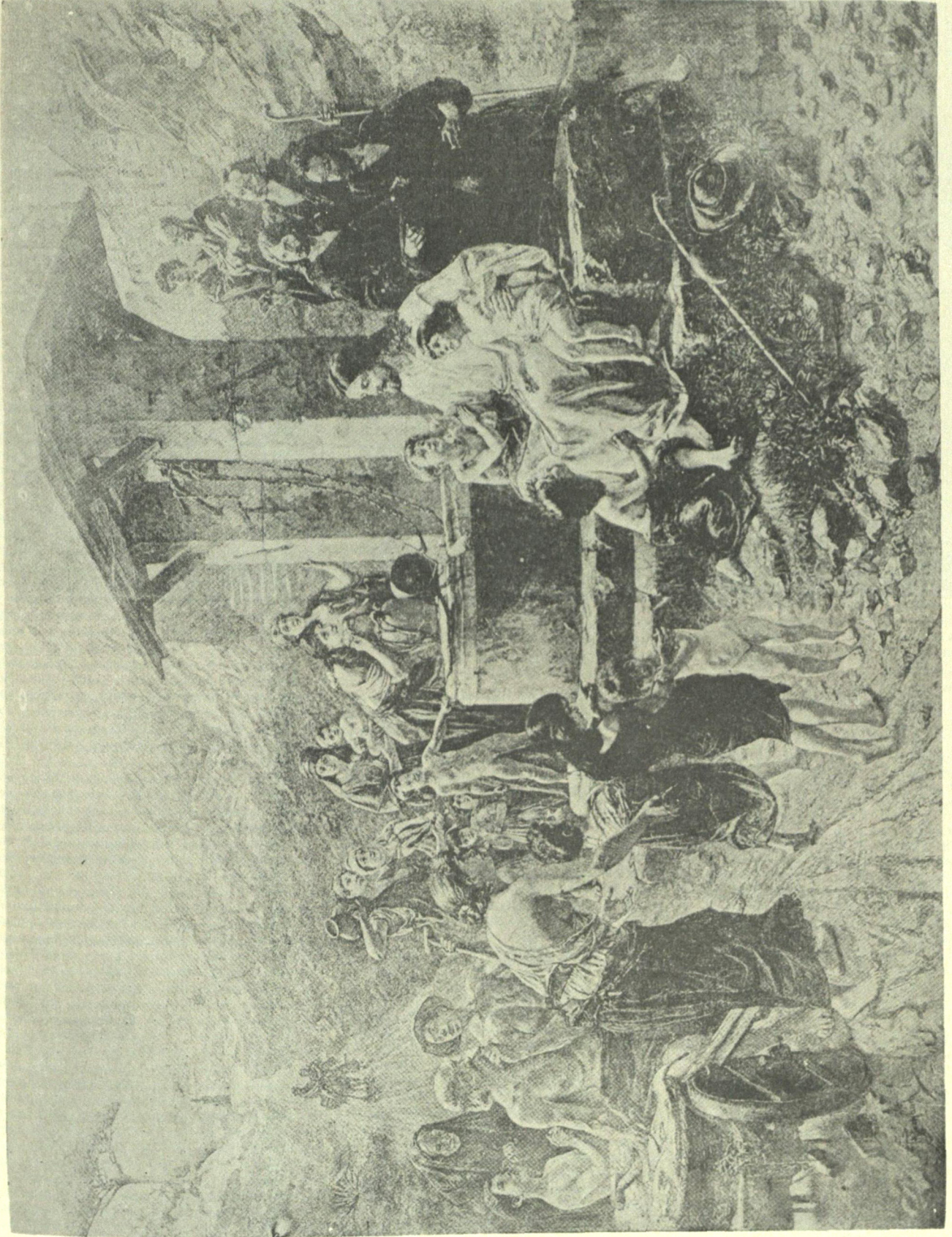
Ginebra-1897.

AUSENCIA

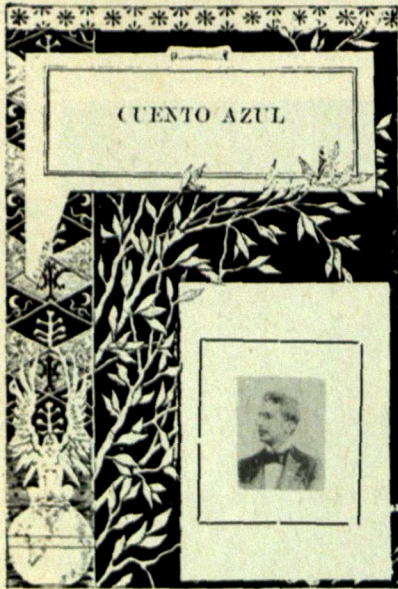
La brisa ligera,
la brisa burlona
que vive en el bosque,
que juega á su sombra,
que agita sus ramas,
que ríe en sus hojas,
que corre entre flores
besándolas todas,
que sopla en las alas
de las mariposas
hijas de los besos
del aire y las rosas,
que baja al arroyo
rizando sus ondas
y burla en sus quiebras
las nubes que copia.....
la brisa ligera,
la brisa burlona,
paréceme, á veces,
que arrastra una nota,
un eco querido
de voz cariñosa,
palabra indecisa
que la brisa loca
empieza y no acaba
como mi zozobra.....
rumores lejanos
de lejanas olas
que besan la arena
de ignoradas costas....
vibración que deja

canCIÓN amorosa
que algún genio lanza
y en el aire flota,
y la brisa lleva,
la brisa burlona,
del monte al arroyo,
del agua á las rosas,
de la flor al bosque,
del bosque á las ondas
del espacio, cárcel
de las mariposas,
y en torno á mi oído
juguetea y flota
llevándome el alma
prendida en sus notas!
¿Qué dice la brisa
con voz misteriosa?
Tal vez, peregrino
de tierras remotas,
me trae un suspiro
de dulce memoria,
el eco que busco,
la voz cariñosa.....
rumor de tus pasos,
el ¡ay! de tu boca,
mujer de mis sueños,
ensueño de gloria,
caricia del alma
que amante te nombra,
al verse, en tu ausencia,
¡tan triste, tan sola!

M. MORERA Y GALICIA.



DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN Á MÍ. — Cuadro de Frank Kirchbach



CUENTAN las crónicas del cielo —y estas crónicas las he leído en el cielo azul de unos ojos— que el Señor de los mundos y Padre de los seres ocupa altísimo trono, hecho de un solo enorme zafiro taraceado de estrellas, y deja caer á semejanza de vía láctea fulgurante y en dirección de la tierra, mezuquina y obscura, su lengua barba luminosa color de nieve, á cuyo laberinto de luz llegan, á empaparse en amor y convertirse en esencia eterna y pura, todas las quejas, todos los sollozos y el llanto inacabable de la humanidad proscrita.

Y según añaden las crónicas, toda alma de hombre está unida, por un hilo de luz muy largo y tenue, á las barbas divinas. Por ese hilo de luz, invisible para ojos humanos, es por donde ascienden la fragancia de los corazones y las bellezas nacidas y cultivadas en las almas: amores castos, perfume de obras buenas, plegarias, quejas, y sobre todo lágrimas, muchas lágrimas, las infinitas lágrimas que el amor arranca á nuestros ojos. Estas últimas, en su viaje al través de los cielos, son la causa de iris maravillosos, delicia de los bienaventurados; pero al fin de su viaje, y poco antes de convertirse en fuego inmortal, surgen en el extremo de las hebras de luz por donde han ido, en la forma de flores efímeras y radiantes, cándidas como lirios, purpúreas como rosas, ó delicadas y azules como flores de pasena. Y como á cada instante, y á la vez en el extremo de muchos hilos, están abriendo esas flores, parece como si las barbas divinas perpetuamente florecieran.

Sucedió que, una vez, al decir de las crónicas, uno de esos ángeles maleantes que todo lo espían con sus ojos de violeta y lo husmean todo con sus naricillas de rosa, púsose á considerar muy circunspecto, con mucha atención y cuidado, el entrelazarse y confundirse de las dos madejas de luz: la formada por los hilos que suben de las almas y la otra, color de nieve, que baja del rostro del Eterno.

Distrábase el ángel, contemplando unas veces la ascensión continua de iris mágicos, otras veces el incesante abrir de rosas, lirios y campanulas, cuando de repente fijóse con insistencia en un punto y comenzó á pintarse en el rostro una sorpresa indecible. Hizo un gesto de asombro; cayéronle sobre la frente, como lluvia de oro, algunos de sus rizos

más alborotados; y partió, vibrante como nunca, la centella azul y glauca de sus pupilas.

Lo que sus ojos acababan de ver, jamás lo hubiera concebido su mente de ángel. Dos de aquellos hilos provenientes de la tierra, y de los más hermosos, en vez de correr la misma suerte que los demás, yendo á perderse en el regazo del Padre, profundo océano de amor, se aproximaban uno á otro, llegados á cierto sitio, y seguían así durante un buen espacio, hasta enlazarse y fundirse por completo, formando una especie de arco fúlgido, por el cual pasaban, á bajar por uno de los hilos, las bellezas que por el otro subían. De manera que dos almas, almas elegidas á juzgar por las apariencias, eximíanse de pagar al Señor de los cielos el obligado tributo de gracias, perfume y amor.

El ángel, escandalizado con tal descubrimiento, lo calificó de crimen insólito, merecedor de todos los castigos, y se propuso ir en seguida á denunciarlo á los oídos del Padre. Pero como á la vez reflexionó que á quien todo lo sabe y todo lo ve presente, así lo que es como lo que fue y será, no podía pasar inadvertido nada de lo que en sus propias barbas estaba sucediendo, resolvió indagar por sí mismo, antes de romper en palabras acusadoras, lo que significaba aquel tejemaneje irrespetuoso de las dos almas predilectas.

Sin decir á nadie su intento, el ángel abrió sus alas de libélula, transparentes y vistosas, y siguiendo uno de los hilos culpables echó á volar hacia la tierra obscura.

En la tierra lo esperaba una sorpresa tal vez mayor que la recibida en el cielo. El culpable rayo de luz, objeto de su curiosidad, llegaba á un sitio apartado y agreste de la tierra española, caía en el silencioso recinto de un monasterio, y terminaba, coronando la frente de un viejo monje, en lo interior de una celda, blanca y desnuda de cosas vanas como la conciencia del justo. Y el ángel, confundido, pero armándose de astucia, siguió los pasos del religioso, presunto reo de una falta imperdonable.

Nadie recordaba ya el nombre que tuvo ese religioso en el siglo: Atanasio lo llamaban en el convento. Un día, años atrás, había llegado al monasterio con la señal de los viajes muy largos en el vestido, con la huella de las grandes torturas en el rostro, en demanda de paz, amor, y albergue. Extranjero, venido de países distantes, fatigado de errar de zona en zona, se acogía al reposo del claustro. Alma grande y buena, los hombres habían hecho de él un gran dolor. Joven y fuerte, aún tenía mucha costra de ceguera en los ojos; en el pecho, la tempestad de todas las pasiones; en los labios, la amargura de todos los ajenos. Pero él supo dar empleo á sus energías, cultivando su propio dolor, y lo cultivó tan bien que le hizo dar flores. Poco á poco limpió su alma, hasta dejarla blanquísima y pulcra como las paredes de su celda; y en su alma, como en un incensario precioso empezó á quemarse de continuo un incienso impalpable. La pureza fue desde entonces norma de su vida: ni una mancha en sus costumbres; su fuerza, la castidad; su mejor alimento, la oración; su alegría, el sacrificio. Nadie como él soportaba las grandes penitencias: los ayunos prolongados, ó las crueles mordeduras del flagelo. Sembró virtud, y la cosecha de alabanzas no cupo en las eras. Muy pronto fue de sus hermanos ejemplo, veneración y gloria. Los que le habían visto llegar como á un leproso, lo rodeaban como á quien da salud y reparte beneficios. En donde él ponía los pies, los otros ponían los labios, seguros de recoger un perfume; lo que él tocaba con sus dedos convertíase en algo como hostia; y cuando su boca se entreabría destilaba música y mieles. La fama de sus virtudes voló, con alas de paloma, fuera del claustro, y se fue esparciendo

por ciudades y aldeas, tanto que muchos apresuráronse á ir en romería á besar los pies del viejo monje.

Y el ángel, viendo y observando todo eso, admirábase cada vez más y se entristecía mucho. En vano trataba de penetrar el secreto de aquella existencia. En vano buscaba en el alma del monje la mancha que, según él, había de afearla. Comparaba su propia blancura con la blancura de alma del monje, y no sabía decir cual era mayor. Pero nada le impidió seguir creyendo que bajo todas aquellas apariencias de santidad andaban ocultas las garras del demonio. Animado por esta creencia, no se dio por vencido, y resuelto á terminar su obra, aunque algo triste y melancólico por lo infructuoso de sus primeras pesquisas, voló al cielo, para bajar de nuevo á la tierra, siguiendo el otro hilo culpable. Y por éste llegó á una ciudad americana, al seno de un oratorio discretamente escondido en una casa que tenía aspecto de antigua casa solariega. En la sombra del oratorio hallábase una mujer, ya anciana, la cual, puesta de rodillas, pasaba las cuentas de un rosario y dejaba salir de su boca el suave y monótono murmullo de los rezos. Era la dama bastante conocida en la ciudad. En su existencia todos podían leer como en un libro abierto; y, como al través de cristales muy diáfanos, todos podían admirar sus virtudes. Vestida con pobreza, caminaba por entre la multitud, en las manos la limosna, la oración en los labios. Nunca abandonaba la sombra de su oratorio sino por la sombra de las capillas ó la penumbra de las iglesias muy vastas. En catedrales y capillas habíase marchitado su hermosura, como en el altar las flores; y sus días volaban en una atmósfera de cantos místicos, como el humo del incienso. Los de su edad recordaban que, cuando joven, había sido bella y reinado con cetro de encantos y gracias en medio á una corte amable y numerosa; pero, sólo unos cuantos explicábase por qué un día, bruscamente, aún en la flor de los años y en la plenitud de la belleza, dejó caer el cetro de soberana, cerró el oído á los infinitos halagos de su corte y, sin más voto que el voto hecho ante sí misma, renunció á su cómoda existencia de rica, á todas sus costumbres muelles, para vivir, sin fatigarse jamás, arrodillada en las duras baldosas de los templos.

Y el ángel siguió los pasos de la beata, como antes los del monje, pero con éxito mejor. El muy curioso, poniendo el oído al rumor de algunas almas, insinuándose al través de muchas rendijas, hurgando viejas memorias, recogiendo, aquí y allá, papeles amarillos, flores muertas y pálidos bucles de oro, pudo sacar de lo más hondo del pasado una historia de amor, fresca, vibrante y luminosa como las mañanas de abril. Por fin tenía en sus manos el secreto perseguido con tenacidad inquebrantable, secreto amoroso, cuya tibieza de fuego oculto bajo cenizas lo bañó, acariciándolo dulcemente. Pero el ángel contestó á la suave caricia estremeciéndose de miedo y horror, como ante un inminente contagio.

¡Pícaras almas! Aquellos dos seres, que tan lejos uno de otro vivían, respiraron tiempo atrás el mismo aire, bebieron tiempo atrás la luz del mismo cielo, y sus almas, abiertas al amor, se mecieron juntas en el mismo idilio plácido. En breves días amáronse mucho, con todos los amores: tierna, casta, ardientemente. Luego, una mano profanadora turbó el idilio; la sombra de un crimen se interpuso entre los dos amantes, apagó en sus labios la sonrisa, llenó sus corazones de tristeza, y los fue separando lentamente, hasta arrojarlos por último: á ella, á la vida devota en un retiro casi impenetrable, á él, al destierro, al áspero camino de todas las peregrinaciones.

Separados para siempre, sin saber el uno lo que el otro hacía, fueron á dar al mismo refugio. Ella, en su oratorio, y él, en su celda, empuñáronse en matar el pasado, en ex-



DANTE Y VIRGILIO ATRAVESANDO EL LAGO DE LA CIUDAD INFERNAL DE DITÉ.— Por E. De la Croix

tinguir las llamas del amor terreno, en volver á la paz y á la inocencia, haciéndose humildes, muy humildes, y luchando por convertir la turbia fuente de sus dolores en la onda clara de un amor divino. Después de bregar días y años, lograron su fin: tornáronse buenos, y la plegaria—paloma blanca—se anidó en sus corazones para nunca más dejarlos. Pero, en realidad, en vez de matar el amor, lo mantuvieron vivo. Se aislaron, alejándose de los hombres, pero le dieron forma al recuerdo de la juventud y vivieron con él en perpetuo coloquio. Creyendo no amar sino á Dios, y sólo á Dios ofrecer en holocausto sus penas, amaban ese recuerdo de la juventud y le ofrecían todos los sacrificios. Cada uno guardaba la imagen del otro, como rosa de eterna fragancia en un altar sin mancilla. En ellos el amor continuaba siendo tan vivo y fuerte como antes, pero más ideal. Y la plegaria—paloma blanca—fue la mensajera de ese amor, secreto é invencible.

El ángel reconstruyó fácilmente las vidas del monje y la beata; comprendió lo que significaba el abrazo de luz de los dos hilos culpables; con toda evidencia apareciósele el desacato hecho á la Divinidad, desacato acreedor á un castigo sin término; y radiante de indignación voló al cielo y rompió á hablar con el tono severo de un juez implacable en la presencia divina:

Señor—dijo—hay dos almas pecadoras á las que debes abrumar con todo el peso de tu justicia. Son dos de tus predilectas, de las que enriqueciste con los dones más excelsos y colmaste de gracias. Tu generosidad sin límites las pagan con la más honda ingratitud. Viven olvidadas de tí. No sacrifican en tu honor una sola de sus bellezas, ni han quemado nunca en tus aras un solo grano de incienso.

Y no sólo se han olvidado de tí y de la senda por donde á tí se llega, sino que han pretendido traicionarte, haciéndote mediador de sus locuras. So pretexto de amarte, se adoran; so pretexto de rendirte culto, se ha convertido cada una en altar de la otra. En tus propias barbas, ahí cerca, se están besando siempre, entregadas á un amor nada puro, porque es hijo de la tierra. Señor! Castígalas. Abrúmalas con todo el peso de tu justicia.

El Padre, al oír esto, sonrió con sin igual dulzura, posó la mano derecha sobre la cabeza del ángel y, durante algún tiempo la acarició, enredando y desenredando los alborotados rizos de oro. Luego dijo: “ao te impacientes, ya verás como pronto haré justicia.”

Muchos ángeles y vírgenes que habían oído las palabras acusadoras del ángel recién llegado, pusieronse á esperar, con atención profunda, el fallo del Eterno.

Muy pronto, en efecto, las dos almas pecadoras, obedientes á la voluntad infinita, abandonaron el mundo. Casi á la misma hora encontraron al monje, muerto en su celda, y á la beata sin vida en su oratorio. Una sonrisa iluminaba sus rostros, y sobre la boca de ambos erraba un perfume.

A poco de viajar en forma de chispas refulgentes, y cada una por su hilo de luz, las dos almas se divisaron, reconociéndose, á pesar de la distancia. Entonces quedáronse inmóviles y despidieron un fulgor vivísimo, para continuar después el viaje y de tiempo en tiempo detenerse á lanzar nuevos fulgores. Eran besos que se mandaban al través del espacio, y en tales besos los hombres no veían sino vulgares exhalaciones, de esas que incendian el cielo por las claras noches de estío.

Las dos chispas viajadoras, acercándose cada vez más, subieron y subieron, hasta llegar al punto en donde se abrazaban los hilos. Ahí, encendidas como nunca, fundiéronse en una sola llama, la cual, á un gesto de la voluntad infinita, cuajóse en estrella y subió á resplandecer por los siglos de los siglos en la corona de astros que cife el Señor de los mundos y Padre de los seres.

Muchos de los ángeles y vírgenes que estaban atentos al fallo, sintieron las tristezas de la envidia: corridos y descontentos, no acertaban á comprender por qué merecían tan alto honor las dos almas pecadoras. Eran ángeles y vírgenes que no habían amado nunca, é ignoraban la virtud suprema de los que saben amarse con amor abnegado y sin fin. Algunos, en el colmo de la vergüenza y la envidia, escondieron su frente bajo las alas vaporosas, en tanto que resonaba por todas partes uno como rumor de innumerables harpas heridas, y caía, de verjeles invisibles, una lluvia de pétalos cándidos.

Y abajo, en la tierra oscura, un astrónomo desconocido, solitario habitador de una cumbre, habló á las gentes de un nuevo astro, cuya sonrisa blanca y suave alegraba el rincón más azul de los cielos.

M. DIAZ RODRIGUEZ.



PÁGINAS PARA LAS DAMAS

(Colaboración especial de EL COJO ILUSTRADO)

LA MUJER Y LAS JOYAS

Siempre que se ha querido simbolizar la tentación más fuerte de la mujer, artistas y poetas han colocado ante sus deslumbrados ojos, soberbias joyas, sin duda convencidos de que la vanidad, arraigando como en terreno propio, en el corazón femenino fácilmente rinde las virtudes más probadas. Pero, digan lo que quieran los sistemáticos detractores de nuestro sexo, es indudable y multitud de hechos lo atestiguan, que más, muchas más veces, se doblega la mujer al amor que á la vanidad en el variado curso de sus días, cediendo á las infinitas ternuras, que rebosa su alma apasionada.

En la mujer todo es amor, hasta la vanidad, que parece hija de contraria naturaleza. Vamos á demostrarlo sin grande esfuerzo. ¿Qué propósitos guían á la mujer, si quiera se trate de la más coqueta y vanidosa, al empeñarse con su lujo y atractivos, en eclipsar á las demás? Conseguir el amor de un hombre, aun cuando del amor tenga la coqueta una idea equivocada y lastimosa. No cabe dudar, sólo el deseo de ser incondicionalmente amada, impulsa á las mujeres, con loco afán, por el camino de la vanidad y del lujo; el día que se inaugure el reinado de las mujeres modestas y los hombres las elijan, distinguiéndolas sobre las demás, lo mismo en el hogar que en los salones, entonces el lujo, la vanidad, las joyas, en una palabra, habrán perdido mucha importancia. Semejante evolución en nuestras costumbres sociales, se nos antoja bastante lejana aún, pero algo puede conseguirse de práctico, sin romper abiertamente con los antiguos moldes, y este algo, corresponde por entero á las madres, quienes inculcando en sus hijas, desde la más tierna edad, ideas serias, positivas, acompañadas de reiterados ejemplos, conseguirán á poco esfuerzo triunfar del loco afán de adquirir joyas con que adornarse, ya que la mejor joya es la virtud y el más bello adorno femenino la bondad del corazón, que por igual pueden ostentar pobres y ricos.

Por otra parte, no puede llegar á más deplorable extremo la insensatez humana: los hombres hacen malas á las mujeres, primero lisonjeando su vanidad, después, en repetidas ocasiones, burlando el amor que lograron inspirarlas, y á diario culpan á la mujer, débil y confiada por naturaleza, si sus opiniones son erróneas sobre la sociedad y la vida. Claro que la naturaleza femenina, merced á pronunciadas reminiscencias infantiles, halla cándido placer en aumentar sus atractivos físicos, con las piedras preciosas que abrillanta y puede el artista con delicada labor; resulta imposible también negar, que los brillantes prestan nuevos y espléndidos fulgores á la belleza, que las perlas contribuyen á los castos atractivos femeninos, por eso sin duda, el uso de las joyas se halla autorizado á través de las generaciones y según sea la posición social que ocupamos, hay que gastarlas, no queriendo pasar plaza de mezquinos, defecto éste tan censurable como el de un insensato derroche.

La mujer no mira ni puede mirar con absoluta indiferencia las joyas, en razón á lo que favorecen su hermosura, pero de esto á suponer que esos deslumbradores adornos tengan la fuerza avasalladora de rendir una virtud, media un abismo. Y la coquetería es innata en todos los seres, desde los más graves á los más frívolos, no eximiéndose tampoco el hombre de esa ley general, puesto que cuando menos, emplea una parte de ella en elegir la forma del traje que mejor

le sienta, en hacerse de mil maneras el lazo de la corbata, y la coquetería y la moda le inducen á lucir á su vez brillantes y piedras preciosas, en alfileres y sortijas. ¿Por qué no transigir entonces con la coquetería, casi infantil, de la mujer que se afana por las joyas? Organismo el femenino, esencialmente poético y soñador, en mil ocasiones pide á la naturaleza la idea luminosa que ha de informar las evoluciones de sus atavíos; no es extraño, pues, que guste de las joyas, ya que la aurora le da la idea de los brillantes, merced á las gotas de rocío con que salpica su espléndida vestidura.

Después de todo, sería inútil, tanto como negar la luz del sol en pleno día, desconocer la belleza intrínseca de las joyas, porque el favor general de que disfrutan es prueba evidente de lo mucho que agradan y encantan los ojos. Bien entendida su adquisición, en un todo conforme á lo que permite la fortuna de cada uno, lejos de ejercer funesto influjo en el mundo, se convierten por el contrario en elemento auxiliar é inofensivo del gusto, y en risueña y delicada manifestación del arte. Sólo consideramos perjudiciales las joyas, cuando las adquiere sin reparar en sacrificios, una mujer que no es rica, cuando su loca é inconsiderada adquisición, arruina familias enteras, cuando finalmente, las joyas que una mujer ostenta, constituyen el oprobio, la desesperación de un padre ó de un marido.

No son necesarias, es verdad, pero la opulencia las busca como su complemento y la moda al ponerlas en circulación, auxilia directamente al arte, que se halla en continuo contacto con lo bello. Si la imaginación de la mujer no se sintiera atraída por los deslumbramientos artísticos, gustaría menos de las joyas; á buen seguro no las ama tanto por su riqueza, como por su hermosura y del mismo modo distingue á las flores con su predilección. Una mujer delicada no puede establecer diferencias entre las flores y las joyas, porque ambas en igual grado realzan su hermosura. Consideradas bajo este punto de vista, amadas lectoras mías, las joyas resultan simpáticas hasta para los más acérrimos enemigos del lujo, ya que dejando á un lado la idea de su positivo valor, son bellas para todos, y lo bello siempre agrada, más hoy que ayer, siendo así que la cultura y el sentimiento artístico invaden todas las clases.

Las flores de efímera vida, que se renuevan constantemente en nuestros campos, constituyen las galas predilectas de la humilde hija del pueblo, las lágrimas son las perlas del corazón que agolpa á los ojos el calor del sentimiento, y las joyas costosas, esas, que se adquieren, poniendo á contribución la riqueza humana, simbolizan algo también de poderosamente simpático; la protección de los ricos, otorgada al pobre artista que trabaja y lucha, y al par, el eterno culto de la belleza que reviste variadas formas al amoldarse al inmenso conjunto de los humanos gustos. No calumniemos, pues, á las joyas, haciéndolas responsables de nuestros defectos, y por el solo hecho de complacerle adornarse con ellas, no acusemos á la mujer de ligera y frívola. Hay que atacar los vicios y defectos sociales, considerando bajo más serios y profundos aspectos, porque no radica la clave del mal en esos deslumbradores adornos. El lujo, principalmente debemos combatirle en la educación deficiente que reciben las mujeres y en las costumbres sociales sostenidas por los hombres, que le amparan. Con joyas y sin joyas, los moralistas tronarán contra el lujo, si el buen sentido y la lógica de ambos sexos, no marca un límite razonable á los desbordamientos insensatos de la vanidad humana.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

CRONICAS LIGERAS

DE BAJADA

—¡ Señor! Si no son estas las Mengáñez, que me ahorquen.

Esto decía yo, de pie en el entrepuerto de una mísera casucha de arrabal, y á tiempo que contemplaba absorto á dos señoritas entecas y pálidas que allí en el corredor se hallaban, ocupadas en coser ropa de tropa.

—¿ Caballero?

—Señoritas. ¿ Podrían ustedes informarme cuál es la casa de un tal Fulano, que vive por aquí?

—No lo conocemos.

—Si mal no recuerdo, no es la primera vez que veo á ustedes. ¿ No son ustedes las Mengáñez?

—Las mismas.

Un rojo subido coloreó las mejillas de mis interlocutoras.

—Pues, hacía bastante tiempo que no tenía el gusto de verlas.

—Sí; nosotras estamos un poco retiradas de la sociedad.

¡ A mil leguas!, pensé yo, abarcando con una mirada el ruinoso casuchín, y los nada limpios trajes de las inquilinas.

—Pues, crean ustedes que experimento verdadero placer en encontrarlas, y ponerme á sus pies.

—Gracias.

—Que la pasen ustedes bien, señoritas.

—Igualmente.

Ya en la calle, contemplé largo rato la casucha, á la vez que reconstruía en mi memoria el brillante pasado de las Mengáñez: la suntuosa morada que habitaban en la parroquia de Altamora, cuando el papá era Ministro; sus espléndidos saños, sus joyas, y el esplendor de su corte. La imaginación me las reprodujo en el teatro, y en los paseos, cubiertas de seda y pedrería.

¡ Oh, suerte veleidosa!

Cayó el Gobierno en que brillaba Mengáñez, padre, y comenzó la retirada.

A los dos meses desocuparon las Mengáñez el regio caserón, y bajaron tres cuerdas, dentro de la misma parroquia; seis meses después, cinco cuerdas más, siempre hacia el Sur; al año iban por la esquina de "El Hoyo": casa de treinta pesos, mobiliario de junco, kerosene, y nada de petate. El piano, las alfombras, las regias poltronas, y los monos de bronce, se habían quedado en el camino, exhibiéndose en esos establecimientos en cuyas puertas se lee:—"Compra y venta de muebles."

Los brillantes, el papá se encargó de ponerlos en manos de los "corredores."

En cada mudanza hacia el Sur perdían cierto número de muebles, y de visitantes. Naufragaban, á ojos vistos.

Dejémoslas aquí, como dicen los novelistas, para encontrarlas cabe la margen izquierda del Guaire, con un sofá desfondado, seis sillas, y ningún contertulio.

A las armonías del piano ha sucedido el monótono triquitriqui, triquitriqui de la máquina de coser.

Lleno de dolor, acosado por los perros que habitan la misma cuadra de las Mengáñez, y sin dejar de mirar el casuchín, murmuré:—"Pues, señor, está visto: estas familias que viven de la política pasan de Steinway á Singer en una zancada."

A Dios gracias, Mengáñez volverá á subir, en el mismo orden en que ha bajado, para tornar á descender.

Digo, si para entonces hay todavía teatros, música de baile, cocheras, joyerías, gentes que se encarguen de arreglar banquetes, y gente que se encargue de comérselos.

JABINO.



ULTIMA ILUSION

Á ALBERTO SMITH

Al llegar al pie de la colina, al punto donde se bifurcaba el sendero, conduciendo uno de sus ramales al pueblo y el otro á la hacienda, don Casimiro y el cura se detuvieron. El segundo, golpeando sobre el hombro del primero, en señal de cariñosas despedida, dijo así:

—Pensas bien, Casimiro. Todos nuestros amigos de la niñez son hoy padres y, si no me equivoco, los hay que ya tienen nietecitos, prole numerosa que les rodee y lleve á su vez el calor y la alegría de los días juveniles. Tú y yo somos los únicos que no hemos tenido la dicha de formar familia y ya lo ves, casado con la Santa Iglesia, he recogido á mi hermana viuda y soy el padre de sus hijos huérfanos, que me distraen y consuelan. Mi vida tiene un objeto; la tuya, hasta hoy, ha sido la del egoísta más empuinado. Haces bien en divorciarte de tus escrófulos de solterón y aunque algo tarde, todavía te queda sobrado tiempo para recuperar el que has perdido. Mañana me contarás el resultado de tu empresa. Dios te guarde!

Y separándose de su amigo, tomó rumbo al pueblo con toda la velocidad que le permitía su abdomen demasiado desarrollado en comparación con sus piernas demasiado cortas. Don Casimiro emprendió lentamente el camino de la hacienda.

¿Porqué se había quedado soltero el bueno de don Casimiro, en medio de aquella comunidad de gentes aficionadas á la vida matrimonial, donde el único célibe era el padre cura? ¿Acaso la lucha por la existencia, la carencia de los recursos necesarios para el sostenimiento de una familia, habían condenado á la vida aislada á aquel hombre todavía joven y de arrogante aspecto? ¿Quizá aquel egoísmo de que hablaba su viejo amigo le había impedido compartir su morada de agricultor acomodado con una compañera? No; don Casimiro no se había casado, simplemente porque jamás había sentido la necesidad de semejante cosa. Apasionado en el fondo, amaba entrañablemente á su anciana madre, buena señora que habiendo perdido varios hijos, había centralizado en su Benjamín un afecto sin límites y una abnegación que se revelaba en una especie de culto que rodeó

de solcitos cuidados y afectuosos mimos, primero al niño, al hombre después. Naturalmente delicado, instintivamente aristocrático en sus gustos y costumbres, los años de su juventud pasaron sin que Casimiro despertase á las delicias y martirios de una pasión. Uno que otro capricho, tan pronto satisfecho como olvidado, pero jamás un afecto permanente que reclamase la vida común, la soledad de dos seres en medio de la humanidad indiferente. Las señoritas de pueblo, algunas de ellas lo suficientemente simpáticas y hasta instruidas, repugnaban á su mente de soñador y solo, sin ambiciones, rodeado de los testimonios del maternal cariño, don Casimiro había pasado sus mejores años entregado á fomentar sus bienes, sin ocuparse jamás en quien hubiese de disfrutarlos cuando el dedo del destino inexorable marcara su hora en el reloj de la muerte.

Cuando menos lo esperaba, aquella sólida felicidad vino á tierra como un castillo de naipes derribado por el soplo de labios infantiles. La madre de su alma se durmió una noche para no despertar y desde entonces quedó vacío el inmenso caserón, triste el recinto que antes alegraba con su charla la buena vieja y desconsolado y como desvalido en medio de su riqueza, aquel huérfano de cincuenta y pico de años! Sin embargo, en sus costumbres no se había alterado nada y nada faltaba á su comodidad. El ama de llaves, formada á su lado, conocía al dedillo sus preferencias y las halagaba en sus menores detalles. El plato favorito en su mesa; las flores preferidas en los antiguos jarrones de porcelana que adornaban el salón, alegrando el vetusto mobiliario, recuerdo de otros tiempos y otras dominaciones; la aromática breva, los suaves licores, el ron centenario, orgullo de la familia, y, en fin, toda la admirable organización sustentada por la madre muerta, encaminada á endulzar la voluntaria y egoísta soledad de don Casimiro.

Y fue entonces que don Casimiro comprendió que le faltaba algo. Rodeado de la colonia de familias que empleaba en su vasta hacienda, se sintió aislado en medio de aquella muchedumbre. Más de una tarde, después de su solitaria comida, abandonaba los arenados senderos de su jardín, donde acostumbraba terminar su rica panetela y se dirigía hacia la parte de su propiedad habitada por el peonaje, y allí, á través de las delgadas paredes de tierra ó de tablas carcomidas, escuchaba envidioso la enauorada querrela de algún rústico trovador, quien al són de toco instrumento echaba á los cuatro vientos su secreto en coplas por el estilo de la siguiente:

Las estrellas en el cielo,
La luna en el carrizal,
Boquita de caña dulce
Quien te pudiera besar!

Más allá, era una madre ocupada en acostar su cría, mientras el padre cenaba en grosero plato de estafío vidriado abundosa ración de sunculentos guaraceros con tocino. Llegaban hasta don Casimiro las protestas de los chicos; los gritos de la madre; el gimoteo del mamantón, que el padre sostenía con un brazo mientras con el otro comía, y la risa de este último que aprobaba la resistencia de sus retoños:

—Anda, mujer, déjalos, que yá se acostarán!

—¿Que los deje? Primero me tienen que matar, aunque pá lo que falta, que vaya el resto! Se tocan la comida con el dedo y todavía quieren quitarte la tuya!

Y todas estas cosas encantaban á don Casimiro, que se veía á sí mismo, sentado en el taburete de roble, acallando con migas de pan las protestas de su primogénito.

Y luego, cuando reclinaba en sus almohadas de pluma la cabeza donde ya blanqueaban indiscretas algunas hebras de plata, tendía maquinalmente la frente pesarosa, como

nostálgico de recibir en ella el beso maternal que durante medio siglo había clausurado sus días de calma inmutable con aquella como bendición que aseguraba la tranquilidad de sus noches. Era entonces que comprendía la inutilidad de su vida y muchas veces subía hasta sus párpados, nacido en el fondo de su alma virgen, el rocío de su desesperación. Fue en uno de esos momentos que comprendió que á la madre sólo puede sustituir la esposa. Fue examinando en su imaginación á todas las solteras de las cercanías y una por una fueron rechazadas, porque su corazón permanecía mudo al reclamo de aquel desfile de cualidades físicas y morales. De repente, empezaron á ser menos tristes las noches de su solitario lecho. Apenas cerraba los ojos, una cabecita rubia, evocada por la magia del alma en viaje, se reclinaba al lado de la suya calenturienta y, al rededor de su robusto cuello, se enlazaban dos bracitos deliciosamente sonrosados y marcados de hoyuelos tentadores. Y aquel ensueño, con variantes que venían á terminar siempre en lo mismo, sin que su monotonia cansase nunca á don Casimiro, se repetía todas las noches y duraba hasta el despertar de los pájaros que poblaban los naranjos en flor contiguos á su ventana, y saludaban á la naciente aurora con entusiasta algarabía de trinos y gorgoritos.

Pasados algunos meses de lucha con aquella pasión tardía, que consideraba un absurdo, don Casimiro arrió bandera y se resolvió bravamente á conocer su buena ó mala suerte. Soledad, la sobrinita huérfana del cura, era la elegida de su corazón. Rutinario por inclinación y por costumbres, concluyó por enamorarse de aquella chieuela de quince abriles á quien más de una vez había dormido sobre sus rodillas y que, agradecida á sus mimos y regalos, le llamaba *padrino*. Calculó él que en aquella imaginación de niña, donde todavía no había nacido pasión alguna, como no fuese el afecto filial para con su madre, el cura y él, sería muy fácil hacer brotar la simiente del amor, y, decidido á despedirse para siempre de la vida de soltero, consultó á su amigo, quien contestó:

—Apruebo tu resolución y me complace que te hayas fijado en mi sobrina, porque si ella acepta, serás después de mi muerte el protector de mi hermana y sus chicos. No veo que haya entre ustedes la desproporción que dices, porque en tus cincuenta años de hombre sano y metódico hay más juventud que en los veinte de esa cuerda de mocosos flacuchentos que le hacen la rueda á Soledad. Me parece oportuno que te avispes. Precisamente esta mañana me dijo que tenía que hablar con su *padrino* y que iría á comer á la hacienda. La oportunidad es buena y debes aprovecharla.

Y fue después de esta conversación que los dos amigos se separaron en la bifurcación del sendero, dirigiéndose el cura al pueblo, en busca de su comida y don Casimiro á su hacienda, en pos de su dicha ó de su desventura.

—Muévase, padrino, que se enfría la sopa!

La graciosa silueta de Soledad resaltaba en el marco verde y rosa de la enredadera de coronilla que bordeaba la ventana del comedor. Al verla, tan linda y sonriente, don Casimiro sintió una ola tibia, que apresurando los latidos de su corazón, subía hasta su rostro y le enrojecía con matices que rivalizaban con los de la floreada enredadera.

Después de la sopa y apresurada una copita de añejo vino, dijo don Casimiro:

—Anda, Solita, cuéntame lo que te ha traído por aquí.

—Ahora no, padrinito, contestó ella guiñando los ojos para indicarle que no deseaba hablar en presencia de la vieja que les servía. Es una cosa que tengo que pedirte de sobremesa.

Durante la comida, estuvo ella solícita y encantadora, cautivando cada vez más al pobre enamorado y haciendo crecer sus esperanzas. Ya se veía él sentado en aquella misma mesa, y frente á frente, veía á Soledad, ya más espiada y de cara más redonda, ocupado en anudar la servilleta al rollizo y revoltoso chico instalado á su diestra en alta silla construída *ad hoc*. Ya se veía interviniendo para lograr armonía completa entre la madre y el hijo ó discutiendo con la primera sobre si se le permitía ó no *repetir* tal ó cual golosina. ¡Ah! que vejez tan dichosa le esperaba, rodeado de aquella familia formada casi en la tarde de su existencia!

Terminada la comida, se instalaron en una ventana del salón, élla, hacia el frente, bañada por los últimos rayos del poniente, él, un poco más retirado, en la penumbra de las grandes cortinas y contemplándola á sus anchas. Soledad se acercó á él, y, dándole en cada mejilla, á manera de preámbulo, un beso que le supo á gloria, habló de esta manera: —Padrinito querido; estoy enamorada!

Don Casimiro sintió hielo en las venas y un volcán en el cerebro. Se llevó la mano al corazón temiendo que se escuchasen sus latidos y se recostó en el respaldo del sillón, perdiéndose aún más en la creciente penumbra del crepúsculo vespertino que invadía la estancia.

—Anda, y que callado te quedas, prosiguió ella en tono de reproche, tomando una de sus manos entre las suyas. Te cuento á tí solito mi secreto y nada contestas?

—Sigue, sigue, articuló él con voz que era un suspiro.

—Comes demasiado, padrinito, continuó ella haciéndose la enfadada. Cuando estás en la digestión, te quedas como un *traga-cepeludo*, sin movimiento. Oye, pues, hace un año que Santiago, el hijo de tu vecina doña María y yo, somos novios, sin que nadie lo sepa. Yo quiero que tu seas el que se lo diga á mi tío, y, como me has dicho que todo cuanto tienes es mío, quiero que le prestes á Santiago lo que necesite para casarse conmigo. Como tú no te has casado, ni has amado nunca, no te imaginas como lo adoro!

Soledad sintió que la mano que estrechaba entre las suyas se convertía en un pedazo de hielo. Al mismo tiempo, don Casimiro pareció rodarse de la silla. La niña asustada le soltó y corrió hacia la cocina gritando:

—Vengan pronto, que á mi padrino le ha dado una congestión!

Los criados le llevaron al lecho y esa misma noche vino el doctor del pueblo y diagnosticó *algo en el corazón*, recetándole paños calientes y alimentación líquida.

Al día siguiente, al volver en sí, llamó á su abogado y en presencia de algunos amigos hizo testamento, legando sus bienes á su ahijada Soledad. Luégo exigió que salieran todos y le dejaran con su amigo el cura. Don Celestino se sentó á su cabecera y le puso la mano en la frente:

—Quieres confesarte, mi viejo? le preguntó con voz conmovida.

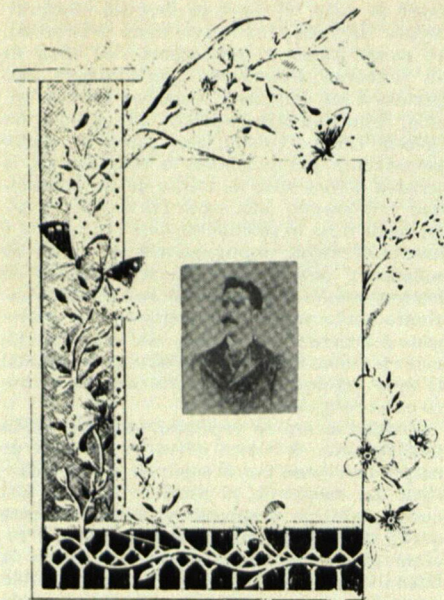
—Nó, contestó el moribundo, sonriendo con una sonrisa que encerraba un poema, no tengo otro pecado que haber amado demasiado tarde! Quiero que me prometas que antes de un mes se habrá casado Soledad con Santiago, el hijo de mi vecina doña María. ¡Júramelo!

—Te lo juro, sollozó don Celestino.

—Adiós, amigo, muero tranquilo, balbuceó, y, cerrando los ojos, hundió la cabeza, para no levantarla más, en aquellas almohadas de pluma, donde tantas veces la magia del alma en viaje había hecho reposar en sueño la cabecita rubia de Soledad.

S. BARCELÓ.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)



EL CETRO DEL REY ZITKA

—
CUENTO

I

El viejo rey, cargado de años y de crímenes, agonizaba; y los Histos, los libros sagrados del reino, decían que la muerte de aquel aparejaría la destrucción de toda la comarca y la muerte de sus habitantes.

El Lago de Sangre se desbordaría inundando la ciudad y envolviendo en sus ondas de escarlata la muchedumbre horrorizada. Del Arroyo de Lágrimas se exhalarían blancos vapores asfixiantes, y las retorcidas raíces del Bosque de los Gemidos estrecharían, como sierpes de acerados anillos, las entrañas palpitantes de las víctimas.

Era, pues, necesario salvar al viejo rey, cargado de años y de crímenes!

II

La noticia de que Zitka iba á morir se difundió rápidamente.

De los cuatro ángulos del reino acudieron á la corte los médicos más famosos y los más reputados hechiceros; ancianos de lenguas barbas y blancas túnicas flotantes, que á la luz de antorchas funerales, coronados de adelfa y de ligustro, iban en las noches tristes, en cortejo lúgubre, al Bosque de los Gemidos, al Lago de Sangre y al Arroyo de Lágrimas á buscar en la magia de sortilegios y de hechizos la salud de Zitka, el viejo rey, cargado de años y de crímenes

Y era cierto que Zitka se moría! El preámbulo de su muerte, que los Histos, los libros sagrados del reino, anunciaban, se había cumplido; no había un solo niño en el vasto reino; todos habían desaparecido.

Diríase que las madres se habían hecho infecundas para no dar víctimas tiernas al Hambriento de vidas!

Y sin embargo, muchos creían que la gravedad del viejo Zitka era sólo un pretexto para acrecentar las ondas del Lago de Sangre, las amargas linfas del Arroyo de Lágrimas y hacer más intenso y doliente el salterio de quejas y dolores del Bosque de los Gemidos.

Decían muchos haber visto en las tardes amarillas, á través del follaje de los olmos, al viejo rey, cargado de años y de crímenes, macilento, sí, desencajada la faz, apagada la mirada, cárdeno el círculo que orlabá sus ojos, pero asiendo aún con vigor y fortaleza el cetro soberano.

Y todo era cierto; porque el Lago, el Arroyo y el Bosque, iban aumentando sus ondas y poblándose de gemidos, y Zitka moribundo, empuñaba aún con mano trémula el cetro poderoso.

Y sin embargo era cierto que Zitka se moría!

Ya no resonaban en la real mansión los acordes de fanfarrias y tímboles, que proclamaban las alegres embriagueces del monarca; ni el pueblo se congregaba ya en el gran patio del palacio á reír de las contorsiones de la víctima en el suplicio, dada en espectáculo á la muchedumbre alborozada.

Los Cakias de la corte habían hecho de modo que la sangre derramada por la salud del viejo rey corriera en silencio al Lago de Sangre; que los gemidos y el llanto de las víctimas fluyeran sin rumor hacia el Arroyo de Lágrimas y el Bosque de los Gemidos

Pero nada alentaba la salud del viejo Zitka; ni el elixir de vida que el hechicero Karina había preparado con tres gotas de sangre, tres lágrimas y una hoja de abeto machacada.

Nada detenía el fin próximo del rey; y la destrucción de la comarca y la muerte de sus habitantes era ya inminente.

El Lago comenzaba á desbordarse, amenazando la ciudad; henchido y rebosante, saltaba ya el Arroyo por sobre matorrales y riscos, envolviendo la ciudad en blancos vapores asfixiantes, y lúgubre concierto de gemidos partían del Bosque, donde no había ni verdura, ni pájaros, ni nidos

Todo era silencio, desolación y ruina en el vasto reino de Zitka; y sin embargo el viejo rey, cargado de años y de crímenes, asía aún con mano temblorosa el cetro soberano.

III

La hora suprema de la destrucción había sonado. Médicos famosos, hechiceros, misteriosos adivinos, todos habían huido

Tocó entonces á las puertas del palacio solitario un anciano venerable, cargado de años y dolores, que venía á ofrecer la salvación del rey.

—Busca, le dijo, en tus vastos dominios, un niño; hazlo traer á tu presencia y él te devolverá la salud y la vida.

La nueva de la posible salvación del rey se difundió por todos los ámbitos del reino y todos los súbditos, inclusive los Cakias mismos de la corte, pusieron en movimiento; vencieron en breve tiempo enormes distancias; cruzaron caudalosos ríos; vadearon torrentes; salvaron montañas y riscos; pero todo en vano, todo en vano! . . . ; no había en el vasto reino un solo niño; todos habían desaparecido.

Diríase que las madres se habían hecho infecundas para no dar víctimas tiernas al Hambriento de vidas!

Indignado el rey blandió aún con mano temblorosa pero fuerte el cetro poderoso, é hizo venir á su presencia al anciano venerable, que así había burlado la majestad real, pidiendo lo imposible para su salvación.

Juzgáronle los jueces de la corte y fue condenado al último suplicio.

IV

En el extenso patio del palacio, donde estaban los instrumentos del suplicio, formóse la corte presidida por el viejo rey, y se agolpó la muchedumbre á presenciar la muerte del viejo venerable, cargado de años y dolores. Profundo silencio reinaba, en tanto hacía el verdugo los aprestos del suplicio; estremecimientos de júbilo agitaban aquella multitud compacta, como el vaivén de una onda formidable y silenciosa.

En el momento en que el verdugo iba á tender sobre el rugoso cuello del anciano el lazo corredizo de la horca, abrióse paso por entre la multitud un hombre de aspecto humilde, apoyado en su bordón de peregrino y guiado de la mano un tierno y frágil niño.



CREPUSCULO. — Cuadro de Max Ring

Un estremecimiento vago, inexplicado, conmovió toda aquella masa humana, que desviando sus miradas de la escena de muerte que se preparaba, fijólas con ansiedad intensa en aquel tierno niño sonrosado, cuya infantil cabecita veían todos circundada por uno como nimbo de luz resplandeciente y suave.

Llevaba en las tiernas manecitas un objeto extraño, desconocido para aquella muchedumbre y aun para el mismo rey; pero que á todos parecía ser como una insignia de grandeza y de soberanía.

El niño avanzó hacia el estrado, subió las gradas del trono, y con inocente confianza é infantiles mimos hundió una de las pequeñas manecitas en la lengua cabellera blanca del viejo Zitka, como un manojito de botones de lirio preso en red de hilos de plata; y tomando con la otra el cetro que empuñaba fuertemente el viejo rey, puso en sus manos aquel objeto extraño, desconocido, que todos habían tomado como una insignia de grandeza y de soberanía y que no era otra cosa que una pobre cruz tosca y sencilla.

Al asirla el viejo rey incorporóse con energía juvenil; tornóse negra su lengua cabellera blanca; sus ojos fieros adquirieron una expresión de bondad indecible, y los instrumentos del suplicio, cayeron con estruendo por su propio peso en presencia de la muchedumbre estupefacta.

El viejo rey, cargado de años y de crímenes, se había salvado!

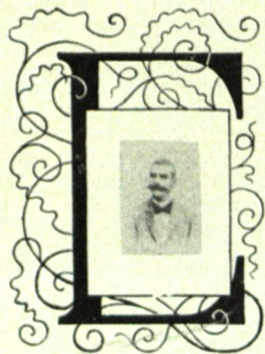
V

El Lago de Sangre y el Arroyo de Lágrimas se habían secado; un caudal de limpias aguas azuladas llenaba sus cauces; y el Bosque de los Gemidos se pobló de arrullos, de frondas y de nidos

ELÍAS TORO.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

CUENTO HISTORICO



En cierta ciudad de un país que no hace al caso nombrar, había un negro, oriundo de una isla extranjera, vecina al país de que se trata.

Nuestro hombre manufacturaba chucherías, siendo especialista en materia de conservas de maní.

Cuando salía á la vía pública llevando colgada al cuello la limpia tabla que parecía salir de su pecho, y en donde iban los dulces coquetamente colocados para llamar la atención de chicos y grandes, daba gusto ver á aquel *personaje* tan aseada y correctamente vestido. Iba siempre de medio flux de color de romero, avellana ó paja, y levita azul con grandes botones negros, botas de charol y sombrero de copa. Tendría unos sesenta años, el pelo y la barba blancos, el paso grave, la voz tonante y cierto aire marcial que contrastaba con su oficio y calidad. Hablaba bastante bien el castellano, excepto algunas palabras que, de propósito, no pronunciaba sino arbitrariamente.

A la conserva de maní, por ejemplo, tal vez para que no la confundieran sus clientes con la hecha por las curazoleñas, le decía para pregonarla *conserva de manicieli* y á la de coco *conserva de piribibi*.

Y piribibi era su estribillo para todo. Si le daban los buenos días, contestaba: "Piribibi, sin novedad. Buenos días, señor."

De aquí que los pilluelos le confirmaran con el sobrenombre de Piribibi, alias que él adoptó muy gustoso, en vista de que aumentaba su popularidad y su comercio.

Piribibi cantaba su conserva por la calle con un canto melancólico de su isla, en un idioma que los marchantes no entendían, pero canto cuyas estrofas terminaban invariablemente con esta coletilla:

Piribibi, bibí, bibí;
á la conserva de *manicieli*,
no maní!
Y á la conserva de *piribibi*!

Esto sí que lo entendían los muchachos y ya estuvieran en la escuela, en la iglesia ó en sus casas, dejaban todo de la mano por correr á rodear á Piribibi y comprarle los dulces, ó al menos hacerle coro á su canción.

La conserva de piribibi volaba como pan caliente en ciudad sitiada.

Piribibi estaba contentísimo: la conserva que sacaba la vendía.

Por la noche, cuando entraba á su casa, se deleitaba contando los ocho, nueve ó diez pesos de la venta del día.

Al mes escribió á su familia para hacerla participe de su alegría y para avisarle que si las cosas continuaban así, compraría una casa, traería á su mujer y á sus hijos y procedería á labrar su fortuna.

Poco letrado como era Piribibi y ajeno por completo á la política del país que habitaba, no observó las publicaciones que poco después de escrita aquella carta se sucedían en la prensa, ni la reglamentación de ésta por un decreto del Gobierno; pero sí que, de repente, la conserva antes tan solicitada, no se vendía

Él, que tan majestuosamente pregonaba sus confituras desde el centro del arroyo, se veía obligado á llamar á las puertas como un pordiosero; su rostro, de ordinario grave como el de un araguato, fingía una amable sonrisa; aprendió á decir conserva de coco y conserva de maní como un académico; ya no estaba en carácter.

Esta baja le afectó tan hondamente, que un día se presentó en público con un pantalón de trabajo, la levita abotonada saltando un ojal y por tanto con una pulgada más larga de un lado que del otro; y con el sombrero echado sobre la nuca y con una vía láctea de felpa erizada como la piel de un gato cuando la huele un perro.

Qué transformación la de Piribibi!

Ya no cantaba. Los muchachos le contemplaron con asombro en aquel día nefasto y le seguían en silencio.

De repente, viendo que no vendía nada, se paró Piribibi en una esquina, atusóse la blanca barba, suspiró con fuerza y exclamó con su poderosa voz de bajo profundo:

—¡La cosa está mala; la conserva no se vende!

—¡Mala dijiste? preguntóle con acento agresivo el policía de punto que se hallaba en la esquina.

—Oh sí, replicó Piribibi casi llorando, muy mala!

—Pues mire, *musiú*, usted está preso por estar hablando mal del Gobierno. Marche!

Íntiles fueron las protestas de Piribibi; en vano agotó sus recursos retóricos: á empellones le llevó el enfurecido policía hasta la cárcel, en donde le recomendó al alcaide como un individuo revolucionario muy peligroso, de los que se paraban en las esquinas á soliviantar al pueblo contra los decretos del Gobierno.

Las conservas que no cayeron en la calle, se las comió el corchete entre empellón y

empellón, y las hormigas pulieron la tabla sobre el pecho de Piribibi, anonadado en su calabozo por un delito de que no se daba cuenta.

A los tres meses fue á la cárcel á comprar un gallo de riña el jefe de la policía y dio la casualidad que persiguiendo el general que mandaba la guardia del establecimiento al gallo para mostrarlo al comprador, el animal se metió por la ventana del calabozo que ocupaba Piribibi y fue menester entrar á cogarlo allí.

—*Guá, musiú*, dijo el jefe de la policía á Piribibi al pasar el dintel de aquella cueva y encontrar allí al dulcero,—yo creía que usted se había muerto! ¿Qué hace usted aquí?

—Volverme loco, respondió lacónicamente el interpelado.

—¿Por qué está preso este *musiú*? preguntó el jefe de la policía al alcaide, que ya tenía al *zambo* á horcajadas en la mano izquierda, acariciándole la cola con la diestra.

—Por revolucionario y peligroso en la prensa, contestó reposadamente el alcaide.

El jefe se echó á reír.

Piribibi dio entonces tres pasos al frente y contó cómo una tarde, quejándose en una esquina de que no vendía conserva de *manicieli*, había gritado lleno de desesperación: *¡La cosa está mala, la conserva no se vende!* y un polizonte le había, por ello, arrestado y puéstole en aquella tumba.

—Bueno, *musiú*, váyase, pero ya sabe que eso no se dice.

Dio las gracias Piribibi y apresuróse á salir de aquel encierro. Tan pronto como llegó á su casa, lo primero que hizo fue correr á su baúl, del cual no halló sino el casco: el contenido se había evaporado.

¡Qué de lágrimas lloró Piribibi!

Pero la necesidad de vivir, su carácter laborioso y sus sentimientos cristianos le dieron valor para sobreponerse á su inmensa desgracia y á los tres días estaba de nuevo en la vía pública pregonando su mercancía.

Pero esta vez cantaba con mucha intención:

La cosa está muy buena!
Piribibi, bibí, bibí!
A la conserva de *manicieli*,
no de maní!
Y á la conserva de Piribibi!
La cosa está muy buena!

Mientras el pobre dulcero estuvo en la cárcel, la crisis económica se había acentuado
Ya los muchachos no comían chucherías.

Piribibi pasaba casi inadvertido, con su traje estropeado, su clientela perdida. Estaba tan olvidado de todos como Dantés por Fernando

No vendió ese día sino siete centavos de conserva, cuando sus ventas no bajaban por término medio de siete pesos!

Vinóle á la memoria aquella carta que escribió tres meses antes á su familia y dos lágrimas rodaron por sus mejillas de ébano. De pronto, detuvo su cansada marcha y presa de un dolor acerbísimo, como el de Galileo al pronunciar el *E pur si muove*, dio una soberbia patada y con voz terrible exclamó:

La cosa está buena, pero la conserva no se vende!

Y la ciudad, el cielo y la tierra se rieron!
Y colorín colorado, se acabó el cuento de Piribibi.

GODOFREDO MALLORY.





"LA JOCONDE." — Cuadro de Lionardo de Vinci. — Museo del Louvre



« POEMAS »

(ISLAS DE ORO—LA LEYENDA BLANCA—BELPHEGOR—
POR LEOPOLDO DÍAZ.)

No creo que me engañe mi pasión por nuestra buena tierra americana si afirmo que veo en ella,—en su presente y emprendedora vida mental,—en la acción entusiasta y animosa de su juventud, toda la vitalidad de la nueva florecencia de la poesía de habla española.

¡Cuánto elemento gárrulo y vacío, cuántas viejas cosas mal restauradas, cuánta ingenuidad pueril, en este movimiento *modernista* que hoy hace vibrar—confundiéndose en sí, como todos los movimientos literarios, el canto de las aves y el vocear de las ocas,—la vida del verso americano!... Pero, también, ¡cuántas halagadoras promesas, cuántas notas inspiradas y altivas; cuánto talento y cuánta animación capaces de armonizarse en una obra de verdadero arte, en una obra duradera y fecunda!—Para la crítica bien intencionada es una grata tarea, es toda una fiesta del espíritu, señalar y levantar en alto las cosas buenas que trae esta revuelta corriente de publicidad, separar del montón vulgar cada una de las obras que lo merecen.

Leopoldo Díaz,—uno de los más gallardos mantenedores en el torneo de la actual poesía americana, uno de los más prestigiosos, y acaso, entre ellos, el que puede representarse con más justo título el amor de la perfección exterior, el imperio de la forma pura,—es, también, de los que poseen en más alto grado, la noble virtud de la perseverancia y la pasión viril de la labor.

Vibrante todavía la huella luminosa de los *Bajos-relieves*, hé aquí que el poeta nos presenta el fruto de su peregrinar por nuevos rumbos, en las *Islas de oro*, *Belphegor* y la *Leyenda Blanca*.

Ofrece cada uno de esos poemas un género de interés peculiar, y exhibe, bajo una faz diversa, el alma del artista.

* * *

De la idea del primero de los *Poemas* puede hablarlos el recuerdo, seguramente no desvanecido, de una vieja lectura. Todos recordarán de Becquer, la rima en que suena la canción de los barqueros que llaman para el viaje al que

pasa, mientras baten sus remos la espuma pintada por el iris: esa *eterna canción* á la que el poeta contesta señalando, tendidas á secar sobre la arena de la playa sus ropas, como el viejo Horacio los húmedos despojos llevados en ofrenda al dios del mar, que le preservaban de los encantos péfidos de Pirra.—Bien, pues: las *Islas de oro* tienen alguna semejanza con las playas á que conducían los barqueros.—En la primera, detiene la marcha del pasajero del mar, el cántico que invita á aquel de los bienes humanos que el batelero de Becquer consideraba «mejor que la luz y el oro del día y las brumas de plata de la noche.» El escenario es el de una encantada Tempe. Teorías de vírgenes discurren por las laderas de celestes montañas. Naturaleza ciñe las galas de una primavera inmortal. Flotan confundidos, en los aires, aromas, cantos y gritos voluptuosos. Pero á veces surge, dominando el monólogo de la onda, un himno triste, que entonan los viajeros para quienes se desvanecieron ya las imágenes con que los llamaron á sí las Sirtes engañosas.—Es la segunda de las islas de oro la isla del tesoro venal, la que atrae á las naves aventureras, á los ávidos perseguidores del vellocino.

—En la canción de los barqueros no sonaba esta nota.—Sobre sus costas coloreadas de fuego, se alza la Torre Azul donde se atesora todo el oro de Ofir. No tiene por atributos las flores, sino las gemas deslumbrantes. No despliegan, las naves que á ella conducen, blancas velas, sino velas de púrpura.—Y á las playas de la isla tercera, llegan, agitando verdes pendones, los fascinados por la Gloria: héroes y poetas, visionarios y artistas, ambiciosos del laurel y la palma, todos aquellos que sueñan el más embriagador de los sueños.—Avanzan arrullados los unos por cánticos altivos, llena el alma de sol, vibrantes en la diestra las desnudas espadas. Los otros son los pálidos visionarios que lucen una aureola trágica y en cuyos hombros se ve la huella de dos alas perdidas; los mártires que pasan bajo palmas simbólicas, y llevan espinas en la frente, y en los labios la sonrisa suave del perdón. Y del grupo de los visionarios, cuando se han desvanecido sus quimeras falaces, se escapa el lamento helado del Hastío, que es hermano del Odio y de la Muerte...—En tanto, más allá de las islas encantadas, reina la noche del Misterio, la noche del olvido, eternamente silenciosa... Y, ante ella, siguen las islas fulgurando, y fulguran siempre, como un espejismo inmenso.

Esta preciosa idea se desenvuelve en versos elegantes y exquisitos.—Pero á la poesía inspirada y armoniosa de las *Islas de oro* prefiero yo la exótica y osada poesía de *La Leyenda Blanca*.

Ávido el poeta de originalidad, ansioso de aventuras fuera de las regiones conocidas donde su planta habría de estamparse sobre la huella de cien poetas, sale de nuestros suaves climas, se aleja, al mismo tiempo, de esos Trópicos tantas veces profanados en América por los versos vulgares, y busca—rumbo al Polo—las confidencias de la ráfaga helada que cruza, llena de rumores legendarios, por ciertos poemas bárbaros de Leconte.—La elección de este rumbo extraño descontentará, con frecuencia, aun á aquellos que toleren al viajero el viaje mismo: haber salido del terruño.—Sobre un escenario glacial, como protagonista de una tragedia fabulosa y enorme de venganza, un oso blanco de la estepa, enamorado de la hija de un Rey monstruoso que habita en un palacio flotante y mira con un solo ojo de cíclope... Hé ahí un motivo de leyenda que no deslumbra por su poética virtua-

lidad. Expuesto así, el argumento de la obra puede pareceros, efectivamente, de un supremo mal gusto ó de una extravagancia intolerable. Si la leéis de regreso de un ameno viaje ideal á aquellas regiones deleitosas del Arte que corresponden á las regiones del mundo que hacían respirar á la Mignón del poeta, acaso no se desvanecerá del todo esa impresión. Si, para corroborarla, llamáis en vuestro auxilio á cualquiera Poética vulgar que doctrine en nombre de la mesura, de la tradición y el buen sentido, la leyenda os seguirá pareciendo extravagante.—Pero emancipad vuestro juicio de recuerdos amables y serenos; olvidad que se han escrito idilios clásicos en el mundo: alejad de vuestra mente á Virgilio, no penséis en Chénier, borrad *Jocelyn* de la memoria. En vuestro espíritu meridional, poned un poco de aquel áspero fermento del gusto que dan los jugos fuertes y tonificantes del Norte; tened candor; imagináos que vivís bajo las sombras que dan su prestigio á fábulas extrañas; sumergíos en las brumas que hacen posibles los espectros, y gustaréis entonces el crudo sabor de esta poesía, que á la manera de un bosque adusto de las heladas latitudes que se os atravesase en un camino del Mediodía, os desorientará primero para imponeros su grandeza extraña después.

Claro está que sin la habilidad de la ejecución, sin las sugerencias de la forma, sin el primor del arte, sin el cuidado de la estrecha relación en que está la eficacia trágica del drama con el fondo pictórico de la Naturaleza miserable atendida, penitente,—sería trivial el efecto de lo maravilloso, se tornarían en ridícula la apariencia solemne de la fábula.

Pero el poeta tiene conciencia de todas las delicadas imposiciones de la idea escogida, y sabe obtener de ella un rico tributo de poesía, fecunda, original, que, ya resuena en sus versos con la grave y pavorosa voz de las olas y de las tormentas, ya se reviste de tonos melancólicos y suaves que resaltan sobre la ruda austeridad del fondo bárbaro al modo de cierta misteriosa alga que matiza de rosa la soledad de los hielos infinitos, y reflejan su luz sobre el mismo extraño protagonista de la leyenda, como el oso sensible de *Les larmes de l'Ours* del gran maestro de los *Poemas trágicos*.—La descripción tiene toques soberbios y grandiosos, toques de un pincel inspirado, que contribuyen grandemente al interés de un poema en que tanto importa el efecto de escenografía. Vago, fantástico y nebuloso el dibujo: el de los contornos de los témpanos enormes, de los áridos acantilados, de las nubes desgarradas y las olas inmensas; una sola nota de color: el blanco deslumbrante sobre el fondo negro de la noche que siempre dura.—En este ambiente espectral, se desprenden vaporosas nébulas de poesía ó vagan negras sombras. Hay preciosos pasajes. La invocación preliminar es un soberbio pórtico, que se diría cincelado en el hielo.—Para la presentación de la herofina, parece haber tomado el poeta á la caja de colores de Gautier, los ampos blancos que deslumbran en alguno de los *Esmaltes*.—El monstruoso monarca, aparece en un fragmento que es otro primoroso cuadro, digno del anterior como contraste sombrío.—No así el *lied de los sueños* que canta la Princesa en sus horas de contemplación y de nostalgia, y en el que noto cierto aire de trivialidad, de *usada poesía*, que se conforma difícilmente con el aspecto general, de fresca y altiva originalidad, de la leyenda.—En cambio, me parece verdaderamente hermoso el himno del Norte que entona el príncipe amante de Yolanda, mientras devora, yendo hacia ella, las estepas sombrías, y suenan las campánulas que llevan los renghios de su trineo. El himo que evoca las furias de los guerreros del Walhalla y la alegría siniestra de Odín.

La Leyenda Blanca es, en suma, una rara y preciosa flor de poesía, cuya especie me parece hasta ahora enteramente ignorada en el invernáculo levantado para toda suerte de vegetaciones exóticas por los cultivadores del arte nuevo de América.



PRIMER AMOR. — Por J. Jenkins

**

Desde que en los días de iniciación y de lucha del decadentismo, Jean Moréas confió al grupo juvenil de sus rapsodas la revelación del prestigio de sus imágenes sugestivas y sus alegorías extrañas, el símbolo es, no sólo una « moda retórica » que triunfa, sino á veces un objeto de fe, en cuyo nombre se predica la renovación y se hace la guerra.—Para muchos está en él la verdadera condición de unidad del verso nuevo, y su imagen podría ser cincelada, dominando, sobre el pórtico de la triunfal é innovadora poesía, como aparece en ciertos pasajes de la curiosa *Eleusis* de Mauclair. Para todos, es una divinidad en la mitología peculiar de nuestra época.—La crítica que, juzgando la poesía simbólica de los contemporáneos cuando ella se le presenta con ambiciones de sistema y de dogma, ya la considerará como una reacción y una anomalía encaminada á contrariar todo el sentido estético de la evolución iniciada en el Renacimiento, ya como fórmula preciosa de un arte nuevo, y aún de un cíclico arte del porvenir, ha de atenerse en ésta como en muchas otras cosas —para juzgarla en cada una de sus manifestaciones particulares, á las leyes sabidas y los cánones viejos.—Y la calificará de viciosa y antinatural forma de arte cuando, nacida sólo de una arbitraria convención, es difícil, indeterminada y oscura, apta para procurar muy vagos estados de sensibilidad ó torturas inútiles del pensamiento, más que una idea ó emoción definidas; de hermosa y eficaz, cuando es el sím-

bolo producto de una concepción simultánea de la imagen y la idea que representa, y no del artificio y la interpretación laboriosa; cuando por la fuerza plástica del símbolo, la relación de semejanza con lo significado aparece clara y traslúcida á los ojos del que lee; cuando, para expresarlo por medio simbólico también, es breve, y fácil, y armonioso, el puente tendido, por la mano del poeta, de la idea á la forma y de lo real á lo ideal.

El autor de *Bajo-relieves* ha querido ensayar, en el último de sus *Poemas*, la virtud poética del símbolo. Y ha creado una leyenda tan hermosa por su sentido ideal como por su apariencia y por su arte.

Contemos cómo es la invención simbólica del poeta.

Belphegor, héroe gallardo y animoso, miró un día cruzar un águila blanca por el cielo á la hora en que se apagaban las últimas luces del crepúsculo.—Y el águila, que despertó en el Héroe deseos de volar, anhelos de hacer de ella su nave para llegar al ignorado País de la Quimera, descendió hasta sus plantas y partió llevándole consigo. Tendió su vuelo por cima de los montes, por cima de las nubes; llegó sobre los mares postreros que guardan el eterno enigma del Polo.—Y después de haber volado cien noches y cien días, se detuvo el águila y dejó al Héroe fatigado, frente al mar, sobre una pendiente abrupta, entre cipreses, donde sus párpados se rindieron al sueño. Entonces, á su pensamiento descen-

dieron visiones. Llegó primero una forma blanca y nimbada, que surgía como de un vaho de misterio y vestía un manto de espuma. Belphegor reconoció al Ensueño. Llegó después una forma errante y cautelosa, con las alas de sombra y la palidez sagrada de los cirios. El Héroe saludó á la Muerte. Llegó por último una visión convulsa y vacilante, que expresaba el terror en el rictus siniestro de su boca, y sobre cuya frente se erizaban los cabellos como puñales rígidos. Y el Héroe conoció al Espanto. Pero luego descendió á él una aparición plateada y luminosa, envuelta en la blanca túnica de un celaje, que era el Amor. Las trágicas visiones separándose del Héroe que soñaba, murmuraron: Es un vencido. Y dijo el Amor: Me pertenece!

Belphegor despierta y sigue su viaje sobre el águila. Dirígenle, por sobre las olas turbulentas, á ignoradas regiones. Hay en ellas una misteriosa selva y una Princesa encantada que, yendo á velar en la selva misteriosa su anillo, quedó cautiva por arte de magia de un endriago. Belphegor, que ama los imposibles, sueña en amar á la princesa y arrancarla á la cautividad, venciendo el arte pérfida.—Cíñe, para la empresa heroica, su hoja templada en la sangre ardiente de un dragón; recoge el arco y el carcaj de plata, el clarín sonoro y el blando laúd de las endechas. Y penetra entonces en la profundidad del bosque encantado que se desenvuelve en una extraña espiral y á cuya entrada florecen amapolas negras y

rojias que esparcen un effluvio de sueño, y amapolas blancas en las que se enroscan negras serpientes que dan al Héroe que pasa una siniestra bienvenida. Belphegor avanza silencioso y solemne. Crujen á su lado las hojas, las aves de la noche levantan su vuelo en torno del viajero, vagos terrores flotan en los aires, y los mudos fantasmas se enlazan en círculos sombríos, mientras, tejiendo sus telas, negras tarántulas parecen describir figuras de fatídicas danzas. Pero Belphegor prosigue su marcha entre las sombras. Divisa, en la profundidad del bosque encantado, un lago de aguas dormidas y serenas, en cuyas márgenes corre una fosca Quimera entre espadañas. El Héroe llega á él... y prorrumpe entonces en un grito de asombro y de dolor que cunde propagándose en ecos infinitos: ha visto muerta á la princesa del ensueño.... Besa Belphegor su frente divina y sus verdes ojos, ciñe sus cabellos con nenúfares que se despliegan en la superficie de las aguas, y marcha después á donde el águila le espera. Quiere volver sobre sus alas á la playa lejana, que arrulla el inmenso grito del mar, para que el mar sea el confidente de su decepción.... Cuando el ave le deja, obediente á sus mandatos, en la playa, el Héroe queda sumergido en el estupor, en el silencio y el olvido. Entonces, el huracán, las aves que pasan, los monstruos del mar, las voces vagas del abismo, concitan á Belphegor á que despierte. Pero cuando Belphegor despierta y vuelve la mirada á su propio sér, ya sólo encuentra en sí, desvanecido el éxtasis pasajero de su ensueño, el vacío y la sombra: un océano de sombra: "—Llévame—dice al águila al espacio infinito, á los abismos insondables donde el alma olvide todo sufrimiento." Y mientras el águila corta con el filo ondeante de sus alas las nieblas del éter adormido, el Héroe le grita sin cesar: más alto! más alto!, hasta que se pierde arrebatado por el vértigo de la altura, y todo se esfuma y desvanece ante su mirada y sólo ve lucir las constelaciones sobre su frente como camelias blancas abiertas sobre el terciopelo de la noche.—De pronto, á la manera del ave que rompe la prisión obscura de su jaula, Belphegor se lanza al vacío. El pájaro enorme da un terrible graznido de rabia y de dolor, y recogiendo y oprimiendo al Héroe en sus garras, le suelta luego para precipitarse tras él. Y entonces, como dos visiones, como dos espectros confundidos en una misma sombra, ruedan al abismo infinito.

El Héroe

y el águila.

* * *

He ahí, pues, la simbólica aventura de Belphegor.—El poeta manifiesta, al narrarla, que ha consagrado al pensamiento que trata de poetizar, todo su amor de artista; y la ejecución es digna del interés interno del poema. Intensa y poderosa la imagen, rica en fantástica grandeza. En frente de ciertas páginas de versos se me ha figurado á mí ver un dibujo dantesco de Doré. La versificación: original y primorosa. En nuestro poeta, la habilidad formal fue siempre poderoso rasgo de su talento. Es el autor de *Bajo relieves* de los versificadores á quienes han sido revelados aquellos misterios del rimar, de que no se habla en los tratados de Poesía y que no alcanza á analizar la Prosodia; de los que perciben y saben hacer fecunda la estrecha y misteriosa relación del ritmo con el sentimiento y con la idea; de aquellos para quienes no ha de considerarse el metro como un molde inorgánico y de antemano convenido, en el que sólo se atenderá á ajustar, con rigores de Proculus, palabras y palabras, sino como una fuerza interna que despliega las alas del verso, ó las recoge, según el soplo íntimo de cada idea y de cada emoción.—Siempre fué,—como decía,—poderoso el dominio de la plástica en el talento de Leopoldo Díaz. Pero el estudio *rítmico* de algunos fragmentos de esta, que es la

mejor de sus leyendas, señala, en esa principal condición de su genialidad, el punto más alto, y bastaría por sí sólo á acreditarle de magistral versificador. Cuando el Héroe desciende, entre siniestras bienvenidas, la sombría espiral del bosque encantado, hay una imitación tan admirable de su descenso y de su agitación, en el movimiento rítmico del verso, que no dudo en calificarla de ejemplar, y que me recuerda—pero superándola en mucho todavía,—la de cierto hermoso pasaje de *El Estudiante de Salamanca*, cuando Montemar se debate entre los espectros.

Podría exigirse ahora, antes de terminar este comentario, la clave, la interpretación, del simbolismo del Héroe y su leyenda. Es de la crítica penetrar en el secreto de la obra de la Imaginación, y convertir al lenguaje de la idea lo que en ella se expresa en el lenguaje alado de la imagen. Probando, en dos memorables ocasiones, sus fuerzas en la poesía del símbolo y de las ficciones alegóricas, Gaspar Núñez de Arce quiso ahorrar esa labor de análisis á la crítica; y él mismo confesó el pensamiento que había tratado de representar poéticamente, en notas que son, después de sus poemas, como el reverso opaco de un disco luminoso, porque contraponen el procedimiento esencialmente prosaico de la abstracción y de la interpretación racional de las creaciones de la fantasía, al procedimiento imaginativo y sintético del Arte. Y la crítica, celosa de esta usurpación de sus fueros, le recordó que no era al poeta á quien tocaba hundir en sus propias creaciones el escalpelo de la razón y traducir en *idea* lo que en *forma* había expresado con anterioridad.—Mas la crítica misma, que evocando viejas palabras ha de limitarse á decir en ciertas ocasiones: *entienda aquel á quien le sea concedido*, ¿no puede hallar á veces un alto y escogido placer en guardar á la ficción simbólica del arte su velo transparente,—en no desvanecer sobre ella la semiclaridad ideal de la penumbra,—en dejar sin traducción vulgar el idioma de formas y colores del poeta?—El afín de los escoliastas—del que se ha dicho que haría trocarse el pliegue trágico de la boca del Dante en una sonrisa burlesca—suele ser un afín inútil. A aquel que lea sin que ningún pensamiento, ninguna emoción sienta despertarse en su alma en presencia de las imágenes que componen el símbolo, no se lo haréis sentir revelándole cuál es la idea que lleva en sus entrañas cada una de esas imágenes que no han logrado conmovérle. Y el que ha sentido el símbolo, interpretándolo de manera que diga algo interesante ó sugestivo á su alma, no ha de cambiar por la vuestra su interpretación.

Empero, el héroe de nuestra leyenda dirá á todas las almas una cosa semejante y en todas evocará un sentimiento conocido. Cuando Belphegor mira, con la sed de la altura, cruzar al ave legendaria que va á abismarse en las brumas grises del Septentrion, todos recordarán que ellos han esperado alguna vez, sobre la playa, al águila blanca que vuela al País de la Quimera, ó tendrán conciencia de que aún aguardan que ella pase. Cuando Belphegor atraviesa, para arrancar de su encanto á la cautiva, el negro bosque del misterio, muchos recordarán que lo han cruzado alguna vez, ó sentirán acaso que lo cruzan, porque se congregan á su alrededor las sombras que flotan en los aires y les hieren las carnes los abrojos punzantes del sendero.... Cuando Belphegor vuelve de su fracasada empresa sobre el águila y busca el olvido, el silencio, y el abismo, ¡cuántos sentirán que también han vuelto de su viaje, y que el propio Dolor es quizá un viandante que ha pasado en la ruta trillada de su vida, y que en su intimidad ya sólo queda sombra, sombra inútil, ansiosa de refundirse para siempre en la sombra!.... De la inquietud que impulsa al alma en pos de las imágenes doradas que la hirieron; de la decepción, que pone su mancha sombría allí donde brillaban las doradas imágenes que pa-

saron; del vacío que empieza cuando han desaparecido los estímulos de la inquietud y se han agotado las lágrimas de la decepción, se compone un ritmo viejo y sabido,—como el de los días y el de las estaciones,—que sólo deja de cumplirse cuando Belphegor es precipitado, antes de terminar su trágica aventura, por el águila!

JOSÉ ENRIQUE RODO.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

Las coronas de Zorrilla.—"Psicología del amor."—"Filosofía elemental," por don Juan Arolas.—"Honra y vida," por don Joaquín Diez.—"Lo legal y lo justo," por don Carlos Díaz Valera.—"Ideas é impresiones," por Pedro César Domínguez.

El nombre de nuestro gran poeta José Zorrilla, suena de nuevo estos días, y no ciertamente en son de aplauso dirigido á las creaciones inmortales cuyo recuerdo ese nombre evoca, sino entreteniéndolo á los aficionados á velar todos los prestigios y á poner en relieve el lado flaco de la humanidad. El *reporter* de un periódico de Madrid ha averiguado que el ilustre vate castellano empeñó, en una casa de préstamos, por mil quinientas pesetas, las coronas, lirás y palmas de oro y plata que en homenaje á su genio le fueron regaladas por corporaciones y particulares en los últimos años de su vida. No es sólo sensible que esas preces de la gloria hayan ido á parar al escaparate del prestamista, sino que se corría peligro de que si la viuda de Zorrilla no las rescataba pronto, el poseedor las vendiera al que mejor las pagara, ó bien las llevara al crisol del orfebre para aprovechar el valor intrínseco de las mismas.

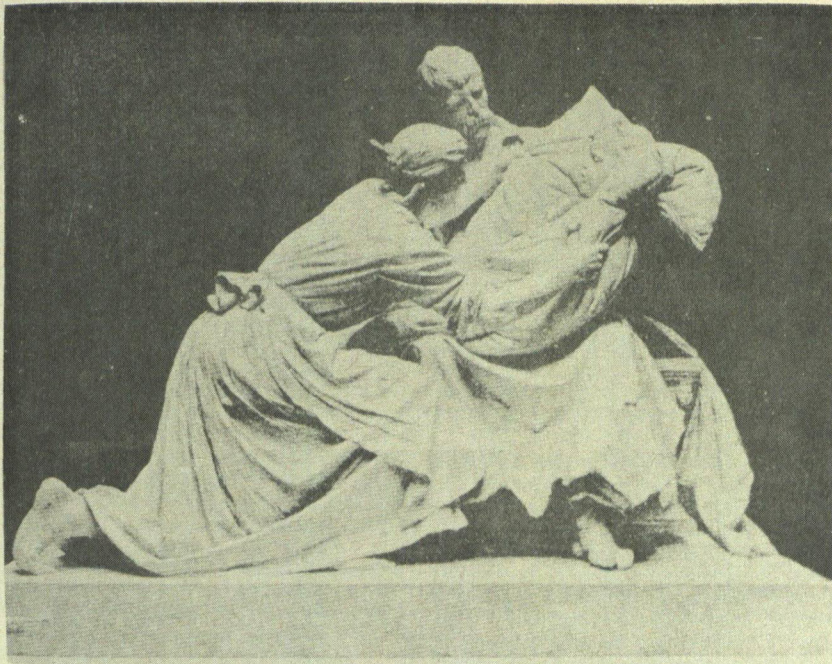
Parecía que la noticia iba á producir enorme sensación en nuestro pueblo, tan dañado á extremar las manifestaciones del honor patrio, ó de lo que por tal entienden los que aquí se figuran directores de la pública opinión.

No ha sucedido tal: si bien algún periódico pidió que el Gobierno comprara las joyas para guardarlas en uno de nuestros Museos, la mayoría de las gentes acogió con frialdad la noticia, y aun culpó al poeta que, sin encontrarse en situación precaria—puesto que al morir hacía ya algunos años que recibía una decorosa pensión votada por las Cortes—se había desprendido voluntariamente de aquellos trofeos de su gloria, obligado únicamente por las necesidades de la vida faustosa y desordenada que llevaba. A propósito de esto último, se ha recordado que Zorrilla, desde que adquirió fama de gran poeta, no fue nunca pobre: que la propiedad de sus obras en España y en América, le produjo tres ó cuatro millones de reales; los cuales derrochó sin miramiento alguno, y que todo aquello del hambre del poeta es en él piadosa mentira.

Se ha dicho además que el poeta, por más que lo sea muy excelso, no tiene derecho á que se le alimenten los vicios, y menos á que éstos sean reverenciados como á virtudes, cuando mercedes como las que, á costa del Erario público español ha recibido Zorrilla, y reciben ahora otros poetas y aun los hijos de estos poetas, no alcanzan á obreros y á sabios modestos que no se atreven á solicitar el favor del poderoso.

Eusebio Blasco ha salido en defensa de Zorrilla, con un artículo inspirado en la mayor franqueza, diciendo que si Zorrilla vendió las coronas, suyas eran y nadie tiene derecho á censurarle por ello: que estos cachivaches nada tienen que ver con la honra nacional, y que si en vida fue Zorrilla derrochador y no supo ó no quiso administrar sus bienes, es porque era poeta, y los poetas verdaderos son así y no pueden ser de otro modo."

Está bien; pero, en este caso, que no se quejen los poetas verdaderos si las leyes eco-



ULTIMOS MOMENTOS DEL HIJO. — Por Cristoph Koth

nómicas que regulan la riqueza ejercen en ellos su influencia fatal, como en los demás mortales: si no son ciudadanos como los demás que no se impetren para ellos la protección del Estado. Y aún pudiera añadirse que en el caso de Zorrilla, es decir, en el de vender las coronas para hacerse con dinero, no se ve al poeta, al hombre excepcional que lo sacrifica todo á la gloria, sino al prosaico positivista que toma el mundo como es y no como ser debiera. Se comprende á un poeta como nos lo presenta Blasco muerto en un zaquizami, sobre un desvencijado catre, rodeado de las coronas que alcanzó en vida; pero empeña: ó vender esas coronas, no para acudir á las perentorias necesidades de la vida, sino para gozar de todas las comodidades y cosas superfluas, francamente no me parece nada espiritual ni poético.

Los genios no deberían ser hombres y desgraciadamente lo son.

Asegúrese que la Reina Regente ha redimido las coronas y que se propone regalarlas á uno de nuestros Museos.

Ha aparecido la segunda edición de *Psicología del amor*, un libro de gran mérito, debido á la docta pluma de uno de los escritores que más honra á nuestra joven generación, Ubaldo González Serrano. No recuerdo si en estas crónicas hablé de este libro, cuando apareció la primera edición; por si no lo hice, cumple decir que se trata de una obra meritísima, de una verdadera joya de nuestra literatura moderna. El feminismo, el amor conyugal, la finalidad del amor, el amor patrio y otros aspectos del tema principal, aparecen tratados con gran profundidad en la idea y novedad en la expresión. Uno de los mejores capítulos del libro, es el que trata del amor y la amistad. Estos dos sentimientos aparecen definidos claramente con razonamientos que dejan honda huella en el ánimo del lector. El señor González Serrano, sostiene que no es posible la verdadera amistad entre individuos de diferentes sexos sin que peligre de ser suplantada por el amor, sobre todo desde que comienza la pubertad hasta que llega el amortiguamiento de las pasiones.

Ya dijo, no recuerdo que gran poeta, que la amistad es el amor sin alas.

De Barcelona nos ha venido últimamente un tomo: *Filosofía elemental*, escrito por el

presbítero don Juan Arolas. Es notable por la habilidad con que están expuestos los sistemas filosóficos modernos, pues que ahondando en ellos aun tratándose de autores tenidos por poco ó nada ortodoxos en materia de doctrina católica, el expositor y crítico á la vez sabe soslayar todas las dificultades de manera que, sin faltar en lo más mínimo á la verdad de la exposición, aparece completamente dentro de la doctrina de la Iglesia y muestra tanta flexibilidad de espíritu que sin dejar de glorificar esa doctrina, patentiza la necesidad que la juventud tiene de penetrar, sin temor,



LA HIJA CULPABLE VUELVE AL HOGAR. — Cuadro de W. Firih

en el estudio de todos los sistemas, aun de los que más se separan de la verdad revelada. El libro está escrito en forma didáctica, apropiada á la enseñanza de la filosofía en las escuelas é Institutos.

Don Joaquín Dicenta, el aplaudido autor de *Juan José*, drama realista y tendencioso hacia el problema social, ha querido mostrar su competencia para el drama histórico, de corte antiguo y gusto romántico, estrenado en uno de nuestros Teatros populares de Madrid. *Honra y vida* es un cuadro de vivos co-

lores que nos traslada á los tiempos del rey *Don Pedro el Cruel*, cuyos principales personajes son: este rey, un noble palaciego y la esposa de éste, honrada y digna que se ve asediada por el enamorado monarca. La acción—según han dicho los periódicos al hablar del nuevo drama—es muy animada, el verso sonoro y rotundo y el desenlace realmente dramático, tocando á los límites de la tragedia.

Puede que el excelente resultado que ha tenido este drama lleve á Dicenta á cultivar un género quizás más en armonía con sus privilegiadas aptitudes, que el realista, en el cual con motivo del *Juan José*, tanto se le ha ensalzado.

En otro de nuestros teatros populares se ha estrenado estos últimos días: *Lo Legal y lo justo*, drama de tesis, original de don Carlos Díaz Valero, un novel autor enamorado como tantos otros del modernismo trascendental, sin pararse en meditar si sus fuerzas alcanzan á realizar los fines artísticos de este género. El título revela claramente el pensamiento del autor: demostrar que no siempre lo legal es lo justo; que hay situaciones en la vida que, realizando la justicia, el hombre puede faltar á la ley y que la fiel observancia de ésta, supone la más atroz de las injusticias. El tema no es nuevo en las disquisiciones sociológicas; pero no creo que haya sido llevado al teatro antes de ahora entre nosotros. Bajo el punto de vista artístico, la obra de que hablo deja mucho que desear; hay en ella inexperiencia de la escena y algunas inverosimilitudes poco tolerables. La avaloran, en cambio, pensamientos originales y frases muy felices, pero á menudo ahogados bajo la exuberancia retórica en la dición.

Con atenta dedicatoria, que estimo en mucho, me envía el joven literato venezolano Pedro César Domínicí, un ejemplar de su libro recientemente publicado en París, *Ideas é impresiones*: título que responde perfectamente al contenido en unas doscientas páginas bien aprovechadas, puesto que en todas

ellas se refleja el pensar y el sentir, se ven las huellas del que pisa con pie firme en terreno escabroso y difícil, pero que la fe racional, la fe del convencido transforma en llano y fácil sendero. Teme el autor—y así lo dice en el prólogo del libro,—que aquellas páginas carezcan de unidad, porque están escritas bajo la influencia de distintos estados del espíritu. ¡Vana aprensión la suya! Yo no recuerdo en este instante haber leído una recopilación de trabajos literarios de la índole de los que el señor Domínicí presenta, donde domine más y mejor la nota reveladora del ideísmo

reflexivo y, como reflexivo vacilante; y al mismo tiempo, un estilo y forma de expresión sujetos á una fuerza de voluntad más vívida y enérgica.

Es un escritor que sabe lo que dice y dice bien lo que sabe. La deseada armonía resultante de la proporción de las partes y de la combinación de los contrastes, aparece en nuestro autor con cierta inconsciencia, pero mejor para él, puesto que de este modo revela sus dotes incógnitas de literato y artista.

No es esto decir que el señor Domínci sea, en la idea y en la emoción, un carácter de una sola pieza; estos caracteres solo existen en las creaciones de la tragedia ó en las novelas de folletín; surgen de un puro convencionalismo; el hombre es un conjunto de condiciones distintas y, á menudo, opuestas; lo lógico no es en él siempre lo real; por consiguiente, en el libro que acabo de leer, á menudo no se pueden cohonestar con el puro raciocinio ideas hijas del sentimiento: resulta firme la convicción, unas veces reflexiva hija del atento estudio analítico y paciente, y otras, sugestionada, nacida súbita y atropelladamente de la emoción. Hay además filosofía y arte; pero una y otro, como ya he dicho, naturales, espontáneos, revelando más el placer de la concepción, que el esfuerzo indispensable para dar á luz lo concebido.

Veamos, brevemente, como en las páginas del libro aparecen, más ó menos visiblemente, esas cualidades de pensador y de impresionista. En el *fragmento de una carta íntima*, tenemos al innovador revolucionario en costumbres, en arte y literatura, como consecuencia natural y lógica del estado del espíritu en nuestros tiempos. Allí aparece el afán de lo desconocido, el deseo de la lucha, el hastío de lo presente, y el excepticismo por los sistemas, el desdén por lo tradicional, la moral individualista, con sus fáciles acomodamientos; algo de aquel egotismo de que habla Nordau en sus *Degenerados*; todas las quimeras y todas las realidades que mueven ahora á la juventud intelectual. Y todo ello surge allí vívido y sentido, y mostrando un amor tan grande y profundo por la Naturaleza, que hace simpáticos aquellos desvaríos. En *Roma decadente* no aparece el modernista sino el escritor á la manera de los que personificaron la tendencia literaria dominante en los mejores años del siglo que termina, cuando calmadas las efervescencias del romanticismo, vino la época reflexiva, y el amor por los grandes ideales de la Revolución semejava al sosegado y puro del bien poseído, como anteriormente había sido el arrebatado y loco que el deseo de poseer infunde: así, nuestro autor escribe páginas inspiradas en los *Anales* de Tácito y muestra en ellas su entusiasmo y su admiración por el fugitador de los Césares romanos: páginas que me recuerdan, en política las hermosas tendencias de la juventud de hace treinta años, y en literatura, aquellos depurados gustos por las creaciones del espíritu que, siendo muy viejas, parecíanme entonces y me parecen aún, siempre nuevas. No se puede poner tilde á las reflexiones que le surgieren la influencia que cada uno de los grandes escritores de la antigüedad clásica ejerció en la civilización y decadencia del Imperio romano: es un breve estudio que revela perfecta asimilación de los hechos ocurridos y de las ideas dominantes en los tiempos que describe.

Revela, especialmente, un alma sensible á todo lo grande y lo bueno, condición precisa para penetrar con provecho en la filosofía de la Historia. A propósito de la publicación de un trabajo póstumo del escritor ecuatoriano Montalvo, emite reflexiones sobre la originalidad, la imitación y el plagio; sobre la creación del que piensa y la del que siente, terminando con un himno á la regeneración intelectual de la América latina, en la que muestra sus fervores de apóstol de la democracia y de la libertad. Un artículo crítico

sobre el drama de tesis: *Les Tenailles*, de Paul Hervie, le lleva á emitir atinadas consideraciones sobre la ley del divorcio en Francia, y sobre la tendencia demoleadora del actual edificio social, reflejada en casi todos los dramas llamados de tesis, cuyos defectos, bajo el aspecto artístico, analiza y expone con acierto. Ocupa buena parte del libro un trabajo crítico descriptivo de las principales obras de arte que encierra el Museo del Louvre, y son notables sus consideraciones sobre la influencia de las escuelas italianas en la pictórica de los siglos XVI y XVII en Francia y en España. Sus juicios acerca de Rafael, Miguel Angel, Murillo y Velázquez; sus teorías sobre el Renacimiento, su breve estudio de la escuela francesa antigua y moderna, revelan al artista y á menudo al pensador. En sus descripciones hay vivacidad, objetividad, estilo ameno, y, sobre todo claridad y natural elegancia en la expresión.

Forma uno de los mejores trozos del libro, el capítulo sobre la sugestión literaria. Al principio preséntasenos el autor algo obscuro y conceptuoso: el trabajo no promete ser lo que luégo resulta, la expresión de un carácter firme é independiente; pero dura poco el descamino; y nuestro autor entra en posesión de sí mismo, vuelve á su peculiar estilo y habla de los fundamentos y de la misión de la crítica moderna, como filósofo y como artista, y aparece completamente identificado con las tendencias que determinan y caracterizan la actual evolución de los espíritus cultos.

En lo que no me parece tan acertado es al mentar el fundamento de la sugestión literaria: el disertante nos presenta esta sugestión como característica de nuestros días: dice que los jóvenes de hoy obedecen, sin saberlo ni quererlo, á las tendencias de la época, al imperio de las pasiones y de las creencias. Esto es verdad, pero no es nuevo: es tan antiguo como la literatura misma.

Siempre ha habido sugestión y sugestionados. Todas esas cosas tan bellas que nos dice el señor Domínci acerca los arrebatos independientes de la juventud americana de nuestros días, se pueden decir de la juventud de todos los países y de todos los tiempos. El señor Domínci se declara ardiente partidario de la fórmula científica: para él, recurrir á lo hipotético é imaginativo para expresar arte y belleza, es anticuado y rancio.

Distráese en ese entusiasmo positivista, y no observa que en todo el artículo que á decirnos estos bellos arranques del modernismo dedica, no hace otra cosa que aparecer sugestionado por los que bien, ó mal—que no es cosa de juzgarlo ahora—se esfuerzan en propalar novedades que, en el fondo no pasan de ser manifestaciones de esa vida íntima con todas sus fantasías y cosas impalpables, palabras sonoras y huecas que constituyen el dogma y la liturgia de las antiguas religiones literarias y artísticas de que nuestro autor tan elocuentemente abomina.

El artículo *Las tristes*, es muy bello; pero, aparte sus excelencias de forma, hay que convenir en que disuena de las ideas dominantes en el resto del libro. La tristeza es la inseparable compañera del hombre reflexivo, porque como indica muy bien nuestro autor en otra parte de sus *Ideas é impresiones*, hasta el que más sabe siente la tristeza interior de lo mucho que ignora. Pero que la tristeza, si quiera la íntima, la interior, haya de ser condición esencial de la mujer, parece pura fantasía de poeta, de esas de que, con tanto desdén, habla nuestro autor en otras de sus impresiones. Esa poesía del histerismo es agradable á los místicos y á los degenerados. En la mujer, sobre todo en la mujer joven, es donde más espontánea, más natural se representa la alegría del vivir, y quizás no sea absurdo esperar que, cuando hayan desaparecido ciertas preocupaciones en nuestro congénere personificadas, esa alegría regenera al mundo.

¿Cuál es la orientación literaria de nuestro

autor? De lo poco que de él he leído deduzco que se inclina, resuelto, á la precisión del razonamiento; pero esta tendencia aparece contrabalanzada por la sugestión emocional: por ello paréceme el señor Domínci un explorador audaz que va en pos de la realidad, de la idea escueta, pero que le distraen en el camino los halagos de la imaginación. Llegará al término deseado, y tal vez haya llegado ya en otros libros que dice tener en preparación. De todos modos, muestra personalidad original, propia, si bien algo influida por las incoherencias de los innovadores franceses. Tiene de estos las dudas, los temores, las tristezas y aquella tendencia á desflorar problemas sin presentar solución. No lo cree él tal vez así; porque su voluntad no va por este camino, y es laudable el consejo que en el prólogo de su libro da á la juventud americana para que huya de los decadentismos enfermizos hoy en moda, y se abraza al ideísmo práctico, y, dejando aparte lo puramente imaginativo, labore para el perfeccionamiento social, fija la vista en la literatura y en el arte viriles y trascendentales.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 1898.

UN VOLUNTARIO

Uno más ha caído.

¿Fue héroe, mártir, apóstol?

Tanto se prodigan estos términos que el adjudicarlos á quien en verdad los mereciere no sería hacerle justicia, ni bastaría á señalarlo á la admiración pública.

Hombre que á sí propio se lo debió todo, que á poder de energía, de labor, de tesón tras largos años de esfuerzo, ganó independencia personal y bienestar y simpatías, oyó el grito de rebelión lanzado por Martí en tierra cubana y al punto se alistó de corazón á la sombra de la bandera de Agramonte y de Maceo.

Borinqueño, él quería junto con la de Cuba la libertad de su isla. A ese fin consagró sus fuerzas y su modesta fortuna. Desafiando el presidio fue á Puerto Rico, conferenció, gestionó, propuso planes descabellados, sostuvo el principio de la necesidad de encender la revolución en Puerto Rico, y su convicción, su ardimiento, su fe hacían planes de campaña, predecían victorias, soñaban heroicidades, glorificaban por la activa pureza de su patriotismo excelso á la patria indiferente, remisa, apoltronada.

Todos sus épicos fantaseos se estrellaron contra el egoísmo prudente é imbécil del sentido común del alma burguesa.

Desalentado pero no rendido, volvió á esta ciudad. Esperó contra esperanza á que sus compatriotas encontrasen pesado el yugo, y al cabo de años de infructuosa tarea, cuando ya había ofrendado el último ahorro, fue á los campos de Cuba á dar lo que le restaba.

Enfermó y las vicisitudes del guerrilleo le dejaron vagando por la manigua con un compañero. Ese, como sus esperanzas todas, le abandonó, para pedirle merced al español. El quedó solo con su fiebre, con su hambre, con su desaliento, con su fe.

Una gavilla española lo sorprendió.

—Ríndete, le dijo el capataz.

Gerardo Forrest alzó el brazo escuálido y disparó su revólver.

Balas y bayonetazos le arrancaron del pecho lo que le quedaba de vida y el grito postrimero de "Viva Cuba libre."

Los gusanos luégo prepararon el 'saco de estiércol para abonar la selva' y como ninguno de sus sueños cristalizó en hecho, ni el triunfo besó su esperanza coronándola de laurel, ni la suerte le aisló en el supremo aislamiento de la gloria, nosotros todos confundiendo en la plebeya chusma anónima de la 'carne de cañón' olvidaremos su nombre.....

C. ZUMETA.



COLEGIO DEL "SAGRADO CORAZÓN DE JESUS."—(Grupo tomado después del examen).—(De fotografía de V. Vicente Gil & C^a)

PRURRÚN !.....

(CUENTO)

I

CON su cojera y su apodo, llevando por lujosa indumentaria un "arbitrario" levitín del color de la vía pública, un chaleco rojo, agujereado, prendido de alfileres y un sombrero de copa de inverosímil menudencia, que hacía contraste desmesurado con la enormidad de su cabeza, aquel extraño voceador de periódicos recorría todas las noches—de la Magdalena á la Bastilla—los grandes boulevares al compás de su pierna rota, en medio de la risa inevitable de todo el mundo.

—Voilà Prurrún !—gritaba él haciendo una mueca formidable, casi heroica—Voilà *La Presse* !.....

Y el Boulevard entero coronaba aquel grito que salía hecho girones por entre los cuatro dientes sucios de Prurrún, con una carcajada escandalosa. Alentado por la hilaridad de los demás él también se reía con una boca indescriptible que parecía la boca de una careta llena de pelos; daba luego dos ó tres saltitos por la terraza del Café Ri-

che y emprendía de nuevo su camino rasteando su infortunio, ostentando sus tra-perías de mamarracho canavalesco y voceando sus papeles en todas partes. Y en todas partes le daban un *bock* ó un *sou*, y él, en cambio, ofrecía el periódico, del cual llevaba sólo dos ó tres números grasientos, arrugados, húmedos por la última gota de cerveza, rotos en el último estrujón.

De algunas mesas lo llamaban :—¡ Prurrún !.....y—Prurrún, voilà !—contestaba él levantando un brazo á la altura del hombro y adoptando una actitud cómica que hacía aplaudir á los mismos agentes de orden público.

A veces, cuando empalmaba la borrachera de la víspera con la borrachera del día era atroz; no pregonaba, aullaba; tenía la lengua torpe y la garganta seca.

De esta suerte castigado por el alcohol, atormentado por el ruido, cubierto de polvo, exhibiendo sin darse cuenta los colgajos de papel que los pilletes le prendían del levitín, el pobre hombre se presentaba al café de donde lo echaban los mozos á empellones. Y de empellón en empellón, de derecha á izquierda, arrastrado por el oleaje de la muchedumbre, marchando porque veía marchar á los demás iba Prurrún sin rumbo fijo á través del esplendor "boulevardier" llorando su embriaguez y tambaleando su vida al compás de su épica cojera.....

Prurrún desapareció de repente. En el Boulevard no se supo más de él.....

II

Prurrún—según informes que me dio la muchacha del Bouillon donde yo solía comer—era en sus buenos tiempos, allá en las revoltosas épocas de Boulanger, el mejor y más activo de los vendedores de periódicos; y era hijo de la casualidad, del montón, del arroyo: el arroyo lo educó; fue su nodriza y su escuela; el arroyo le dio nombre, prestigio, "lengua";.....aquel *argot* y aquel *calembour* que el populacho de París recoge al paso en el *quartier* y lo usa con inimitable ligereza en todo sitio público. La inteligencia de Prurrún, inteligencia vivida en el arrabal, en el cabaret y en el baile cancanesco—cuando todavía no era cojo—se fortaleció á las puertas de la imprenta, entre el tumulto, mientras esperaba el periódico.

Allí se comentaba la actualidad palpitante, el suceso sensacional, las grandes crisis y los grandes acontecimientos europeos.

¡Lo que sabía Prurrún !

Daba gozo verlo perorando sobre cuestiones de filosofía y letras; sobre todo en asuntos patrióticos tenía él convicciones muy arraigadas..... ¡ A entrar él en el Elíseo se le declaraba al día siguiente la guerra á Alemania! Aprendió todo aquello en *L'Intransigeant*, en *La Libre Parole*, en *La Cocarde* y aprendió á cantar y á condensar en una frase toda una columna y todo un "fondo" de Rochefort y de Drumont, para vocearlos luego vigorosamente á lo largo del polvoriento Boulevard. Con la misma voz atronadora que

pregonó Prurrún la ejecución de Ravachol, pregonó la muerte del capitán Meyer, el entierro de Renán, el asesinato de Carnot. Y en una de estas rabiosas correrías á través de la ciudad, en una noche de vértigo, acaso, conoció á Ninette.....

Por qué se casó?..... ¡Que sabía él!..... Por nada! por casarse, por hallarse en uno de esos días en que hace falta algo.

Ello es que á la luna de miel llevó Prurrún, juntamente con su trabajo un amor repentino, inexplicable, frenético; su ilusión y sus sentidos, su imaginación y su cuerpo. La mujer se apoderó de aquella furia y la dominó con su juventud, con su hermosura, con su físico; ella caprichosa y él débil; él vendía y vendía periódicos; ella gastaba, gastaba; era insaciable: sombreros, plumas, encajes, guantes, blusas de tres francos de las que se rematan afuera en las quemazones del Puente Nuevo.....El producto de la venta diaria no alcanzaba para semejante derroche y apelaron á las economías, al dinero viejo guardado y ganado por Prurrún en sus mejores días: dinero de la niñez aprovechada, de las primeras carreras: dinero de todos los bolsillos, de todas las mesas, de todas las manos: dinero de buena ley, dinero sagrado.....La hucha se vació al fin para que ella, la esposa insaciable, siguiese comprando encajes, flores y perfumes baratos.

Cuando se acabaron los ahorros, empezaron las broncas entre marido y mujer; ella dijo que no, que de aquel modo no podían seguir, que se iba,.....que buscaría el dinero necesario por ahí, por cualquier parte, en donde lo hubiese. Y él, espantado ante la idea del rompimiento, de la separación, del abandono, cayó de rodillas y sollozó las cobardías de su amor agarrado á las faldas de su vestido. "¿Buscar ella en la calle lo que él podía conseguir pateando la nieve y el barro, nunca!....."Lo tendría todo, todo lo que ella quisiera. Y salió loco, desesperado, á vender más: más papeles, más caricaturas. Hizo un esfuerzo supremo, voló por todo París pregonando el suceso del día con gritos truhanescos, con ironías y crueldades que á menudo se convertían en carcajadas nerviosas. Aquella noche no pronunciaba los títulos de los periódicos: los escupía á la cara de la gente.

Y al atravesar la Plaza de la Opera, por entre un enmarañamiento de coches, hurtando el cuerpo á un carro y gritando á todo pulmón:—Voilà Prurrún, voilà *La Presse!* lo arrolló un omnibus que marchaba de prisa.....Las patas de los caballos detenidos pisotearon aquel bulto de papeles coronados por un sombrero viejo. Cuando lo sacaron de abajo de las ruedas tenía la nariz aplastada y una pierna rota.

III

De la cama se levantó hecho una máscara: lívido, feo, espantoso, lleno de costurones y de parches.

No había en casa ni una moneda de diez céntimos. Y para ganar algo, como él no podía "correr," ella aceptó los veinticinco francos que le ofrecieron los artistas pobres de Montmartre para que representase en la ridícula parodia del Buey Gordo, en la fiesta de "la vaca flaca," el papel de Reina.

Y erguida, soberbia, con insolente desenvoltura, con su inconsciencia de bestia hermosa algo rolliza, de firmes y bien delineados contornos, se vio á Ninette en el primer carro pintarrajeado de azul y seguido de una orquesta dislocante y cínica. El público de Batignolles aplaudió furiosamente la aparición de aquella Reina robusta, atrevida, victoriosa de formas. Detrás los símbolos del arte, los ángeles regordetes, los pinceles como escobas, las paletas descomunales y la churiguera turba de músicos y poetas desheredados.

Entre estos desheredados de la gloria iba Prurrún cojeando.....

Cojeando, sí, encorvado, formando el cortejo de su esposa por los mismos sitios que un año antes recorrió con ella de braceo, feliz, orgulloso, tranquilo, con los bolsillos llenos de francos, después de haber cruzado á zancadas los grandes Boulevares.

Aquella procesión cascabelera, cargada de sol, de vino y de ideas disparatadas fué á parar, ya de noche, al Moulin Rouge donde se organizó el baile de rúbrica. Prurrún no bailó; qué iba á bailar con aquella pierna muerta!.....Ella, su mujer fue, es claro, la pareja obligada de todos los bailarines, de esos que en las prodigiosas y frenéticas cuadrillas parisienses suspenden al público de la suela del zapato. Ninette alcanzó allí otra ovación: ovación al debut, á la hermosura, al sexo, á la heroína nueva.....De allí salió borracha de placer, asombrada de que su marido fuera aquel cojo ridículo de abnegaciones humillantes.

Prurrún rodó más abajo aún de su dolor y el sábado siguiente cuando regresó á casa, sudoroso, cansado de cojear y con el producto escasísimo no de una renta sino de una limosna, supo por los vecinos que Ninette estaba en el baile. Y en el salón se apareció, siniestro, tembloroso, extraviado. A su entrada hubo un murmullo de silba; pero él, sin darse cuenta avanzó hasta el medio del salón, á través de la frenética cuadrilla y al querer agarrar á su mujer que daba vueltas desesperadamente como una loca, entre los brazos de un perdis, cayó como un fardo sobre las tablas. Una explosión de gritos y de risas infames saludó la caída.....Ninette al levantarlo por un brazo, también se rio.

Ninette con aquella risa se vengaba de haberlo respetado tanto tiempo; se vengaba de su abnegación, de su amor, de su cojera, del derecho de marido que él tenía sobre su existencia de mujer hermosa.....

IV

Y se metió en la cama blasfemando. Blasfemando se durmió y roncó á pierna suelta su primera falta.....

Allá en la madrugada, el vecindario de la rue Rochechuart despertado de improviso, pudo contemplar un espectáculo horrible. De pie sobre el borde mismo de la estrecha ventana, prorrumpiendo en gritos de muerte, con la camisa incendiada, una mujer vacilaba en arrojar á la calle desde la inmensa altura de la guardilla ó en volver hacia adentro á reventar la puerta de salida. En aquel momento supremo apareció detrás de ella un sér indescriptible, envuelto en una sábana, con un candil en la mano, y empujó hacia afuera á la mujer ardiendo en vida.

—Voilà *Ninette!*—vociferó el feroz incendiario, mientras danzaba haciendo trágico zig-zag por la ventana abajo el montón de llamas.—Voilà *Prurrún!*—Y lanzó una carcajada espantosa que se extendió á lo largo de la calle como un alarido fúnebre.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

MADRIGAL

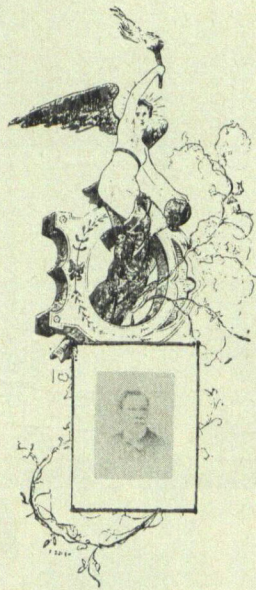
Todo tiende á su fin: el manso río
Va á sepultarse al pié del bravo;
El rayo tiende al imantado acero;
Del rocío la gota cristalina
Al tierno corazón de una violeta
O al clavel hechicero;
La inspiración divina
A la ardorosa frente del poeta;
El águila del cielo
Al nido tiende en la encumbrada roca,
Y el beso de mi amor con blando vuelo
Al nido tiende de tu dulce boca.

M. SANCHEZ PESQUERA.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

LOS DOS COMPADRES

(CUENTO)



¡CEN que las mujeres, cuando no sirven para nada, sirven para vestir imágenes.

Esto me parece una vulgaridad, por eso yo no pienso del mismo modo, pues creo que la mujer, cuando es mujer y no arpía, como no faltan, merece puesto distinguido en la sociedad ó en el corazón del hombre, ora por sus virtudes, por sus gracias, por su pudor ó por su respetabilidad.

Los que sí creo yo que cuando no sirven para nada, sirven para hacerle el bu á los niños

ó para contar cuentos, son los hombres, sobre todo si pertenecen á la anterior generación, como su atento y seguro servidor, que ya tiene el cuerpo lleno de alifafes y el alma de desengañados.

No hago alusiones porque siempre se ha dicho que son odiosas.

Ha estado, pues, muy acertada la empresa de EL COJO ILUSTRADO al pedirme un cuento para su certamen.

Aunque á decir verdad, no es poca tortura esto de tener que dar muestras de imaginación precisamente en el período de la vida en que uno menos la tiene.

Si lo de escribir cuentos para un certamen de EL COJO, sólo tuviera para mí el halago del premio, como yo no aspiro á él, no habría tomado la pluma; pero se trata nada menos que de corresponder á la honrosa invitación que se me hace, y estando de por medio el señor J. M. Herrera Irigoyen, persona meritísima por la prodigiosa altura á que ha llevado esta publicación, ya eso es harina de otro costal.

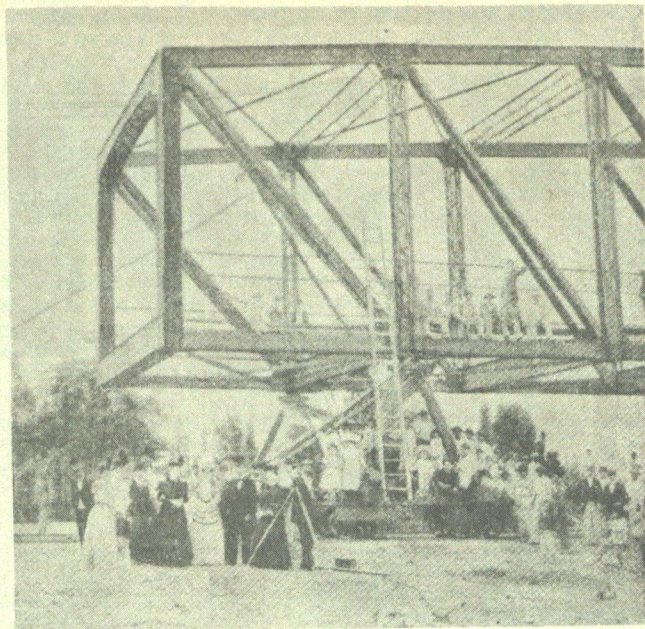
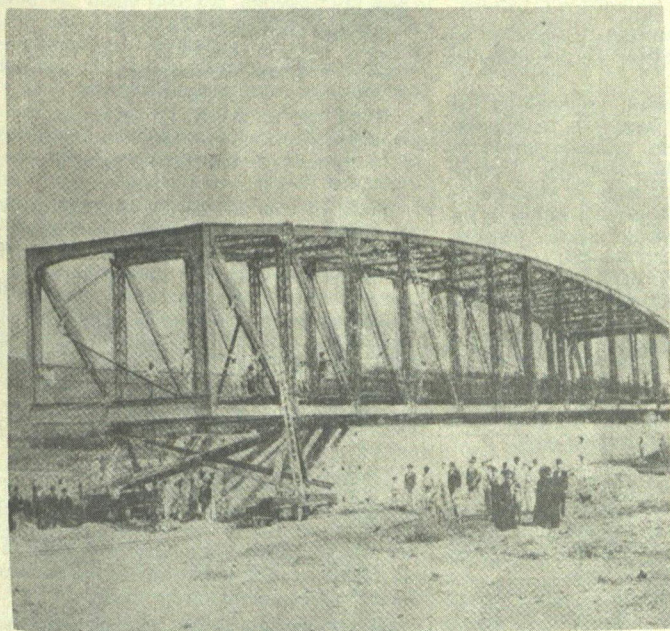
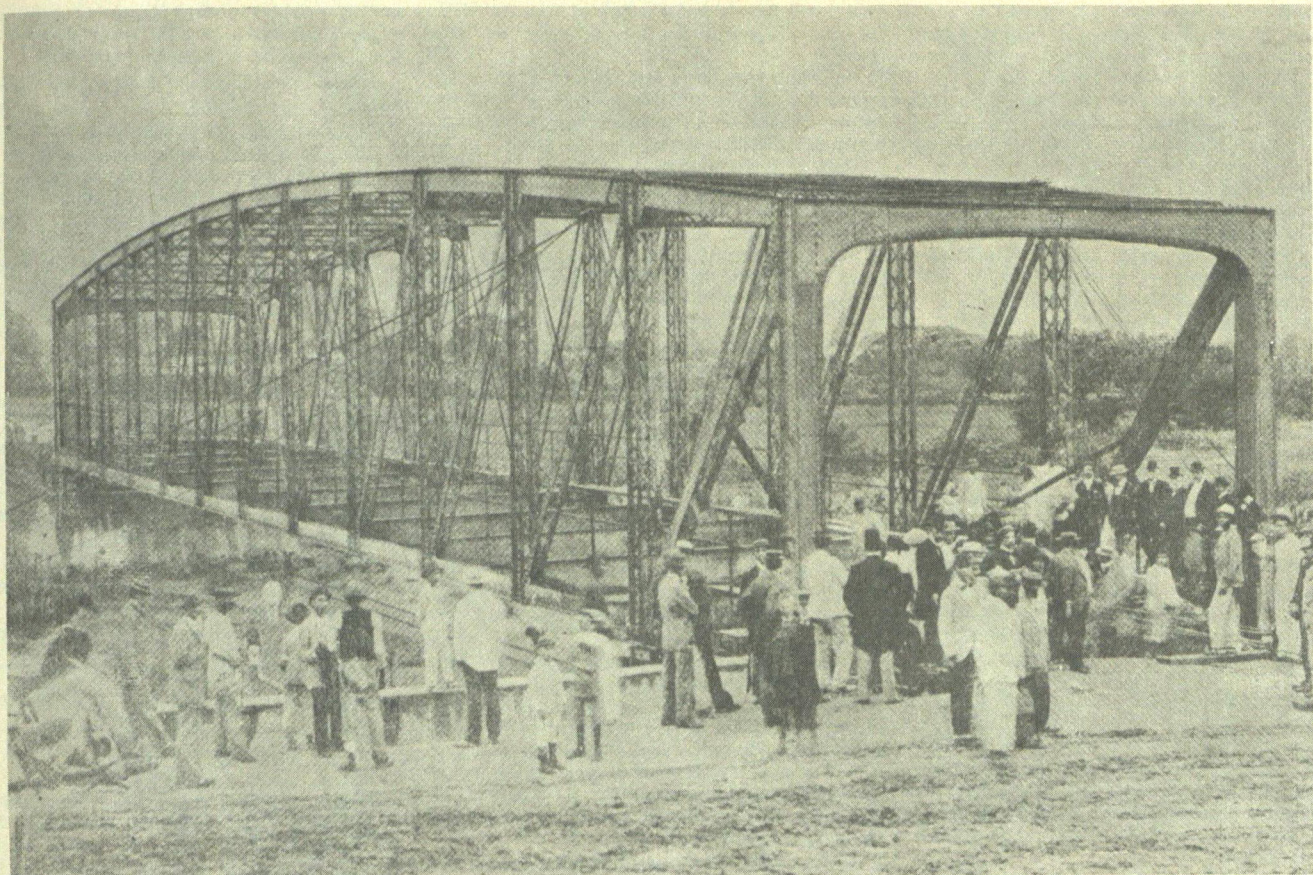
Como portada, me parece que la que he construido es más grande que la de San Pedro de Roma, y si yo supiera que los lectores se conformaban con el frontis, pondría aquí punto final; porque maldita la aptitud con que me siento para proseguir.

Pero vamos al caso:

Don Timoteo y don Víctor, ambos casados, pero sin prole, pues la que Dios les había dado era del género chico, vulgo contrabando, eran dos viejos compadres que en sus mocedades habían dormido más de día que de noche, no porque fuesen panaderos ni jugadores, sino porque les había gustado mucho la vida de amorosas conquistas y aventuras.

Precisamente á ese género de vida era á lo que ambos debían el conservar recuerdos muy vivos, tan vivos que don Timoteo tenía una niña de seis años, bella y encantadora como un capullo de rosa, y don Víctor, un robusto y simpático *cachifo*, como dicen los colombianos, de cinco años, vivaracho, inteligente y gracioso.

Las esposas de estos compadres apenas tenían noticias de la existencia de aquellos niños; pero no era más que un *run run*, y, sea por esa gran dosis de bondad que hay casi siempre en el corazón de la mujer, sea porque ellas no estuviesen muy seguras de lo que pasaba, sea, en fin, porque no viesan grandes descalabros en el presupuesto doméstico, pues el ra-



PUENTE SOBRE EL RÍO GUAIRE, EN "EL PARAÍSO." — (Ingenieros constructores: Señores José M. Ortega Martínez y Manuel F. Herrera Tovar)

mo de rectificaciones lo tocaban los maridos con mucho talento, sabiendo que tenían pueblo que les pidiese cuenta, es lo cierto, que ellas no se daban por entendidas, y en sus respectivos hogares se vivía vida patriarcal, como que ambos matrimonios se habían perpetrado bajo los mejores auspicios.

Cierto día, con motivo de no sé qué *fiestón* que había en la capital (léase Caracas) se les ocurrió á nuestros compadres hacer un viaje juntos.

Preparáronse al efecto y desde la víspera de la partida empezaron los agasajos y los

carifios de despedida á sus respectivas *caras costillas*; carifios y agasajos y hasta votos de fidelidad que no escampaban, al contrario, arreciaban hasta después de la hora solemne en que los astros están en la mitad de su carrera, lo cual nada tiene que extrañar porque el voto secreto y directo es el más libre.

Pusiéronse pues en marcha, y sin tropezar con muchas peripecias ni peligros en el camino, que en aquellos tiempos estaba limpio de los agentes del orden, llegaron sanos y salvos, sin perder nada, á la Sultana del Avila, que les recibió con su bello clima, con su cielo

siempre azul, sus auras perfumadas, sus encantadoras y espirituales mujeres, y por supuesto, sus honrados políticos, hombres patriotas y abnegados.

No hubo edificio público que no visitaran, ni distracción y espectáculo á que no concurrieran: hoy un paseo, mañana un banquete, pasado mañana una tertulia, luego un baile, una función de teatro, los certámenes de la Academia de la lengua ó de la Historia, el hipódromo, y..... el gran toque de la civilización, las corridas de toros: en fin, cuanto había que ver y que oír, hasta que agotados los

recursos y satisfecha ya toda curiosidad, se dispusieron á regresar á sus hogares.

Como los dos habitaban un mismo cuarto en la posada, por la noche era que tenían sus coloquios y se hacían sus confidencias.

Dos ó tres días antes de ponerse en marcha tuvieron el siguiente diálogo:

—Compadre Víctor, ¿no piensa llevarle algo á la consentida?

(La consentida era la esposa.)

—¿Cómo no, y usted?

—Por ahí le llevo á la mía una porción de cosas que le van á gustar mucho; pero estoy en un aprieto.

—¿Cuál, se le acabaron los reales?

—Qué reales ni qué reales, eso sería lo de menos.—Le diré lo que me pasa: le compré un vestidito primoroso á Elenita y no sé de qué modo llevárselo, porque mi mujer, al abrir mi baúl, como ya tiene algunas sospechas, las trucea en certidumbre y se arma en casa la de Dios es Cristo.

—Qué casualidad! Yo estoy en las mismas. Voy á enseñarle el vestidito de marinero que tengo aquí para el vagabundito de Julio, el que usted conoce, que vive cerca de la iglesia. Fue lo primero que me encargó cuando fuí á decirle adiós.

—Y cómo haremos?... porque entiendo que su señora también tiene noticias, aunque muy vagas, de ese chico.

—Sí, hombre: ese es el peligro.....Si no fuera por eso, no habría que tomar ninguna precaución.

Hubo un largo momento de silencio en que ambos interlocutores estuvieron pensativos, con esa inquietud del espíritu en los grandes conflictos y en que pasan por la mente en tropel las ideas sin que ninguna sea la que salve la situación.

Problemas del corazón que es necesario resolver con el cerebro, y ahí está el *busilis*.

—Ah! exclamó rompiendo el silencio don Timoteo, dándose una palmada en la frente, como debió hacerlo Newton cuando descubrió la ley de la atracción.

—Y bien, qué ocurre?

—Se me ocurre un ardid, compadre. Vamos á ver si usted lo aprueba: es el siguiente: yo llevo en mi baúl el vestidito de su Julio y usted lleva en el suyo el de mi Elenita. Como su mujer lo que sabe ó sospecha saber, es que usted tiene un varoncito, nada dirá al ver un vestido de niña, y usted le dirá que es mío, pero que por no caber en mi baúl, usted me hizo el favor de llevarlo en el suyo; y después yo lo mando á buscar con alguien, que se lo llevará á Elenita. Yo, por mi parte, hago lo mismo con el de su Julio: Las sospechas de mi mujer recaen sobre una niña, por consiguiente el vestido de un niño apenas le inspirará el deseo de preguntar de quién es, y yo la diré que es suyo, pero que no pudo llevarlo porque su baúl estaba repleto con los regalos que usted llevó á su mujer.

—Magnífico, compadre, magnífico! Usted debiera ser político por lo bien que enreda. Qué trastienda! á mí no se me habría ocurrido un recurso tan ingenioso. ¿Por qué no se mete á político, compadre?

—Porque yo respeto mucho el séptimo..... Ay amigo, en los grandes compromisos es que se aguja el magín.

—De veras. Si nos sale bien este tiro podremos decir como el sapo del cuento.

*"Si de esta escapo y no muero
Nunca más bodas al cielo."*

Todo se hizo como se había pensado.

Regresaron á sus casas, y después de los abrazos y alegrías de costumbre, y de las sacramentales frases: "¿cómo te fue? ¿qué me tragiste?" "pensé que te ibas á quedar," llega un muchacho con el baúl.

—Ahí te traje un sombrero y un traje de unos que están haciendo furor en Caracas.

—Vamos á ver ese traje y ese sombrero,

dice la mujer. Yo sé que en Caracas lo que más llamó la atención á la baronesa de Wilson fue el gusto con que se viste el bello sexo.

—Ah! sí: aquello es una especialidad.

Por fin, abre la señora el baúl y efectivamente saca de él un precioso traje y un sombrero de la última moda.

Todo le gustó mucho.

Continuó desocupándolo y en el fondo apareció el vestido del chico de don Víctor.

—¿Y esto qué es?—preguntó sorprendida.

—Ah! se me olvidaba: es un vestidito que le encargaron á mi compadre Víctor, pero no le cupo en su baúl y yo se lo traje. Déjalo por ahí, que él lo mandará á buscar.

Creyóle de buena fe la señora; pero por echarse de servicial, tan luégo como se desocupó, sin decir una palabra á su marido, llamó al sirviente y le dijo:

—Vaya casa de la señora de don Víctor y dígame que ahí va el vestido que él le dio en Caracas á Timoteo para que se lo trajese.

Una escena más ó menos igual pasó en casa de don Víctor, menos el envío del vestido.

El sirviente encontró sola á la señora, á quien no dejó de llamarle la atención el hecho de que su marido también hubiese traído un vestidito que le habían encargado á don Timoteo.

—Cayó en malicia y poco á poco se le despegó la incógnita de lo que venía oyendo hacía días; mas sin creer que su marido se hubiese prestado á encubrir otra triquiñuela, y olvidándose de que él le había advertido que don Timoteo mandaría á buscar el vestidito, quiso aprovechar la presencia del sirviente, y con un recado análogo al que había traído, se lo envió á la señora de él.

A la sazón, tampoco don Timoteo se encontraba en su casa, y cuando llegó de la calle muy contento, queriendo hacer algunos agasajos á su costilla, ésta le dijo muy airada:

—No me hable!

El hombre se quedó turulado, y este "no me hable" fue como la chispa eléctrica que da principio á un incendio.

Entran en explicaciones, préndese un rifirrafe que convierte el hogar en un infierno: la mujer, vuelta una furia, echando sapos y culebras por la boca, dijo cosas que pertenecían al período prehistórico de su vida conyugal, las vecinas, ávidas como siempre de imponerse de la vida ajena, acuden presurosas á saber lo que pasa en aquella casa donde hasta entonces se había exhalado perfume de felicidad, y al fin, descébrese el pastel, porque cada una iba diciendo lo que sabía.

Un tanto calmada la mujer, paróse en jarras y dijo á su marido:

—Desde hoy, quiero que sepa usted una cosa: que en esta casa mando yo ó no se me oculta nada de lo que pasa, conque elija.

—Soy impotente para elegir.

—Impotente usted?... hum?

—Sí señora, impotente para elegir, porque el poder no elige, y yo soy aquí el poder. Usted vive en una República bien gobernada y debe saber eso de memoria.

Los circunstanciales, viendo el sabor político que iba tomando la discusión, prorrumpieron en la más estrepitosa carcajada, porque casualmente el país estaba en época de elecciones.

Algo semejante pasaba en la casa de don Víctor, y los preciosos vestiditos, prendas de cariñoso afecto, tuvieron la suerte de la doncella de Orleans: fueron á parar á una hoguera.

De manera que aquel día tuvo la crónica de la ciudad pasto sustancioso para alimentarse por algún tiempo.

Los celos, que son la quinta esencia del egoísmo, engendran el odio más implacable, y según Víctor Hugo, tienen por lazarillo á la mentira, como se ha visto en el presente caso.

Al siguiente día, muy temprano, encuén-

transe en la calle los dos compadres. Apenas se avistaron, cuando asomó simultáneamente á sus labios la más picaresca sonrisa, y don Timoteo fue el primero que habló.

—Salud, don Víctor!, le dijo tendiéndole la mano. ¿Cómo le fue ayer?

—Como usted debe figurárselo: por poco tengo que salirme por la ventana. Y la cosa hubiera sido peor para mí, la fortuna que á la mujer, después de haber quemado el vestidito, la dio un soponeo á toda orquesta que la privó de sentido por largo rato. Encontrándose en ese estado aparece una viejecita que me llama sigilosamente por la ventana y me entrega un papel que decía: "Víctor, mándame lo que le trajiste á Julio." Inmediatamente contesté al pie: "Si quieres las cenizas te complaceré."

—Pues yo, dijo don Timoteo, yo dejo que el tiempo se encargue de remediar estos percances. Si no fuera por eso, la vida, que es un tormento, como dijo Bolívar, sería un fastidio. Además, todas las cosas tienen su enseñanza: puede ser que lo ocurrido haga resolver á nuestras matronas á ser madres.

Creo que fue Selgas quien dijo: "el matrimonio sin hijos es un tiesto sin flores" y dijo una verdad como un templo.

M. PICHER.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

LA ALEGRÍA MAYOR



o era niño, muy niño; gozaba de esa dicha de la edad azul, jamás empañada; todo sonreía en torno mío con sonrisas de eterna primavera; mimábanme y me concedían la mayor parte de las cosas que pedía; era el querubín del hogar que desarrugaba el ceño de mis padres cuando por raro caso se formaba.

En mi cerebro había brotado una idea, en mi corazón un deseo: poseer un juguete igual al de uno de mis compañeros, aquello sin duda era la suprema felicidad.

Llegó el día de Reyes; secreta confianza me decía que aquella noche iba á lograr mi deseo y corrí con ansia á poner mis zapatitos en el balcón. Apenas amaneció salté del lecho y volé á cerciorarme.....; sí! allí estaba! qué gozo! qué alegría tan pura!

Sentí revolotear por mis rubios cabellos como las alas de un genio, y oí una voz armoniosa que en mis oídos murmuraba.

"Hay una alegría más grande que esa!"

* * *

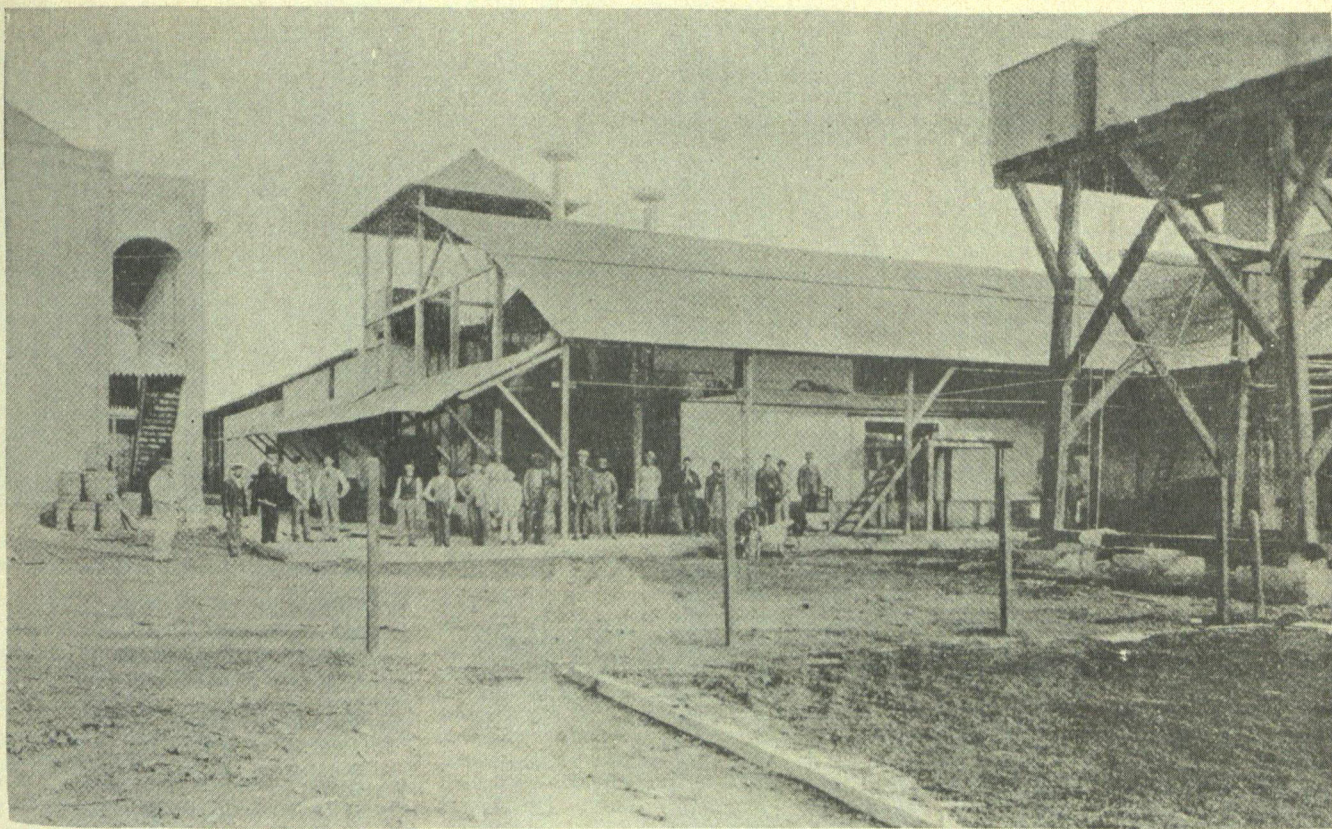
Pasaron unos años: era yo un semi-joven sin otro afán que el estudio; el curso escolar tocaba á su fin, y no vivía más que para mis libros; temía y ansiaba la llegada de los exámenes en que había de conquistar lauros, ó ser vergonzosamente reprobado.

El terrible día llegó: armado de valor y temblando á pesar de todo, me presenté ante las severas cataduras de los catedráticos, respondí á lo que me preguntaron, y salí lleno de incertidumbre.

Pero cuando, al publicar el resultado, oí mi nombre premiado con *sobresaliente* y mención honorífica, cuando corrí, ebrio de gozo, á dar la noticia á mis padres y, entre sus brazos, murmuré mi triunfo, creí que era la mayor alegría que podía tener, y me acordé de las palabras del Genio, pensando que era esa la que me profetizó; y cuando más lleno de ella estaba, oí la misma voz armoniosa que por segunda vez murmuraba:

"Hay una alegría más grande que esa!"

* * *



CERVECERÍA DE MARACAIBO (Vista de una parte interior del edificio)

Era una noche de esas cantadas por los poetas; la luna brillaba entre miles de estrellas, y sus rayos acariciaban á las florecillas del jardín que, sensibles á ellos, impregnaban el tibio ambiente de suaves aromas.

Lola y yo, sentados sobre el musgo, nos contemplábamos y, ajenos á las conversaciones de nuestros compañeros, permanecíamos mudos y casi sin atrevernos á respirar.

Mis manos tropezaron con las suyas, se apoderaron de ellas y las estrecharon con amor; Lola correspondió á la dulce presión, y entonces, quedo, muy quedo, como el susurro de la débil brisa entre las flores, la dije: "¡Cuánto te quiero!..." Ella no contestó, pero su cabeza se inclinó un tanto y... nuestros labios se encontraron con dulcísimo beso.

Sentí una como nube de felicidad que me envolvía; mi corazón palpitó violentamente; el aliento de Lola me enloquecía... hubiera querido morir en aquel supremo instante.

Otra vez me acordé del Genio y de su afirmación, y otra vez lo sentí revolotear y murmurarme:

"Hay una alegría más grande que esa!"

Fui un tanto aficionado á emborronar papel; escribía con el corazón y daba á la estampa mis producciones que eran bondadosamente aceptadas por el público.

Un día emprendí una tarea mayor: la composición de un libro completo. Pulí y perfilé mi obra; la llevé cien veces al yunque, y por fin la dí á la estampa.

Cuando tuve el primer ejemplar en mis manos, cuando lo hojeé temblorosamente, sentí una emoción difícil de explicar, sólo comprensible para quien la ha sentido.

La crítica recibió mi producción con bondad y me animó á seguir adelante.

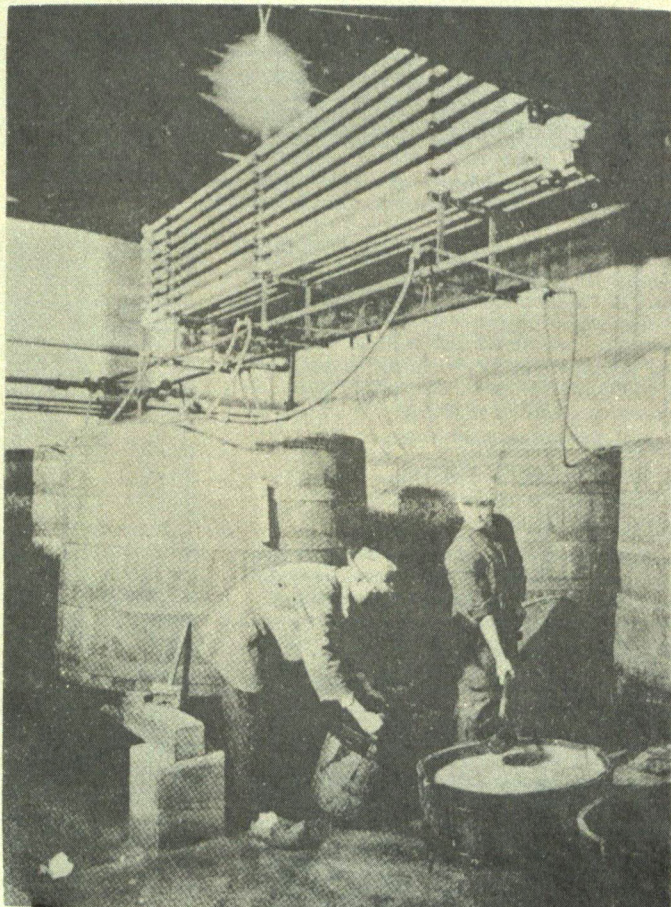
Escribí un drama, lo dí á una Compañía que lo estudió y anunció su estreno.

Llegó la esperada y temida noche; el Teatro estaba lleno de bote en bote; mi nombre

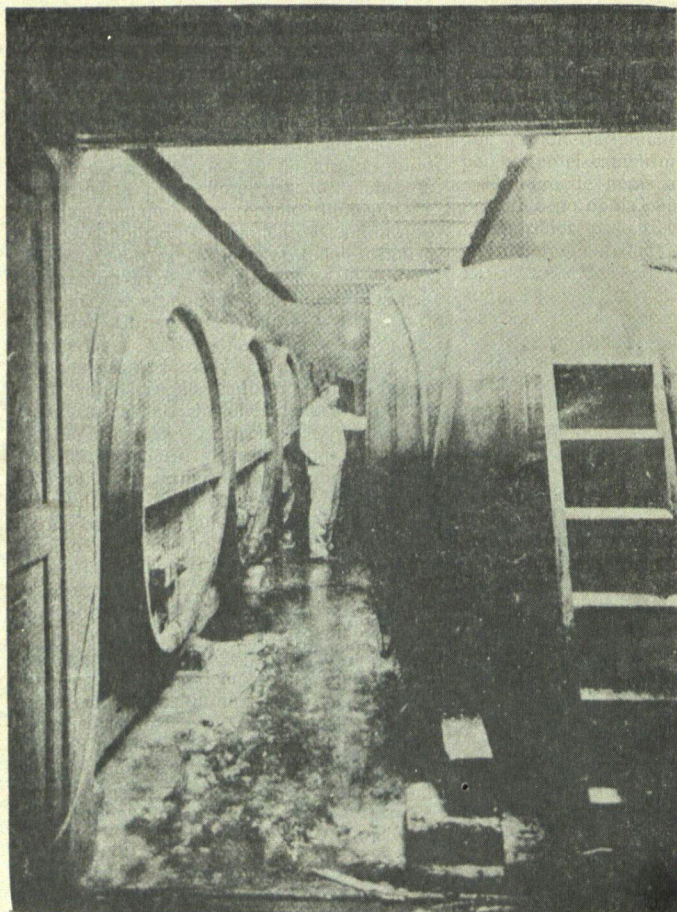
había permanecido oculto, y á pesar de eso, temblaba como la hoja en un árbol acurrucado en el fondo de mi palco. La representación empezó; yo no oía ni veía nada; tenía un velo espeso ante mi vista y parecía-me que todo á mi rededor daba vueltas; de pronto me despertó uno como trueno: ¡era un aplauso! luego otro y otro, Dios mío! es inexplicable lo que sentí! luego gritos: el autor! el autor! mis amigos me sacaron casi arrastrando á la escena; temblaba. Vi aquel mar de cabezas humanas cuyos ojos se fijaban en mí; oí aquel potentísimo grito que me aclamaba, y juzgué que no podía haber placer mayor; levanté la cabeza, y, á tiempo que el telón se interponía entre los espectadores y yo, oí la misma voz de siempre que me decía:

"Hay una alegría más grande que esa!"

La batalla era terrible, los cañonazos



CERVECERÍA DE MARACAIBO. — Cava de fermentación



CERVECERÍA DE MARACAIBO. — Cava de maduración

seguíanse sin interrupción, las balas silbaban por nuestras cabezas, y mi compañía permanecía inmóvil arma al brazo aguantando aquel diluvio de plomo que de cuando en cuando arrancaba dolorosos ayes á los que caían por él heridos.

Yo estaba impaciente, quería pelear y sufrir mi bautismo de fuego; me habían nombrado teniente y quería probar que lo merecía.

Por fin vimos un ayudante que se dirigía á nosotros soportando una granizada de balas; el capitán, no menos impaciente que yo, adelantase imprudentemente á recibir al edecán; una de las mil balas á éste dirigidas se clavó en las sienes de nuestro jefe que rodó por el suelo. En aquel momento llegó el ayudante á nosotros.

—Capitán! exclamó:

—Acaba de morir, dijeron.

—Teniente!

—Presente! dije yo.

—Avance usted de frente y ataque la trinchera que junto á aquella encina ha levantado el enemigo; es preciso destruirla y á usted se encomienda.

—Adelante muchachos!

Y sin esperar más pusimos á escape nuestros caballos.

El humo de la pólvora me cegaba, el fragor del combate me aturdí, pero, ebrio de gloria, espoleaba cada vez más á mi corcel, y animaba á mis soldados repitiéndoles; adelante! adelante!

Y llegamos allá, la mitad de los que íbamos, pero llegamos! y la carnicería fue espantosa, y mi brazo estaba cansado de tanto herir, y mi sable mellado por completo.

Por fin oí el grito de victoria! dado por nuestros soldados, vi al enemigo en fuga, y cuando quise darme cuenta de todo, recibí la orden de presentarme al General.

Trémulo de emoción corrí allá. Estaba el jefe rodeado de su Estado Mayor; al verme, avanzó hacia mí, y abrazándome estrechamente exclamó:

—Viva el valiente!

Y el ejército que nos contemplaba contestó con un ¡viva! potentísimo.

Luégo el anciano General me dijo con voz conmovida:

—Teniente! vuestro valor nos ha dado la victoria; yo, en este mismo campo de batalla, os nombro capitán, y quiero además condecoraros por mi mano.

Y dirigiéndose al ejército exclamó:

—Presenten armas!

Y mientras cincuenta mil hombres presentaban las armas, mientras las músicas de los batallones dejaban oír sus alegres notas en mi honor, mientras el humo todavía no desvanecido, de la pólvora formaba en torno mío una como aureola triunfal, el General desprendió de su pecho una valiosa cruz, la colocó en el mío y volvió á abrazarme.

No había experimentado jamás lo que en aquel momento sentí, ni es posible expresarlo

á los profanos. Era la Gloria la que me coronaba.....

Y, mientras tuve la cabeza reclinada en el hombro del General, oí la voz del Genio que, como siempre, me decía:

“Hay una alegría más grande que esa!”

* * *

Tras la tempestad, la calma: tras de la guerra, la paz.

Era el día de mi boda; me había unido al fin con Lola, la amada de mi alma; habíamos cambiado nuestros juramentos, recibido la bendición del sacerdote y la de nuestros padres, las felicitaciones de nuestros amigos y los carifiosos votos que por nuestra felicidad hacían todos. La fiesta había terminado y ¡estábamos solos!

Lola, vestida de blanco, ostentando en su pecho el simbólico ramo de azahar, temblorosa y con los ojos bajos; yo á su lado; sin atreverme á tocarla, y con las manos juntas en actitud fervorosa. Por fin, con un leve suspiro la llamé:

—¡Lola!

Y ella levantó los ojos, en los que brillaba una lágrima de felicidad, y fijándolos en los míos suspiró:

—¡Eduardo!

Rodeé con mi brazo su cintura, y no la dije nada, ¡nada! nos mirábamos y sonreíamos.

Así, pues, aquella mujer, aquel ángel, era para mí, para mí solo, ¿qué había hecho para merecer tanta felicidad?

La estreché en mis brazos, junté mis labios con los suyos y.....arranqué el blanco azahar de su seno.

No, no había mayor felicidad.....! pero..... qué? aún el Genio murmuraba:

“Hay una alegría más grande que esa!”

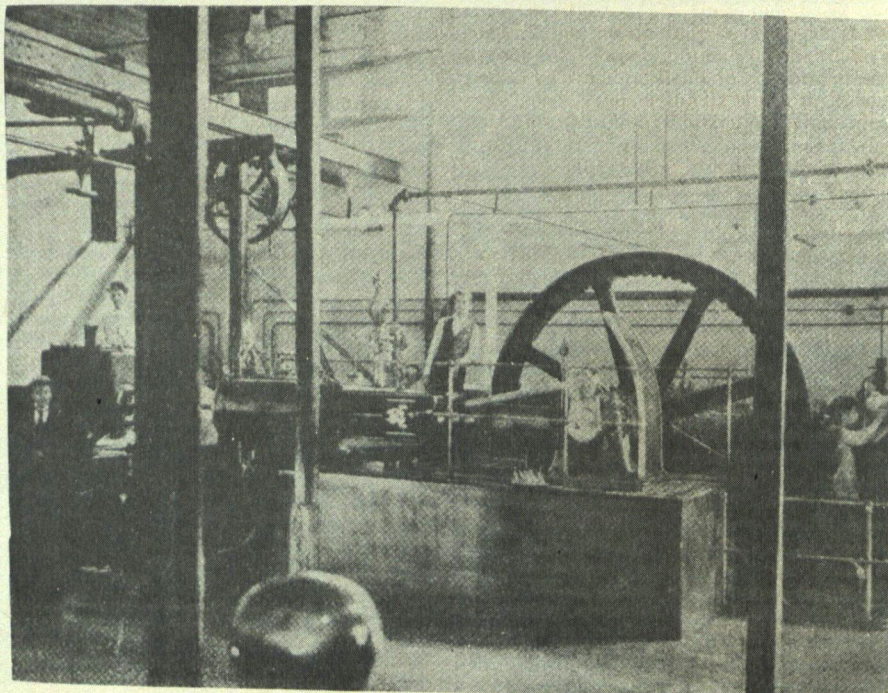
* * *

Han pasado tres años; Lola y yo estamos solos, es decir, solos no; Lola tiene en su regazo una niña de un año que intenta, picaruela, sustraerse á los lazos que la sujetan; por fin logra su deseo, baja al suelo y, tambaleándose, pero sonriendo, se aproxima á mí; la cojo é imprimo en las dos manzanas de sus carrillos una docena de besos.

La niña balbucea sonriendo:

—Papá?

Gran Dios! siento en el corazón un gozo tan puro, una alegría tan grande.....



CERVECERÍA DE MARACAIBO. — Sala de máquinas

YA NO ERA TIEMPO!

"Paris, Paris, lo que te damos
y lo que nos devuelves!"

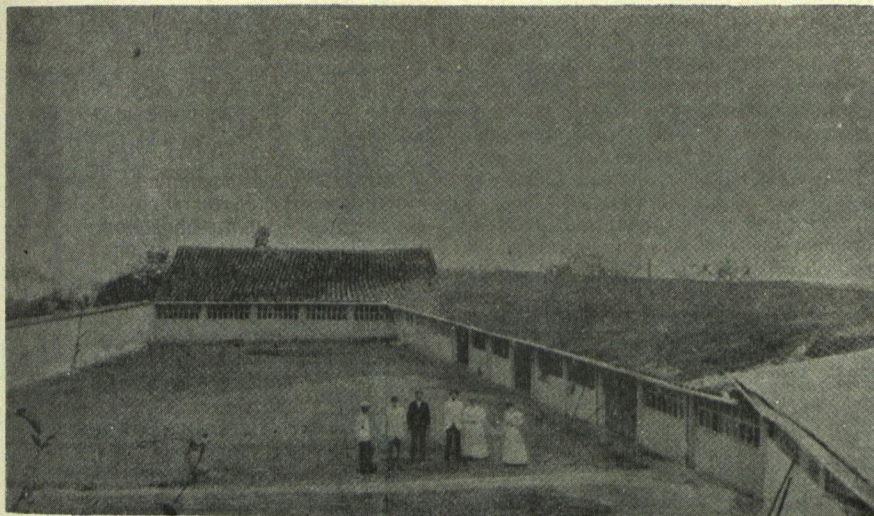
SAFO-ALFONSO DAUDET.

Era el hijo único de un matrimonio feliz, no porque fuese opulento, sino porque el amor—hijo del éter y de la noche, según una conceptuosa expresión de Felipe Tejera—solía poner una gota de su divina esencia en la copa de amarguras que las crueldades de la miseria hacían apurar á aquel hogar.

Había nacido hidrocefálico; y á fuerza de reconstituyentes poderosos, lograron los amantes padres levantar aquella naturaleza débil y enferma, que se presentaba en el combate de la vida organizada para la derrota.

Iba creciendo lentamente, como á hurtadillas, como esas plantas de invernadero, regocijo del estragado gusto de los espíritus apasionados por lo exótico.

Un día le pusieron una camisa de céfiro, le envolvieron en una mantilla más blanca que la leche, le encasquetaron un gorro, que parecía frigio, de puro ordinariote, le acomodaron unos escarpines churriguerescos y



HACIENDA GALIPÁN. — (Patio de la hacienda)

Me levanto y corro con la niña á Lola; ésta ha comprendido, cae en mis brazos, la estrecho en ellos y, confundidos los tres alientos, cruzamos dulces miradas húmedas de felicidad.

Nuestros labios se juntan en los labios de nuestra hija, y una lágrima del más puro gozo resbala por mi mejilla.

En este instante oigo revolotear por mi cabeza las alas del Genio, y murmurar en mi oído con más armonía que vez alguna.

"Esa, esa es la mayor alegría!"

CÉSAR FONT.

(Maracaibo.)

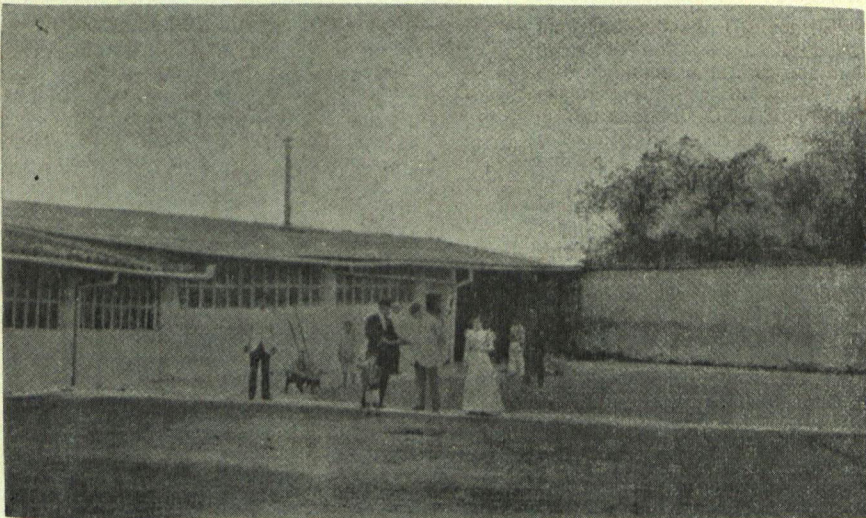
FLORES Y HADAS

Á RUFINO BLANCO FOMBONA.

Niñas; hadas pequeñuelas
que vagáis en ronda alegre,
por los valles florecidos
del fantástico diciembre,
dando al aire, de los trajes
la flotante falda leve;
no toméis las margaritas
ni los nardos, porque mienten
¡los hipócritas que moren
solitarios en su albergue! . . .
Tomad rosas ¡ah las buenas!
tomad lirios ¡que inocentes!
y llevadlos cuidadosas
en la falda blanca y leve,
á la virgen, vuestra amiga,
que os conduce y os protege.

Ah! las niñas pequeñuelas,
las que amor aún no sienten,
cuando corten flores nuevas
que á la virgen se las lleven! . . .

Hadas; núbiles doncellas
que ceñís rosada veste,
y esperáis al novio en vano
porque el novio aún no vuelve.
Ah! las tristes; mientras tornan
los ingratos, esos crueles,
que torturan vuestras almas
y les roban sus placeres;
idos presto á los floridos
dulces valles de diciembre,
con la risa en vuestros labios
que tal vez amor no mienten;
idos presto, blancas hadas,
mariposas de alas tenues,
que vagáis en mar de luces
por los ámbitos celestes . . .
Ah! vosotras, de los valles
recortad rojos claveles,
y esperad al novio ingrato
que rendido, al cabo, vuelve.



HACIENDA GALIPÁN. — (Departamento de la maquinaria — Propiedad del señor Miguel Bueno)

Ah! las núbiles doncellas,
las que cifien rósea veste,
cuando corten flores nuevas
que á sus novios se las lleven! . . .

Hadas; viejas taciturnas,
pobres joyas que no tienen
el fulgor con que lucieron
en saraos y banquetes . . .
Ah! vosotras que lleváis
traje negro para siempre,
porque estáis llorando goces
que pasaron y no vuelven;
id también á los floridos
dulces valles de diciembre,
y cortad todas las flores
que en los dulces valles viéreis:
y al sonar los altos bronces
con gemidos que nos hieren,
inundando de tristeza
los crepúsculos silentes,
tomad todas el camino
que conduce al mudo albergue,
donde moran invisibles
los que han muerto para siempre . . .

Ah! las viejas taciturnas,
las que traje negro tienen,
cuando corten flores nuevas
que á los muertos se las lleven! . . .

R. MARCANO RODRIGUEZ.

le llevaron á la iglesia del pueblo, de donde salió el hidrocefálico, después de las fórmulas de liturgia, llamándose Máximo.

El médico que había parteado á la madre de este chico enfermo, túvole en la pila bautismal; y viéndole la cabezota coronada de cabellos negros y pellizcándole en las flacas tibias, le decía socarronamente:

"Hay quien puede en pies de cabra
enderezar su soberbia,
porque lo que todo es aire
cualquier cosa le sustenta."

Y el muchacho se sonreía tristemente, azotando con una de sus patitas escarpinadas la mano del padrino.

Máximo se hizo un adolescente consentido. Con su gran cabezota coronada de cabellos negros, su mirar triste y su carácter dulce y apacible, dominaba á los que le habían echado al mundo.

Burla burlando, por su gusto, por una inclinación muy acentuada de su espíritu aprendió las primeras letras, á silabear después y luego á decorar penosamente. No querían los padres que el chico se fatigase por nada de este mundo; y el padrino—que era su principal alcahuete—prefería que Máximo se atiborrara de Jarabe Dusart antes que se atracase de Mandevil.

Sin embargo, el cabezón se deleitaba contemplando los gatos y las vacas del libro

primario; y recitaba con una seriedad impropia de sus años, la leyenda aquella, de una sencillez conmovedora, que presenta á Jorge Washington, desde niño, como enemigo de la mentira...

**

El padre de Máximo era un rábula de pueblo, un picapleitos sin ingenio, que vivía de los artículos del Código, así como viven los pájaros de la fruta que se madura en los plantíos abandonados. Tenía una verbosidad espantosa: un fraseo enrevesado, seguido, continuo, al ruido que pudiera hacer una tina de zinc cogiendo agua en el chorro de una canal maestra. Pero tenía muy poca gramática, ó mejor dicho, no sabía gramática ninguna, de modo tal que creía formalmente que *fausto* y *funesto* eran sinónimos... Mas, así y todo, quien sabe si por un atavismo de raza, aquel hombre se volvía una melcocha, cuando oía á su cabezón amado leyendo en voz alta las tonterías morales del "Amigo de los Niños"...

La madre del hidrocefálico, de perfiles románticos, había leído á Zorrilla. En su alma de burguesa amable habían hecho un surco muy hondo los versos de este poeta cristiano, que hizo que un santocristo de madera desprendiese de la Cruz bendita su brazo derecho, para consagrar eternamente el respeto que se debe á la fe jurada y á la honra del hogar ajeno, y sacó del polvo de las leyendas españolas, como nuevo, de puro brillante y excelso, el culto que se debe al honor, á la mujer, á la Patria y á la virtud...

**

A los dieciséis años Máximo escribía ya para el público. Era un principiante sin pretensiones, que se hacía amar por su modestia. Sus ensayos de escritor los hizo en un periodiquito de su pueblo, que salía cada quince días. Con todo esto, le tenían sus padres por un talento; y su mismo padrino—hombre de mundo y de buenas letras—barruntaba que en el fondo de aquel cabezón se dibujaba la silueta de una notabilidad.

Fijó el destino de Máximo un accidente sumamente sencillo. Un día celebraba una sociedad benéfica el aniversario de su instalación; y á la hora aviada se iba á encontrar sin discurso de orden, porque el orador titular se había enfermado la víspera; pero Máximo llenó la falta del orador. Se subió á una tribuna pintada de verde; se disculpó con el auditorio por la circunstancia de no estar preparado para aquel acto; habló bien de la caridad, y en un rapto de inspiración feliz llamó á la Virgen María—que era la patrona de la sociedad—"¡a purísima, la impecable que tiene el infinito por trono y el alma humana por santuario."

Bajó de la tribuna en los brazos de sus paisanos. Aquello fue una ovación. Después de este triunfo oratorio, ya Máximo no cabía en el pueblo—según decían sus padres y su excelente padrino—era preciso enviarlo á la capital, á Caracas, á metodizar sus estudios y á adoptar una carrera.

Y no hubo más remedio, sino que Máximo fue habilitado convenientemente, quitándose sus padres el pan de la boca para hacerle un hombre trascendental.

El día de la marcha, la madre le besó en la frente, le puso al cuello unos escapularios del Carmen y le dijo:

—Ten juicio ¡sabes! Tú eres bueno, lo sé; pero yo le tengo un miedo atroz á Caracas.

Y se puso á llorar.

—Sí; él es bueno—dijo el padre—y se volteó para que no le viesen los ojos aguados, como un chiquillo que quiere llorar y le da vergüenza.

Y dijo el padrino:

—Sí; él es bueno...

Y se fué Máximo con el corazón oprimido, con su tristeza nativa, con el pesar de quien

deja algo muy amado que no quiere abandonar.

La brisa de la mañana sacudía sobre la frente del hidrocefálico sus alas impalpables, desordenándole los rizos negros, con la tenacidad de un granuja malcriado.

Máximo llegó á Caracas. ¿Qué impresión le produjo la capital? Nunca lo dijo. Su malicia de provinciano se lo prohibía... Traía muy buenas cartas de recomendación; pero se hospedó en una fonda barata, donde le daban por treinta pesos al mes, cama, cuarto y comida. Se matriculó en un curso de derecho. Hijo de un picapleitos, quería ser abogado.

A los estudiantes les llamaba la atención aquel tipo, con sus ojos tristes y su cabezota coronada de cabellos negros.

Y lo sugestionaron; lo llevaron á franca-chelas; á fuerza de querer complacerle y de querer quitarle el pelo de la dehesa, le convirtieron en un cretino. En los primeros meses de su estada en Caracas recordaba mucho su pueblo, el medio en que se había criado: á sus buenos viejos, que le amaban tanto; y les escribía cartas muy amables en que les daba cuenta de sus estudios... Después se abandonó; no iba á las clases; bebía, jugaba; se la pasaba en los suburbios de la ciudad, reunido con gente de mala vida... Llegó á la sima: fue petardista y hasta rufián.

Una noche le halló la policía durmiendo en el quicio de una puerta; le despertó; y cuando iba, tambaleándose, para el cuartel, en clase de arrestado, se fue reaccionando poco á poco... Le parecía que los edificios se le venían encima: que los postes del teléfono le salían á atajar el paso; y cuando entró al cuartel de policía gritó, arrojando al aire el sombrero:

—No más bohemia!

A las seis de la mañana le pusieron en libertad.

Y así como estaba, sucio, despeinado, ridículo, de puro feo, tomó el camino de su tierra, acordándose de sus viejos, del medio en que se había criado, de aquel ambiente que le había visto bueno y á donde volvía corrompido y ascoso...

**

Llegó á la casa. Sus padres lo desconocieron. Parecía un viejo. Sobre su cuerpo no se destacaba sino su gran cabezota, ya no coronada de cabellos negros. Los autores de sus días le abrazaron llorando, sin hacerle la más mínima reconvencción...

Estuvo unos días bien. El médico que le había tenido en la pila bautismal, creía que ya estaba curado, que el medio había reaccionado sobre el hombre; y se frotaba las manos de puro alegre.

Una noche salió á la calle, se tomó unas copas y no fué á dormir á su casa.

Era esto en diciembre, en el mes de las francachelas.

—¿No ha venido Máximo? preguntó el padre á eso de las once de la noche.

—Nó—respondió la madre, limpiándose los ojos con la punta de un pañolón de crepó. Y tirando de una silla, se sentó en el zaguán á esperar á Máximo.

A las cinco de la mañana se presentó éste, tambaleándose.

La madre le salió al encuentro.

Y él la dijo, dándola un empujón:

—Apártese, señora, que usted es muy poco hombre para mí!

Y siguió á su cuarto y se tendió en la cama vestido, como se arroja un adoquín en el arroyo.

**

Cuando al día siguiente fueron á despertarle, había perdido el juicio.

Cuando llamaron al médico, á su viejo padrino, dijo:

—Es un caso perdido.

—Y usted no dijo, compadre, que el medio había reaccionado contra el hombre—arguyó el padre de Máximo.

—Sí; es ese un error de diagnóstico. Mi ahijado no se vino á tiempo.

Y los tres se abrazaron y se pusieron á llorar como unos chicos, á tiempo que el loco decía en voz alta, poniéndose un viejo sombrero de copa:

"Con el sombrero colocado así, ceñido y ajustado el pantalón, el chulapón pasea por Madrid luciendo todo lo que Dios le dio."

**

Y la madre de Máximo, presa de una cólera olímpica, enseñando los puños cerrados á la capital, dijo:

—¡Caracas, Caracas, lo que te damos y lo que nos devuelves!

RAFAEL BOLIVAR.

Caracas, 1898.

LA VIDA PARISIENSE

DE LA BOHEMIA

Hace seis ú ocho años, un poeta muy notable, aunque casi desconocido en España, Rubén Darío, estuvo á punto de asesinar á un periodista amigo suyo que tuvo la ocurrencia de llamarle bohemio.

—¡Bohemio?—gritaba el autor de Azul—... bohemio yo?... Pues no faltaba más! Los bohemios ya no existen sino en las cárceles ó en los hospitales. En nuestra época los literatos deben llevar guantes blancos y botas de charol. El arte es una aristocracia...

En esa época, en efecto, las teorías de vida burguesa y de trabajo metódico predicadas por Emilio Zola y vulgarizadas por los cronistas del boulevard, habían hecho nacer, en las almas de los jóvenes literatos de todo el mundo, un odio sagrado contra los artistas que, viviendo al día, endulzaban las miserias de su vida con las truculencias inconscientes de sus costumbres. Los mismos bohemios empedernidos, trataban entonces de no pasar por tales y Alejandro Sawa incomodábase seriamente porque Luis Bonafoux hablaba de su pipa y de su melená al elogiar sus novelas.

Hoy el odio contra la vida de bohemia ha desaparecido casi por completo gracias á los recientes estudios sobre Murger y sus héroes, en los cuales se ve que la juventud abigarrada y bulliciosa del antiguo barrio Latino, fue completamente inofensiva y no del todo estéril.

**

"Antes de asegurar que una cosa es excelente ú horrible, conviene, á veces, conocerla."

Esta frase irónica de Anatole France, viene ahora de perlas, pues, en realidad, todos hablamos de la bohemia y no todos sabemos á punto fijo lo que la bohemia es.

Lo mismo que la palabra "esnobismo," la palabra "bohemia" es un término vago que cada uno emplea á su antojo. Rubén Darío ve en él un insulto, mientras Joaquín Dicenta le considera como un elogio. Y lo curioso es que los más célebres libros que tratan del asunto, lejos de sacarnos de dudas, nos hacen perderlos en un laberinto de definiciones tan distintas como variadas, obligándonos á vacilar indefinidamente. ¿Qué diferencia tan grande, en efecto, entre los bohemios de Balzac y los de Murger, entre los de Nerval y los de Carlos Hugo, entre los de Frey y los de Delveau!... Todos, sin embargo, son bohemios, todos,—hasta los que, en *La Confesión d'un Bohème* de Montepín, asesinan y no hacen versos.

**



MODAS

SOMBREROS PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS

¿Os acordáis del príncipe de la bohemia de Balzac? Sus aventuras se parecen más á las del triste Adolfo de Benjamín Constant que á las del poeta Rodolfo. A pesar de todo, es un bohemio porque tiene poco dinero y porque lleva una vida desarreglada, su aventura amorosa es un poema cruel. Claudina, la mujer de un autor dramático rico y austero, está locamente enamorada de él y, por no perderle, se somete á todos sus caprichos de hombre sin alma y sin escrúpulos. Un día la pobre enamorada se encuentra enferma de muerte. Para salvarla es necesario hacerla una operación en la cabeza y cortar la cabellera. Su amante la dice: "lo que yo más quiero en tí, es la cabellera; si te la cortan, quizás mi amor desaparezca." Y ella, entre el peligro de perder la vida y de perder á su amante, prefiere exponerse al primero y no se deja operar. ¿Os acordáis?... ..

En todo caso, si habéis olvidado á ese príncipe de Balzac, estoy seguro de que aún os acordáis de los nombres de los "bohemos galantes" de Gerardo de Nerval que fueron, como quien no dice nada, Teófilo Gautier, Arsenio Houssaye, Corot y otros artistas no menos ilustres.

En las breves páginas de su estudio, el célebre traductor del *Fausto* nos relata la crónica de las veladas durante las cuales esos bohemos consolaban las miserias de sus juventudes combinando planes fantásticos para el porvenir y disputándose los besos de las chicas que iban á visitarles.

* **

Los bohemos de Murger son todos jóvenes y todos artistas. Marcelo es pintor, Rodolfo poeta, Schaunar músico y Colline filósofo. Los cuatro son pobres de solemnidad. Uno de ellos encuentra un día un empleo: veinte horas de trabajo cotidiano por cincuenta céntimos al mes! ¡Perfectamente! Mas ante todo es necesario levantarse á las seis de la mañana y, como no tiene despertador, se roba un gallo de la vecindad. Al cabo de una semana sus amigos le encuentran llorando á lágrima viva. "Me he comido mi despertador"—so-loza.—Otro hereda de su tía una suma de catorce francos, y no habiendo tenido nunca tanto dinero junto, se figura que su fortuna es inagotable. Lo primero que hace es invitar á diez ó doce amigos suyos á comer en la Maison Doré. Pero antes van á tomar algunas copas (4 francos) y á comprar cigarrillos puros para todo el mundo (4 francos); y van en coche (5 francos); al acabar de comer, cuando el mozo presenta la cuenta de ciento y tantos francos, el anfitrión recuerda que sólo le queda una peseta.

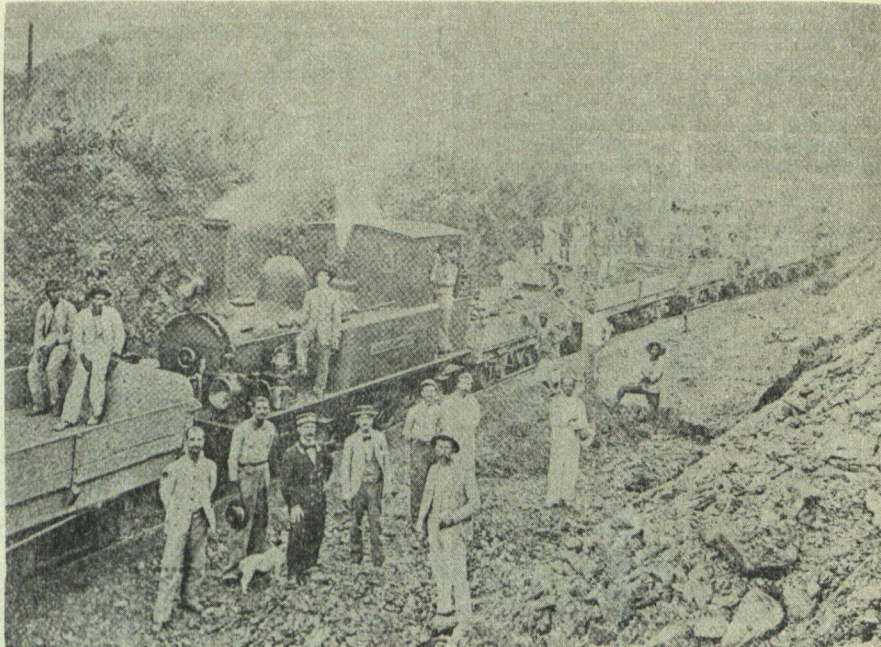
Todas las aventuras de los personajes de Murger son por el estilo, con excepción de dos ó tres idilios pintorescos como las mejores novelas de Paúl de Kock y sentimentales cual las más populares canciones de Beranger, lo que no es muy artístico.

No obstante, el libro deja una impresión encantadora gracias á su sencillez, á su sinceridad, á su tristeza—á su tristeza, sobre todo, esa tristeza bonachona y resignada, que llora y sonríe á un tiempo mismo.

* **

Un libro también muy triste, pero de otro modo, con gran amargura é intensa crueldad, es el *Chatterton* de Alfredo de Vigny.

El bohemio del poeta de *Eloa* es, ante todo, un orgulloso. Su primera obra es una imitación de la literatura antigua que, según él cree, dejará espantado al más gran crítico de su época. La opinión de ese crítico aumenta su amargura. El bohemio vende entonces su pluma á varios personajes y escribe al mismo tiempo, en favor de muchos partidos opuestos, que, naturalmente, acaban por suprimirle toda subvención. Al encontrarse en la miseria, no logrando hacerse adorar de Kitty,



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA. — Cortada de Tucua. — K. 95-1

por quien él no profesa sino un amor relativo, se suicida, maldiciendo de la humanidad que ha desconocido su genio.

Lo mismo que el héroe de Vigny el personaje principal de *Las Confesiones de un Bohemio* de Fremy, padece de esa terrible enfermedad que se llama vanidad.

Es un sabio. Para ganar su vida, en Francia, tiene necesidad de dar lecciones de latín y de gramática á cualquier hijo de burgués acomodado. Huyendo de esa situación odiosa, refúgiase en Alemania que, según él cree, es la Jerusalén de los eruditos. No obstante, en Munich, en Berlín, en Heidelberg, en todas las ciudades universitarias del imperio germánico, vese obligado á continuar su vida de lecciones. Al fin se resigna ó, al menos, parece resignarse, convencido de que la humanidad es siempre, y en todas partes, injusta para con los sabios. De repente, sin creer en el amor, enamórase apasionadamente de una amazona de circo; ella también se enamora de él; pero él es austero y serio, mientras ella es ligera y coqueta. Los celos le envejecen en pocos años y le enferman rápidamente. Va á morir..... Pero no quiere morir lejos de su patria y vuelve á París, claudicante y miserable.

La *Bohemia Dorada* de Carlos Hugo, es la historia romántica de un hombre rico y de una dama poco menos que millonaria. Sin embargo ambos son bohemos. La dama necesita hacer creer que tiene un hijo, para que la herencia de su marido no caiga en manos de parientes lejanos. ¿Cómo hacer? El medio más fácil es el aconsejado por los autores de novelas por entregas y ese es el que la gran dama adopta al robarse la hija de una pobre mujer agonizante. La cuestión de la herencia se arregla; pero la madre de la chica no muere, sino que consagra su existencia á buscar á su hija. Al fin la encuentra en las puertas del vicio, y la salva.

* **

Los bohemos de Fremy son los mismos bohemos de Murger, pero ya no se llaman Rodolfo, Marcelo y Schaunar, sino Privat d'Aglemon, Schaune y Champfleuri. Ya no son jóvenes. Al llegar á la celebridad ó á la fortuna, han perdido la alegría. Y ellas también, las chicas sonrientes y sentimentales que llenaban de flores las boardillas de sus

amantes, las Mussetes, las Mimís, las Fhemies, ellas también han perdido la frescura y el buen humor. Una se ha casado con el farmacéutico de la esquina; la otra se ha marchado á América; la otra tiene un carruaje y un amigo viejo.

En el libro de Delvan no hay ya pobreza, ni días de hambre. Y sin embargo es más triste que el de Murger porque carece de juventud, y de sonrisas, y de amor.

* **

Los bohemos de Tomel no tienen nombre. Unos son músicos, otros poetas, otros pintores, otros sabios. Todos viven, miserablemente, sin alegría y sin esperanza, sin entusiasmos y sin locuras, esperando la ocasión de lograr un empleo en una oficina cualquiera para convertirse en burgueses y para comer todos los días. El que quiera encontrarle veinte años después, que no le busque en la república del arte, sino en el mundo de los funcionarios ó en la lista de los suicidas.

Nada tan espantoso como esta bohemia.

* **

Otros libros hay, en los cuales se habla de la bohemia y de los bohemos; pero me parece que los anteriormente citados bastan para darnos una idea de la complicación y de la variedad de la especie.

Ahora bien, ya que hemos visto rápidamente á los más notables bohemos de la literatura moderna, ¿podremos decir lo que es la bohemia?

Yo creo que no.

La bohemia es todo y no es nada. Y cuando Rubén Darío se enfada porque un amigo le llama bohemio, tiene razón. Y cuando Joaquín Dicenta se siente orgulloso al oírse calificar de bohemio, también tiene razón.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.



CRONICA CIENTIFICA

Consideraciones acerca del libro de Ed. Demolins sobre la superioridad de los anglo-sajones.



EL corazón mismo de la Francia, de la metrópoli del mundo civilizado, del alma latina, ha surgido, como una dolorosa confesión, el grito supremo de la decadencia de los latinos, de la inferioridad de los sajones y del predominio de la raza anglo-sajona en los futuros destinos de la humanidad.

Declaración que encarna innúmeros problemas cuyas soluciones involucran intereses concernientes á gran porción de la familia humana.

A la luz de la crítica moderna la preponderancia de esta raza es un hecho real, que si no quiere reconocerse, se le siente, no obstante, y se le teme.

La frase jodio al inglés! tan socorrida en labios de latinos lo resume todo; ella es la expresión, en cierto modo ingenua, de algo así como oculto rencor; de algo así como tácito reconocimiento de superioridad.

Y lo que caracteriza esta superioridad es la extraordinaria potencia de expansión de esta raza y luego su sistema de colonización.

No como á semejanza de Alemania, Italia, Francia y España, que poseen también colonias, pero sólo militarmente dominadas, son las colonias anglo-sajonas; en éstas el colono inglés se siembra, por decirlo así, se implanta, modificando, transformando, imprimiendo su carácter peculiar á las regiones que coloniza.

¿Qué son la Nueva Caledonia y las posesiones oceánicas, colonias francesas, al lado de Australia y Nueva Zelandia, colonias inglesas?

¿Qué han hecho de nosotros, americanos del Sur, España y Portugal, y qué han hecho los anglo-sajones de la América del Norte?

Podrá haber comparación alguna entre el progreso y desarrollo de estas respectivas colonias?

Partiendo del reconocimiento de esta verdadera superioridad de los anglo-sajones el eminente escritor francés Edmond Demolins, encierra en la fórmula de la Educación escolar la causa eficiente de tan notables diferencias.

Ni el régimen escolar francés, ni el alemán, dada su actual organización forman hombres en el sentido verdadero de la palabra; útiles á sí mismos, aptos para la lucha por la vida, capaces de emanciparse de la colectividad.

Por lo que hace á Francia la mayor parte de los alumnos de las escuelas, de los liceos, de las universidades, de los colegios, no tienen otra ambición que los empleos, el *funcionarismo*, en la armada, en la magistratura, en los ministerios, en las finanzas, en los consulados, etc. Y sólo aquellos que no han logrado entrar en las funciones del Estado, son los únicos que se dedican á las profesiones independientes.

Bien se comprende que el Estado no puede dar cabida á tantos candidatos á los cargos públicos; y que tiene por lo tanto que practicar una verdadera selección. Esta se efectúa por tres procedimientos: los exámenes escolares, cuyos resultados deciden del éxito; la protección oficial directa, y las ejecutorias del nacimiento. Las dos últimas, protección y nacimiento, excepcionalmente funcionan y vienen á ser exclusivamente el examen, la prueba que decide, la puerta de entrada para esas diversas carreras.

El éxito escolar es, pues, la única preocupación del alumno francés, pues que de él depende su porvenir; y las familias á su vez agotarán todos sus recursos y vincularán todos sus esfuerzos en asegurar el éxito.

La escuela, por otra parte, debe constituirse bajo las condiciones más favorables para pre-

sentar anualmente en los diversos concursos el mayor número de alumnos; circunstancia por la cual miden las familias la reputación del plantel; si á estos datos se agrega, el de que el Estado, para restringir el número de los candidatos, limita la edad para la opción á los cargos públicos, bien se explica entonces la razón de ser del régimen escolar francés actual que consiste: *en dar al alumno, en el menor tiempo posible, un conocimiento superficial, pero por el momento suficiente, de las materias de un examen.*

Esta circunstancia y la enorme extensión que se va dando á los programas de estudio para aumentar las dificultades á medida que aumentan los candidatos, hasta convertir aquellos en verdaderas enciclopedias, que ninguna inteligencia podría profundizar; todas estas circunstancias, decimos, hacen necesariamente superficiales y ligeros los estudios escolares.

Refiriéndose el citado escritor Demolins á la vasta extensión de los programas de estudio en Francia, dice con mucha verdad y gracia: "Que los profesores mismos que practican los exámenes se verían en mil apuros para responder á muchas preguntas del programa; y que si se presentaran á examen en concurrencia con los alumnos correrían gran peligro de ser rechazados."

Este fatal sistema de enseñanza no desarrolla las facultades superiores del espíritu sino solamente la memoria y sólo á grandes esfuerzos de esta facultad es que logra el alumno no asimilarse, pero sí al menos, fijar momentáneamente el cúmulo enorme de conocimientos que el resultado feliz del examen exige.

Este verdadero agotamiento intelectual, este esfuerzo del espíritu hecho á expensas del desarrollo corporal, pues que la educación física en Francia es tenida en menos, porque el *internado*, la gran piedra de toque del régimen escolar francés, es el más inadecuado para ello, ¿qué produce? la turba numerosa de los degenerados, de los neuropáticos; de los inadaptables á su propio medio; de los que no cuentan consigo mismos, sino con la comunidad; de los incapaces para valerse á sí propios.

Si estas reflexiones sobre la educación francesa sugeridas por la obra de Edmond Demolins, las hiciéramos sobre el régimen escolar de Venezuela, comenzaríamos por negar la existencia de régimen alguno de enseñanza.

Para la primera edad la escuela no es entre nosotros el molde donde han de forjarse las inteligencias útiles, sino alivio y descanso de las familias; especie de correctivo cómodo contra las insubordinaciones y travесuras filiales, cuando no alardeo insensato de mal cumplidos deberes.

Nuestro pésimo sistema nemmónico, desarrollando la memoria á expensas de las facultades superiores del espíritu, raciocinio, inducción y deducción, mata en germen en las tiernas inteligencias, ó deja latentes, sin ejercicio y desarrollo, ignoradas aptitudes; y, en una palabra, contribuye á formar la numerosa falange de los *imitativos*; de aquellos espíritus sin iniciativa individual, sin originalidad, que parecen necesitar del medio externo el impulso que ha de encaminarlos por tal ó cual senda; seres de personalidad indefinida y vaga, que no imprimen carácter á ninguno de sus actos, inútiles para sí mismos y para la colectividad.

Y lo que pasa en Francia con la tendencia de la juventud al *funcionarismo*, al empleo público, pasa entre nosotros de igual suerte, aunque en virtud de un proceso contrario.

En Francia la escuela pone al alumno en aptitud suficiente para desempeñar debidamente las funciones del cargo que pretende; es decir, se forma el individuo para el empleo, para la función.

Entre nosotros pasa lo inverso; como no se piden aptitudes para el cargo, como éste ha de amoldarse al individuo, claro está que por el camino en que con el mínimum de esfuerzo

llegue á resolverse el problema de la lucha por la vida, por allí habrán de dirigirse todos, tanto más cuanto que á nuestra apatía orgánica repugna todo esfuerzo, todo esbozo de voluntad.

Si se meditara en nuestro defectuoso sistema de enseñanza encontraríamos en él la clave principal de nuestros disturbios y quebrantos.

La instrucción pública sería irrisoria entre nosotros si no fuera un pretexto laudable para arrojar un pan á la miseria.

* * *

Prueba también el citado escritor francés que el régimen escolar de Alemania tampoco forma hombres aptos para la lucha por la vida. Y no lo dice Demolins, sino que lo declara de viva voz el Emperador mismo de Alemania, cuando dice: "La escuela no ha correspondido á lo que esperábamos de ella." Y bajo tres aspectos considera la materia:

Desde el punto de vista técnico, ha defraudado las esperanzas, hasta el punto de provocar la introducción de reformas radicales en el actual régimen escolar: suprimiendo los estudios de filología, que si abren ancho campo para especulaciones metafísicas, no contribuyen en nada sobre la formación del carácter y sobre las necesidades de la vida moderna; proscribiendo el estudio del latín, que si es útil para conocer lenguas extrañas, no lo es para más nada.

Desde el punto de vista práctico, también ha escollado el régimen, á los ojos del Emperador.

El Ministro de Cultos é Instrucción Pública ha preguntado desde las alturas de la tribuna si "en presencia de la situación de Prusia y Alemania, el pueblo alemán puede conformarse con ser un pueblo de pensadores y filósofos *"cuando las tendencias del Imperio se dirigen hacia la colonización."*

Se trata, pues, de favorecer la expansión de la raza alemana, de hacerla apta para entrar también en la conquista del mundo, como lo hacen los demás pueblos de Europa. (1)

Acúsase también entre los inconvenientes de ese régimen escolar, el agotamiento que produce, arruinando el cuerpo é impidiendo el desarrollo de la voluntad.

En una palabra, dice el Emperador, la frase del príncipe de Bismarck es exacta: tenemos el *proletariado de los bachilleres*.

Ante tales declaraciones, emanadas del Emperador mismo de Alemania, uno de los productos más intensos de desarrollo escolar que han existido, ¿qué dirán los que miden el progreso de una nación por el número de sus escuelas?

Como argumento á favor de la inferioridad física que la escuela alemana produce, cita el Emperador la observación personal de que cuando era alumno del liceo de Cassel, de sus 21 condiscípulos había 18 que usaban lentes; y ante esa observación, agrega: "Para qué sirve un hombre que no puede ver con sus propios ojos? Los hombres no deben ver el mundo á través de ningún lente, sino con sus ojos mismos. Esto me atañe directamente porque yo soy el padre de la patria, y os prometo que sabré poner remedio . . ."

Pero no es esto todo; si la escuela en Alemania ha escollado bajo el punto de vista técnico y práctico, lo mismo ha sucedido bajo el *aspecto político*.

El Emperador no se muestra satisfecho de los resultados políticos que se prometía alcanzar de la Escuela; es decir, el *duelo á muerte contra la democracia*. Esto es grave.

Hacer de la Escuela un instrumento de dominación política es adular la noble misión de la enseñanza; es la expresión de una falsa idea sobre el papel de la instrucción en la vida de los pueblos. Y confirma su pretensión dicién-

(1) A la hora presente el dominio de China por Alemania es un hecho consumado. El Cónsul alemán residente organiza la Administración Pública del Celeste Imperio.

do que en el único momento en que la Escuela fue productiva ha sido en los años de 1864, 66 y 70, cuando el espíritu nacional era restaurar el Imperio y tomar la Alsacia y la Lorena.

Se imponen, pues, reformas radicales: "no es él por ventura el Emperador para que todas las voluntades se inclinen ante la suya? . . .

Bajo el punto de vista técnico: eliminación del latín y de todo plantel de instrucción que no sea un verdadero *gimnasio*.

Bajo el aspecto práctico, hacer de cada alemán un hombre apto para la lucha por la vida; fuéramos filósofos, pensadores y artistas. Aplicar en las Escuelas superiores la organización militar. El Emperador necesita soldados para marchar á la conquista del mundo . . .

Y bajo el punto de vista político, *combatir las tendencias centrifugas que se hacen sentir*.

Sobre esta frase sola es que está construido todo el edificio de reformas escolares que pide el Emperador de Alemania y que en realidad no encarna otra cosa que la glorificación de la hegemonía prusiana.

Y lleguemos á Inglaterra.

El régimen escolar inglés, forma hombres en el sentido verdadero de la palabra?

En la constitución de las sociedades observanse dos géneros de formación: la *comuneratoria* caracterizada por la tendencia á buscar apoyo, no en sí misma, sino en la comunidad, familia, tribu, poderes públicos, á cuyo tipo pertenecen las naciones de Oriente; y la formación *particularista* cuyo rasgo distintivo es contar con sus propias fuerzas, apoyarse en sí mismas, antes que en la comunidad. Los anglosajones son el espécimen más caracterizado de este tipo.

La educación inglesa es más apropiada que la alemana y la francesa á las condiciones de la vida moderna; ella forma hombres habituados á no contar sino consigo mismos, con sus propias energías vitales. Y á pesar de esta superioridad, los ingleses se preocupan más que ningún otro país de introducir nuevas reformas en la educación de la juventud. Ellos sienten más que nadie la necesidad de colocarse á la altura de las transformaciones modernas. Su objetivo es levantar hombres de lucha, capaces de vencer todas las dificultades y situaciones de la vida; no funcionarios, ni empleados públicos; ni hombres de letras que sólo conocen la vida en los libros y que se agotan en la esterilidad de los bufetes. Ellos quieren obtener el producto más adecuado á las leyes ineludibles de la actual evolución social; es decir: hombres, verdaderos hombres.

El doctor Cecil Reddic, fundador y director de una Escuela Central de Inglaterra, se expresa en los siguientes términos, refiriéndose al actual régimen escolar inglés y á las reformas que es necesario introducir en él.

"Nuestro sistema actual no corresponde á las condiciones de la vida moderna; forma hombres para el pasado y no para el porvenir. Nuestra juventud pierde aún mucho tiempo estudiando lenguas muertas de las cuales se servirán muy poco en la vida; apenas estudia superficialmente las lenguas modernas y las ciencias naturales y quedan ignorantes en todo lo concerniente á la vida real, á la práctica de las cosas y á sus relaciones con la sociedad. Pero estas reformas tropiezan con el obstáculo que le opone la influencia de las Universidades. Estas, como toda corporación vetusta, conservan todavía el espíritu de tradición y de rutina, especie de espectro incorpóreo que flota por sobre las cabezas del director y de los maestros, y que tiene más fuerza que la autoridad misma."

La tendencia de las nuevas retormas escolares inglesas es llegar al desarrollo armonioso de todas las facultades humanas. El niño debe llegar á ser un hombre completo, apto para llenar cumplidamente todas las funciones de la vida. Para llenar este fin, la escuela no debe

ser un medio artificial, en el que sólo se esté por los libros en contacto con la vida.

Ella debe constituirse bajo la forma de un mundo real en pequeño, práctico, que ponga al niño lo más pronto posible en contacto con la naturaleza y con la realidad de las cosas. No basta conocer la teoría de los fenómenos, debe conocerse también la práctica, para que el joven, al entrar en la vida, no entre en un mundo nuevo, desorientado, sin preparación.

"El hombre, dice el doctor Reddic, no es sólo una inteligencia, sino una inteligencia unida á un cuerpo y es necesario formar la energía, la voluntad, la fuerza física, la destreza manual, la agilidad . . . La construcción misma de los edificios ingleses contribuye á este fin.

Son edificios de tal modo dispuestos, que despiertan en los alumnos la sensación de la vida real y no de una vida artificial; tratan de reproducir, antes la casa paterna, que el cuartel ó la prisión. En lugar de estrechas galerías confinadas por altas paredes, aire, espacio, verdura y luz; en una palabra, la idea que domina en todo el programa de estudios es la de no separar nunca la teoría de la práctica para llegar, en cuanto es posible, á la adquisición de conocimientos utilizables en la vida práctica.

Mas no por esa tendencia á educar el alumno exclusivamente bajo el aspecto práctico dejan por eso de inculcarse en el alma del educando las excelstudes y prerrogativas del arte humano.

La música ocupa un lugar importante en el programa de estudios. Semanalmente hay tenidas musicales, pues el cultivo de este arte divino ejerce una influencia benefactora en la educación de los niños.

Para el arte dramático los alumnos han construido un pequeño teatro y en una palabra para hacer en el niño más real la sensación de que la escuela es un pequeño mundo práctico, existen dos sociedades de controversia y polémica sobre varios asuntos y publican un periódico: el *School Magazine*, una especie de crónica de los acontecimientos escolares, con parte literaria é ilustraciones; publicación que no tiene otro objeto que desarrollar las aptitudes literarias y artísticas de los alumnos, sin menoscabo del desarrollo armonioso de las demás facultades del espíritu.

Por este camino, pues, tiende Inglaterra á formar verdaderos hombres, no hechos á contar con la comunidad, sino consigo mismos; á educar alumnos, no para el pasado sino para el porvenir.

ELÍAS TORO.



Sobre el acantilado

(POR PAUL DUPLAN)

Al volver de la ciudad de Eu, encontré borrados y cubiertos de césped los senderos que conducen á la cima del acantilado de donde se domina Trepot, tan divertido visto desde allí, y cuyas casas semejan juguetes de niños.

Por fin he llegado!

En el mar el horizonte sube al nivel de la altura que acabo de escalar. Es lejano y grandioso.

En el cielo grupos de nubes oscurecen grandes porciones de mar; y más allá el agua centellea bajo los rayos del sol. A lo lejos eleváse delgada línea de humo: es un vapor que pasa y apenas se divisa. Es tan pequeño lo que viene del hombre!... A mis pies, en la playa, grupos de bañistas, de paseantes y de mujeres, que casi no se distinguen; y yo arriba también parezco muy pequeño... El viento del noroeste es poderoso y si quisiera tomarse el trabajo me derribaría; pero no ha fijado en

mi su atención: es cosa deliciosa resistirle, respirarle, sentirse envuelto por él. La mar está baja, la playa le ha ganado terreno y se prolonga á lo lejos; el puésto está vacío; la pendiente del litoral tiene una inclinación suave; se ve que las grandes profundidades están lejos y no obstante en la pleamar es sobre esta delgada capa de agua por donde pasan los grandes navíos que desde aquí diviso encallados en el fondeadero. Pronto el mar subirá desde el punto extremo á donde ha descendido y hasta el nivel que habrá de alcanzar puedo apreciar el desplazamiento de la onda salada: es enorme. ¡Cuánta fuerza! ¡Y, para qué? Si verdaderamente Dios dijo á la mar: "No irás más lejos," fue porque comprendió que había esparcido ya demasiada agua involuntariamente.

Qué grande es el océano!.....

El premio mayor

(POR LEON TOLSTOI)

El venerable Kititi era un anciano en quien se reunían todas las lisonjeras apariencias de la felicidad.

Siendo muy rico, daba, para ser feliz, pan y amor á los pobres; siendo muy bueno, tenía también dos encantos á quienes amar, dos niñas. Takara y María, tan bellas como ángeles, y tan rubias, tan rubias, que cuando les daba el sol dudábase si era éste el que doraba sus trenzas ó eran sus rubias trenzas las que doraban al sol. Suetos sus finos cabellos, diríase que podían derretir toda la nieve que estaba por aquellos lugares, que era de Nafton, las blancas cordilleras del Olmakto, las lomas siempre blancas del Neirostof y las lagunas plomizas del Eifkart.

Un día el venerable anciano llamó á sus hijas, las rubias angelicales María y Takara, y abriendo un aposento, dentro del cual brillaban innumerables joyas, de manera que el obscuro fondo parecía un estuche amplio ó un nicho iluminado por lamparitas, brindó á las doncellas con aquel fausto esplendente.

Takara dio un gran grito y se entró en el aposento, ávida de poseer sus brillantes y ricas iluminaciones de fina pedrería.

María permaneció muda y aguardó á que su padre le destinase la ofrenda de su cariño.

El anciano miróla dulcemente, y abriendo una gran ventana, le mostró con la mano las inmensas llanuras de nieve, recortadas allá en lontananza por la niebla azulada de un monte, que ofrecían los contornos del palacio.

María reflexionó breves instantes y murmuró después:

—Me gustan, padre mío, esos paisajes; amo en ellos á Dios, creador de la nieve y del fuego, del olvido y del amor; de la muerte que es hielo y es perdón; de la vida, que es fuego y es sacrificio.

Tras los vidrios del palacio empañados por la nieve que caía y golpeaba sin ruido, como si fuese símbolo de la muerte que tragina en silencio y se filtra en todas partes sigilosamente, platicaba Kititi, ya caduco, con su hija predilecta.

Tenía entre sus manos un papel donde estaban escritos estos conceptos: "Padre y hermanos míos: Mi existencia es de nieve. Aunque vivo en la dulce, risueña Italia, y miro ante mis ojos un verde campo, que el sol dora y enciende, estoy triste, ¡tan triste! . . .

Tengo hiedra en mi huerto, flores en mis jardines, alondras y jilgueros en la enramada, oro en la vajilla de mi casa; y sin embargo, estoy harta de goces ajustados, respiro almizcle y siento el alma fría como mis joyas. ¡Cuán heladas las piedras de mis anillos, cuán heladas las fibras del sentimiento!

—¡Pobre hija mía!—murmuró el anciano,— ¿por qué escogiste las joyas en aquel sabio tributo con que mi amor te brindó?

Y María entonces, la hija predilecta, templó entre las suyas las ateridas manos del anciano y dijo estas palabras deliciosas:

—La ofensa que me diste, padre mío, congeló las pasiones de mi alma: dio en grave compensación azules horizontes al espíritu, calor y fuerza á la mente, cariño hacia el hogar; y mirad, padre mío: todas las nieves y hielos del espíritu humano tienen un sol de oro, un premio que no se acaba, en la fidelidad y en la gratitud.

¡Bendita sea la nieve de la razón!

Del natural

—
—
POR MANUEL BUENO [BILBAO]

—
—
Amaos los unos á los otros.
PALABRAS DE JESUS.
—

Es una desolación. Llueve y graniza alterativamente y sin tregua. Y el cielo, anubarrado hasta Dios sabe cuándo. Y en las calles enlodadas mézclanse, á las salpicaduras del barro, las salpicaduras de las lágrimas de las familias hambrientas. Es una desolación.

Va usted por la calle, escoltado por una legión de mendigos, que le taladran el oído con estas ó parecidas palabras, dichas en todos los tonos de que es capaz la gamma quejumbrosa:

—Una limosna. Soy un hombre honrado. Un obrero sin trabajo. Un padre de familia que se muere de hambre.

Y generalmente, no mienten. La ola de la miseria, se va tragando á muchos. Y continúa avanzando, por desgracia nuestra.

— . . . Verá usted. Yo vine del pueblo el verano pasado, á trabajar en una fábrica del Desierto. Yo soy peón, y de los buenos. En la faena no hay quien me eche la zancadilla. —Con once reales, se comía en mi casa. Mi mujer, yo, y tres mocosos que daba gloria ver, y que ahora parecen cirios, según están de flacuchos y carilargos.

— . . . En enero, apagaron uno de los hornos de la fábrica, y muchos de mis compañeros quedaron de más. A mí me retuvieron por empeños, á medio jornal. Y contento. Luégo, á la quincena siguiente, tocaron otra vez á despedir y, yo, como otros muchos, me quedé por puertas. Aquí tiene usted el certificado de buena conducta que me dieron en la fábrica.

Y me enseñó un papel pringoso y casi deshecho á dobleces.

—Adiviné una vida de horrores, en la buhardilla desmantelada, y poseído de un invencible afán de husmeo, procuré que la conversación se prolongara.

—Usted tendrá parientes, amigos . . .
—Sí, señor. En Gallarta, está mi cuñado. Es capataz en una mina, y como es soltero, todo su jornal se le va en vino. Allá él . . .

—La esposa de usted, ganará algo—dije en són de pregunta.

—Ni una mota. La pobrecilla, está siempre malucha. En la cama la tengo en este momento.

—¿Qué tiene?

—El maldito reuma que no la deja moverse apenas caen cuatro gotas. Y miró al cielo, un cielo gris, iluminado por la reverberación de la nieve, con expresión de súplica.

En aquel instante, arreció la granizada, y creí de humanidad acompañar al obrero, cubriéndole con mi paraguas. Anduvimos largo trecho. Por aquí tomo, por allí tuerzo, llegamos, al cabo de una endiablada caminata, á una casucha de pobre exterior y de interior más pobre todavía. Allá en la Peña, cerca de la Isla. Palpando en las desconchadas paredes, subimos hasta ochenta escalones. Arriba,

me esperaba la miseria negra, la miseria hedionda para darme un abrazo. Aún me dura la impresión de aquella visita. Y cuenta que yo no me asombro de nada, ni finjo repugnancias femeniles á la vista de ciertos cuadros que suele ofrecer la desgracia.

En el fondo de un corredor sin luz, una alcoba reducidísima. Allí un camaranchón desvencijado y dos sillas desportilladas. En las paredes, algunas caricaturas de "El Motín." Menaje de obrero sin trabajo.

Para poder hablar, hubo que imponer silencio á una turba de chiquillos, que correteaban por el pasillo, atronando la casa con sus gritos. Ellos, callaron ante la promesa de que habría pan.

Hablamos poco. Lo primero que la enferma hizo al incorporarse, fue llamar gandul y perdido á su marido. El no contestó, limitándose á mirarme de un modo especial, como si quisiera sincerarse de aquella acusación, á mi ver injusta.

Ella insistió en sus ataques, culpando á su marido del abandono en que se hallaba la familia.

—Atiende, mujer—inclinó él con voz suave, en la que advertí barruntos de cólera—mira que hay en Bilbao más de dos mil hombres manosobre mano; mira que no es sólo tu marido el haragán y el perdido. No se encuentra trabajo para un remedio . . .

Lejos de calmarse, aquella mujer retornó á insultar al obrero, colmándole de los epítetos más denigrantes.

Todo fermento de dolor, es un fermento de odio, ha dicho Paul Bourget. Es cierto. Yo oí al obrero, poco antes resignado, estallar en rabia, con los brazos convulsos y con manchas rojas en las pupilas centelleantes, como si se sintiera acometido de un amago de destrucción. Toda la pena, todo el odio, la sed de represalias, que hacen germinar el hambre y el abandono, se retrataron en aquella boca contraída por el *ricтус* amargo de la más sangrienta de las ironías, en aquella mirada torpe, mirada de borracho que se tambalea, y cuando él se encaminaba hacia el lecho dando traspás y con el puño levantado, le detuve, impidiendo la consumación del drama que se avecinaba.

Y salí de aquella casa, después de restablecer la paz en el matrimonio. Bien que antes fue menester acallar el hambre que fomentaba aquel immoderado deseo de lucha.

En la calle, el silencio. Ni una promesa de felicidad en el gran cielo gris, que seguía vomitando nieve.

La princesa de los lirios rojos

—
—
(POR JEAN LORRAIN)
—

Erase una altiva y fría princesita que apenas contaba diez y seis años, de ojos pardos como los del águila, coronados por orgullosas cejas, y tan blanca que sus manos parecían de cera y sus sienes de perlas: llamábase Odobertha.

Hija de un viejo rey guerrero, siempre ocupado de lejanas conquistas cuando no batallaba en la frontera, y huérfana de madre, creció en el silencio de un claustro sombrío y solitario, donde estaban enterrados los reyes de su raza.

El monasterio donde había vivido los diez y seis años de su vida era un severo edificio situado en el fondo de una selva secular cuyo camino sólo el rey conocía, y adonde no penetraba sino la luz del sol y eso debilitada en su paso por la espesa bóveda que formaba el follaje de antiquísimas encinas.

Odobertha no había visto jamás otro rostro de hombre que el de su padre, porque aquella mansión estaba, como hemos dicho, fuera de todo camino, y distante del paso de los bohemios.

Algunas veces al caer la tarde salía del claustro la princesa y se paseaba lentamente escoltada por dos hileras de monjas en procesión; y entonces aparecía grave y pensativa como si la agobiase el peso de abrumador secreto, y tan pálida como si ya la muerte la asechase.

Cubría su hermoso cuerpo una larga túnica de lana blanca con largos flecos de oro; y una diadema de plata cincelada sujetaba á sus sienes ligero velo de gasa azul, que atenuaba el color de sus cabellos, rubios como el polen de los lirios y el sagrado copón del altar.

En aquel apartado retiro su vida era dulce y silenciosa y su corazón rebosaba de alegres esperanzas: como otra hubiera aguardado la vuelta de su prometido esperaba ella la venida de su padre, soñando con las batallas, los peligros, y los hermosos príncipes vencidos y muertos por el rey.

En el mes de abril florecían las altas escarpas cubiertas durante el otoño de hojas secas y de arcilla; y en una y otra estación la princesa Odobertha se deslizaba altiva y silenciosa por entre las amarillentas ó verdes encinas, arrastrando á su paso los largos flecos de su túnica blanca con bordados en oro.

A veces, durante el verano, cogía en el jardín del convento grandes lirios blancos á los cuales se asemejaba en lo frágil y lo pálido; y en otoño arrancaba en los lindes del bosque las campánulas violáceas como sus labios enfermos. Y, cosa extraña, ella que parecía complacerse en destrozar los lirios en flor, jamás deshojaba una campánula, antes bien las besaba tierna y amorosamente.

Al ver la cruel sonrisa que entreabría sus labios cuando desmuzzaba los cándidos lirios se hubiera dicho que celebraba un rito misterioso que se correspondía á través de los espacios con alguna obra lejana y maldéfica. Aquella era en efecto (los pueblos lo supieron más tarde) una negra y sangrienta ceremonia. A cada gesto de la princesa virgen se encontraban ligados la vida y el sufrimiento de un hombre: cada lirio deshojado era un hermoso cuerpo de príncipe ó de joven guerrero caído en la batalla; cada campánula besada una herida abierta, una ancha laga por donde fluía la sangre de los corazones. El viejo rey era sabedor de tan extraño destino y por eso mantenía en apartado claustro y lejos de todas las miradas á aquella virginidad funesta, cómplice y verdugo de sus lejanas victorias.

No ignoraba la princesa Odobertha su terrible poder y desde la edad de cuatro años prodigaba sus besos á las venenosas flores rojas y despedazaba sin piedad los candorosos lirios.

Todas las noches el capellán del convento, un viejo y ciego barnabita, recibía la confesión de la princesa, y la absolvía; porque las faltas de las reinas no recaen sino sobre los pueblos y el olor de los cadáveres es incienso ante el trono de Dios.

La princesa, digna hija de su padre, no experimentaba ni remordimientos ni tristeza: por una parte, ella sabía que después de la absolución quedaba pura; y por la otra, los campos de batallas donde caían príncipes heridos y agonizaban millares de hombres revolcándose sobre repugnantes despojos, halagaban su orgullo de virgen; porque las vírgenes no sienten por la sangre el horror angustioso de las madres, siempre temblorosas por sus hijos bien amados.

Una tarde (se ignora cómo pudo llegar hasta el apartado monasterio) un miserable fugitivo cubierto de sudor y de polvo y sangrando por siete heridas, se desplomó exhalando un lamento de niño junto á la puerta del convento. Las monjas le recogieron y más por temor que por piedad lo instalaron al fresco en la cripta de las tumbas, coloca-

ron á su alcance un cántaro de agua fría para que pudiese calmar su sed, y le dejaron un hisopo empapado en agua hendita y un crucifijo; porque se le escapaba ya el hipo de la agonía y su pecho era presa de angustiosa opresión. A las nueve, en el refectorio, la superiora ordenó que se recitase por el herido el oficio de difuntos, después de lo cual las monjas se retiraron á sus celdas y quedó el convento sumido en el silencio.

Sólo Odoberta no dormía: pensaba en aquel hombre á quien apenas había entrevisto cuando en brazos de las hermanas atravesaba el jardín; y que era, sin duda, uno de sus enemigos de su padre, un miserable fugitivo escapado á la carnicería, el último despojo arrojado al convento por una ola de destrucción y de sangre. La batalla debió haberse librado en los alrededores del claustro, más cerca de lo que sospechaban las monjas, y á aquella hora la selva se encontraría llena de otros tantos miserables, tocados de pánico, mutilados, dolientes, en busca de un refugio que acaso fuera el convento donde los acogiera la indolente caridad de las monjas.

Era entonces la mitad del mes de julio y largas platabandas de lirios perfumaban el jardín.

La princesa atravesó por entre los esbeltos tallos que á la luz de la luna parecían húmedas puntas de lanzas, y se puso á deshojar lentamente las flores que, ¡oh misterio! oponían entre sus dedos resistencias y caricias de carne. Oyó salir de los delicados pétalos suspiros, quejas é hipo de agonía; sintió caer entre sus manos algo cálido que tomó por dos lágrimas; aspiró el olor de los lirios singularmente transformado en rudo y desabrido; y vio marchitarse al contacto de sus dedos las delicadas corolas henchidas del deletereo y desapacible aroma.

Aunque sintiéndose desfallecer, Odoberta proseguía su obra de destrucción decapitando sin piedad, deshojando sin descanso botones y cálices; y, mientras más flores destrozaba más renacían, innumerables, rígidas, rectas, en actitud hostil, asemejándose á un verdadero ejército de picas y de albardas desplegadas á la luz de la luna en cuádruples pétalos. Presa de cruel cansancio pero arrebatada por un vértigo, la virgen continuaba su obra de destrucción descuartizando, asesinando, pulverizando con rabia lo que encontraba á su paso, cuando extraña visión la detuvo.

De entre un mazo de flores más altas que las otras surgió una transparencia azulada, el cadáver de un hombre con los brazos en cruz y los crispados pies uno sobre otro, una llaga abierta en el costado izquierdo, y en las sienes una corona de espinas. La princesa espantada reconoció al miserable fugitivo recogido aquella misma tarde, al herido agonizante de la cripta que entreabrió penosamente sus tumefactos labios diciendo con voz de reproche: ¿Por qué me has herido? ¿qué te he hecho?

Al día siguiente encontraron tendida, muerta, á la princesa, la cual estrechaba muchos lirios contra su corazón. Yacía al través de una avenida á la entrada del jardín: á su alrededor todos los lirios eran rojos y nunca más renacieron blancos. Así murió la princesa Odoberta por haber respirado el aroma nocturno de los lirios del jardín de un claustro, en pleno mes de julio.

Un sacrificio

(POR ANDRÉS PICARD)

I

Al frisar con los 30 años, después de diez de esfuerzos y de labor encarnizada, Santiago Mortal alcanzó por fin la notoriedad, con la reputación de hombre nuevo.

Y fue precisamente entonces cuando—á consecuencia de quien sabe que excesos de trabajo y que gastos cerebrales—se produjo un vacío en su talento, una de esas hendiduras incomprensibles, asombrosas, que detienen algunas veces para siempre la carrera de los artistas mejor dotados. En el instante mismo en que las Revistas y los Diarios se abrían más ampliamente á sus obras, Santiago se sintió herido de irónica impotencia. Nada brotaba ya de su pesado cerebro para correr hasta la pluma, sobre la cual se crispaban sus dedos enervados. Y así pasó tardes enteras delante de la mesa de trabajo, presa de una obstinación rabiosa y agobiante, con la vista fascinada por la palidez virginal de la página, de donde ya no se elevaban las ingratas ideas, desesperado, lleno de odio contra sí mismo, perdiendo en unos cuantos meses la juventud y la alegría.

La señora Mortal, mujercita tierna y animosa, que amaba á Santiago y se desesperaba de no poder hacer nada en su favor, decidió á su marido á consultar un amigo suyo, médico especialista en las enfermedades nerviosas. Llegó el Galeno, auscultó, palpó, interrogó á Santiago, le estudió con la mirada mientras hablaba, y aun examinó atentamente la escritura de una de sus últimas páginas; después comenzó á chancearse al modo de los médicos cuando quieren aparecer tranquilizadores; pero cuando la señora Mortal, al acompañarlo hasta la puerta, le interrogó con ansiedad, se mostró menos alegre y declaró categóricamente la necesidad de que Santiago se entregase al reposo por largo tiempo, por muy largo; y aún—más valía confesarlo de una vez con franqueza—que dejase de escribir.

Desde las primeras palabras la señora Mortal palideció y estrechó una contra otra las manos.

Y, cómo impedirselo? balbuceó. ¿Ignoráis entonces el amor conque mira su arte, al cual sería capaz de sacrificarse y sacrificarnos?..... Impedirselo..... Si yo le dejase sospechar vuestras palabras quizás las creería y puede que obedeciera vuestras indicaciones. Pero que dolor!..... Jamás se perdonaría su deserción, se miraría horrorizado, moriría de pena y de humillación ¿qué hacer?.....

No lo sé; lo único que puedo decirlo, porque es mi deber—respondió el médico con energía—es que si Santiago continúa agotándose de esa manera, le esperan la tisis ó la locura..... y no muy tarde..... Sois valiente: sabedlo, pues!.....

Y ya élla no debía olvidar nunca el acento conque el médico pronunció las últimas palabras.....

II

Desde aquel día la amante mujercita no tuvo sino un solo pensamiento, un solo fin: obligar á Santiago á una abstención definitiva, evitándole sin embargo la responsabilidad, la humillación dolorosa de aquella especie de suicidio intelectual.

Mucho tiempo estuvo dudando acerca del medio que debía escoger; al fin creyó haberlo encontrado.

En pocos días se transformó completamente.

Sencilla hasta entonces, pareció de súbito presa de una fiebre de gastos y de coquetería. En sus armarios había montañas de trajes y cascadas de telas; y todo el tren de la casa aumentó de repente de un modo asombroso. Con risa ligera y descuidada excusaba ella sus locuras; y á cada paso se quejaba de la modicidad de sus recursos.

Para mantener sin desmayo en medio de sus propios tormentos aquel papel de coqueta frívola y de cascos á la gineta, necesitaba la pobre mujercita la abnegación de un alma singularmente fuerte. Porque es menester heroísmo para consumir el sacrificio de

rebajarse voluntariamente en la estimación de las personas amadas. A veces bajo la mirada sorprendida y reprobadora de Santiago, perdía la serenidad, frío sudor humedecía la raíz de sus finos cabellos rubios y la vacilación se apoderaba de ella con el remordimiento de aumentar aún más su pena. Pero al ver el mísero rostro de Santiago, quebrantado, roído por la angustia, al ver la amenaza de sus ojos más fijos, se inflamaba súbitamente con una especie de embriaguez amarga y valerosa; para acabar más pronto se apresuraba más; inventaba caprichos locos y ruinosos, con los cuales se hartaba tristemente y con fingido ardor, bajo el incesante vituperio que sentía.

Encerrado en su gabinete, Santiago pasaba días sombríos, viendo con extrañeza y mortificación los crecientes gastos de su mujer; y aún que le repugnaba ocuparse en asuntos de dinero, se resolvió á hablarle, siquiera para pedirle consejos. A las primeras palabras le interrumpió élla, diciéndole con ligera risa:—Yo en tu caso iría á buscar á tu padre.

El la miró atónito; ella dijo tranquilamente: Y, por qué no?..... Me has dicho cien veces que él te facilitaría todo, el día en que renunciaras á escribir y aceptaras un puesto en su casa. Por mi parte te confieso que comienza á hacerse pesada la mediocre existencia que nos proporciona tu pluma..... Ambiciono una vida más amplia..... Y si tu quisieras creerme!.....

En efecto el banquero Mortal, padre de Santiago, conservaba entre otras preocupaciones antiprogresistas un horror feroz por los artistas y los escritores; y desde el día en que el nombre de Mortal apareció por primera vez al pie de un artículo, no se había vuelto á ocupar de su hijo sino para reprenderle duramente de tiempo en tiempo, y en épocas solemnes y determinadas.

Algunas veces, en horas de lúcidos desmayos, Santiago pensó en acudir á su padre; pero inmediatamente se había borrado de su cerebro semejante idea.

Aquel consejo salido de la boca de su mujer le horrorizó.

De manera—dijo martillando las palabras—que tu quieres que me abandone, que sacrifique mi talento, para.....

Digo que nuestra vida no es alegre, y eso es todo, respondió ella bajando los ojos.

Santiago no pudo contener un movimiento de cólera. Ella trató de reír; y bruscamente se deshizo en lágrimas. El salió sin decir una palabra.

Al día siguiente y muchos consecutivos la señora Mortal tuvo valor de volver sobre el asunto: Santiago comenzó á odiarla.

Un día entró en su casa sombrío.

—Bonito traje en verdad, dijo á su mujer con sonrisa amarga. Y arrojando sobre la mesa un envoltorio sellado:

—Aquí tienes con que comprar muchos otros;..... y sombreros también;..... y todo lo que quieras..... He hecho lo que deseabas..... Sé feliz..... Ahí tienes dinero!.....

Y dejándose caer en un sillón sollozó amargamente; trastornada la señora Mortal, se le acercó:—Santiago, Santiago. El la apartó con gesto imperioso; y, con el cuerpo estremeado por violento calor, helada hasta el corazón, ella retrocedió.

III

Durante los años que siguieron se verificó una transformación singular en el alma enferma de Santiago.

Primero, una especie de vago sentimiento de justicia le había impedido arrojar en absoluto sobre su mujer toda la responsabilidad de su determinación, porque recordaba todavía las circunstancias que se la habían impuesto duramente; pero al fin no vio en élla sino á la asesina de su talento, á la que había hecho de su vida una serie estéril y detestable de días perdidos.

Y aunque después de su riqueza ella hubiese vuelto á todas sus costumbres y gustos modestos, por una especie de protesta digna, sencilla y silenciosa, los ojos de su marido, llenos de vituperio y de ironía, no cesaban de acusarla. Agriado por profunda pena y por mortales pesares, la querellaba injustamente á cada paso.

Si antiguos amigos, encontrados casualmente, se admiraban delante de ella de que Mortal hubiese emprendido aquella retirada inexplicable, él se complacía en responder con malignidad en un tono que fingía ser jovial:—Es que mi mujer quería vestidos y sombreros; y como el oficio de escritor no da gran cosa, me vi obligado á renunciar..... ¿comprendéis?... ..

Y como si fuera culpable, ella tenía que inclinar la frente ante las miradas de sorpresa y de reproche.

A la larga se acostumbró á amar sus sufrimientos, á gustar aquella especie de acre y dolorosa voluptuosidad que nace de la exageración de la injusticia, de la multiplicidad de las afrentas pacientemente soportadas. El triste orgullo de su gloriosa y secreta mentira la sostenía, y era, en el santuario de su alma quebrantada, el brillante ostensorio hacia el cual dirigía sin cesar su confiada mirada interior.

Y el misterio de su abnegación le era querido.....

Un día, sin embargo, rebelada por un ultraje mayor que los demás, se levantó y la verdad impaciente gritó en sus labios.

El la miró sonreído, y..... no la creyó.....



Cañón monstruo

Dentro de poco será entregada al Gobierno americano una pieza destinada á la defensa del puerto de Nueva York. Esta máquina de guerra pesa 126 toneladas, seis más que el cañón Krupp exhibido en la exposición de Chicago en 1893; mide 50 pies de largo y 5 de diámetro en la recámara; su calibre es de 16 pulgadas, casi cuarenta centímetros; el proyectil pesa 2,050 libras; necesitará 1,100 libras de pólvora; y su alcance será de 16 millas inglesas. El costo total, incluyendo cureñas, torre blindada y trabajos de montura, se estima en 1,500,000 bolívares, pues solamente el cañón cuesta 625,000.

Un pollo con patas de conejo

El *Strand Magazine* dice haber recibido de Wisconsin la fotografía de un pollo de ocho meses, que tenía las patas enteramente iguales á las de un conejo, pero dos solamente. El cuerpo de este pollo era sumamente largo y estaba revestido de pelos en lugar de plumas. Pertenecía á una nidada de nuevos pollos, todos los cuales presentaban la misma originalidad, aunque nacidos de una madre perfectamente conformada.

Parece que el *taxidermista* que disecó este monstruo probó que no tenía molleja sino estómago como el del conejo.

Necesidad de la alimentación

En curiosos estudios hechos por el Departamento de la Agricultura de los Estados Unidos, ha sido probado que si se toma como unidad el valor efectivo del alimento absorbido por un hombre que trabaje moderadamente, el valor necesario á una mujer en las mismas condiciones será 0,8 y lo mismo para un muchacho de 14 á 16 años; para una niña de la misma edad bastará 0,7; para un niño de 10 á 13 años, 0,6; de 6 á 9 años 0,5; de 2 á 5 años 0,4 y en fin 0,3 para un niño de menos de 5 años.

Máquina para fabricar papel

Según la *América Científica*, la máquina más grande para fabricar papel que existirá en el mundo es la que actualmente construye la Compañía *Rumford Falls Paper*. Esta máquina dará papel de 3 metros 75 de ancho (el mayor hasta ahora obtenido) con la velocidad de 152 metros por minuto. Se calcula que necesitará de cuarenta á cincuenta hombres para su servicio; y producirá treinta y cinco toneladas cada veinte y cuatro horas.

Palomas mensajeras

Un servicio permanente y regular de palomas mensajeras acaba de organizarse en pleno Océano Pacífico, entre las principales islas del Archipiélago de Hawai. Estas islas, en número de ocho, ocupan una superficie total de 17.000 kilómetros cuadrados y su población se eleva á 100.000 habitantes. Como las comunicaciones por buques de vapor son tan raras y difíciles, los numerosos plantadores de Mani y de Oahu y los criadores de Lenai, Nihan y Ka-boolawe, han decidido, de acuerdo con el Gobierno, establecer un servicio regular de palomas mensajeras para el transporte rápido de cartas y oficios. La distancia más grande, á vuelo de pájaro, es entre Honolulu, capital de la República Oceánica, é Hilo, población la más importante de la isla de Hawai, alrededor de cuatrocientos kilómetros, que las mensajeras aladas atraviesan diariamente en diez horas poco más ó menos. Este ensayo de *colombofilia* práctica ha salido bien hasta el presente.

Sensaciones de un ciclista

Un inglés de nombre *Michael*, maestro en el arte velocipédico, acaba de descubrir los diversos estados de alma, por decirlo así, por donde él pasa durante una carrera.

Michael recorre las cuatro ó cinco primeras millas á un paso moderado. En ese tiempo oye y ve perfectamente; pero á poco, el sentido de la visión se le debilita y no oye sino las advertencias de su adestrador.

Cuando ha recorrido doce millas, experimenta una sensación de aislamiento completo. La pista le parece una interminable banda gris que se desenvuelve bajo su máquina.

El grito de la multitud no lo oye sino como un murmullo lejano, y el espacio que atraviesa con una velocidad creciente se llena de ruidos formidables: diríase olas que revientan en una playa cercana. Cinco ó seis millas más lejos, *Michael* siente una extraña "impresión crepuscular." La sombra parece aumentarse cada vez más á su alrededor. El sol se oscurece á sus ojos y el ciclista no distingue si es de día ó de noche. Después de veinte millas, la única sensación que experimenta es el ruido de su velocípedo y este mismo ruido no lo oye sino como un susurro lejano. A las veinte y cinco millas no percibe ningún sonido y no siente nada más. Al fin de la carrera siente la más completa inmovilidad; le parece que la vida lo ha abandonado; y al detenerse no vuelve sino poco á poco á la vida normal.

La relación de las impresiones de *M. Michael* es además un trozo literario muy interesante. Este célebre ciclista tiene verdaderamente varios medios de ganar la vida: en cuanto la bicicleta no le baste, el campeón galo podrá encontrar en la novela fisiológica una fuente de renta segura.

Proyecto de una nueva expedición ártica del doctor Nansen

El Doctor Nansen tiene la nostalgia de las regiones polares. *M. Hjalmar Johansen*, su valiente compañero en la última expedición, ha comunicado á la prensa de Christiania algunos informes sobre un proyecto de nueva exploración.

Parece que se han tomado ya medidas para asegurar la construcción de una choza de invierno en la tierra de François Soseph.

Los exploradores se proponen además dar un compañero al *Fram* que será, por supuesto, de la partida. Este compañero será el *Star Kolder*, y llevará todo un estado mayor de sabios.

En cuanto á los perros, su número será mucho mayor que en el último viaje.

El plan es el siguiente: un de los buques se avanzará en los hielos tan lejos como sea posible, y algunos grupos de exploradores se dirigirán en trineos hacia el Norte.

Durante este tiempo, el otro ballenero costeará las orillas del hielo, haciendo pesquias en el hielo y en el agua, y sondeos en el Océano.

La Torre Eiffel

En una comunicación presentada recientemente á la Academia de ciencias de París, manifiesta el Coronel Bassot que la torre Eiffel se dobla, lo cual se debe, según él explica, á la dilatación de las diferentes piezas que componen esta enorme mole.

Desde la salida del sol hasta la noche sufre un movimiento de torsión que se revela en una curva de diez centímetros. El mismo movimiento se repite durante la noche en sentido inverso, al enfriar-

se la temperatura, y es de tal manera que el para, rrayos, remate ideal de la torre, está continuamente moviéndose.

Eso no obsta para que la torre Eiffel esté ahora tan firme como antes.

La pipa olvidada

Un joven ingeniero inglés me refirió hace algunos días una divertida historieta que prueba la incontestable superioridad de las comunicaciones tele-eléctricas sobre los antiguos correos á caballo y aun sobre el ingenioso sistema Chappe.

En una calle de Londres (cuyo nombre diré si lo exigís) existen dos oficinas telegráficas, una para el cable Londres—París (vía Douvres y Calais) y otra para el cable Londres—Bruselas (vía Ostende). Estas dos oficinas están situadas una frente á otra y los empleados de ambas forman la mejor compañía del mundo. Se visitan, se comunican propósitos ingeniosos, discuten á su vez *esthetism* ó *professionalism*, según los acontecimientos del día ó las disposiciones de espíritu que tengan en ese momento.

Sucedió últimamente que un empleado de la oficina belga olvidó su pipa sobre la mesa de uno de sus compañeros de enfrente.

Muy políticamente le suplicó á un joven groom que le fuera á buscar aquel utensilio. El muchacho rehusó diciendo que estaba allí para las necesidades de la oficina y no para buscar las pipas olvidadas (*por the rescarch of the forgotten pipes*). El empleado no insistió; pidió á Douvres que lo pusiera en comunicación con Calais, en seguida á Calais que lo comunicara con París, á París con Bruselas, á Bruselas con Ostende y á Ostende que lo pusiera en comunicación con Londres.

El compañero que se encontraba en el aparato era justamente el mismo con quien acababa de charlar hacía poco tiempo.

"Se me olvidó mi pipa sobre la mesa, sírvete mandármela con uno de tus boys. El solo groom de que podía disponer en mi oficina rehusa cumplir esta misión."

No habían pasado treinta segundos cuando la pipa, pedida á través de un importante pedazo de Europa, volvía á manos de su propietario.

Afonso Allais.

D' Annunzio

Nadie es profeta en su tierra. Mientras en París *M. de Vogué* otorga á *M. d' Annunzio* el título de "Diputado de la Belleza" y *Mme. Sarah Bernhardt* se prepara para poner en escena la *Ville morte*, el autor de *Romans de la Rose* se halla injuriado por la crítica italiana. El aristarco del *Secolo* le dedicó recientemente algunas líneas poco benévolas. Vefan en *M. d' Annunzio* el tipo acabado del artista precioso, y, bajo su pluma, este calificativo no tiene seguramente la misma acepción favorable y lisonjera que en el pensamiento de *M. Gérôme*.

"*D' Annunzio*, dice, es un extranjero entre nosotros, un negro entre blancos. Su éxito es un éxito de curiosidad..... Un fenómeno semejante se produjo á fines del quinto siglo, en que se asistió en Italia á la caída de uno de esos "bóides literarios" que caen fortuitamente y en cualquier lugar. La sociedad pagana estaba en aquella época en plena descomposición; pero bajo aquella corrupción se formaba una conciencia nueva, joven, potente, entusiasta, que expresa en su ideal místico el presentimiento de su próximo triunfo. Entonces se vio llegar á Roma un poeta que venía de la docta Alejandria. Era un extranjero de nacimiento y de espíritu. Los dioses habían muerto y aquel hombre se puso á cantar los dioses.

"El sublevado de Galilea acababa de destronar á Júpiter y pensaba escribir una *Gigantomachie*.

"El templo de Catanea acogía la imagen de *Maria* y escribía un poema sobre *Proserpina*. Este poeta se llamaba *Claudio* y era el *d'Annunzio* del quinto siglo.

"El cayó también como un bóido en medio de aquella sociedad nueva y tuvo también su momento de fama. Como *M. d' Annunzio*, no supo prever el porvenir y no vio en la onda democrática creciente y en la nueva fe sino caprichos pasajeros. El también encarnó la sordera premeditada y la inconciencia feliz; pero no ha quedado sino como una figura secundaria. La historia no le ha perdonado haber nacido demasiado tarde. Pasará lo mismo con *Gabriel d' Annunzio*; los críticos del siglo profetizado por *Bellamy* dirán de este escritor:

"—Vivió en un tiempo en que las cosas atormentaban la humanidad y no se ocupó sino de las formas. Tuvo ingenio y el sentido de lo hermoso, pe-

ro sus contemporáneos no se reconocieron en él: nadie lo admiró, nadie lo amó."

"El diario de donde traducimos esta nota dice: "No reproducimos sino á título literario este juicio tan pretencioso en la forma y poco justificado en el fondo, y tanto más injusto cuanto que M. d'Annunzio acaba de proclamar, por su entrada en el Parlamento, su intención de abandonar la torre de marfil y vivir, en adelante, la vida de la nación. Este nuevo paso apresurará el nacimiento de la obra de humanidad más larga que M. d'Annunzio nos debe y que seguramente dará algún día. Mientras tanto, si el próximo siglo, como lo espera el crítico del *Secolo*, merece llamarse "edad de M. Bellamy" nosotros no debemos á M. d'Annunzio sino gratitud por el celo con su trata de conservar, el culto de la forma y el sentido de la belleza."

Acercas de Alfonso Daudet

Con motivo de los funerales de este célebre escritor francés que acaba de morir, dice un colega de París lo siguiente:

"Apenas reposó en la urna funeral, trocada en lecho de flores por manos piadosas, cuando todos sus compañeros en literatura rindiéronle conmovedores homenajes: saludaron respetuosamente aquella gloria desaparecida y vertieron lágrimas á su memoria.

"Daudet, ha dicho M. Francois Coppee, quedará en primer puesto en la literatura de este siglo, como maestro incomparable de la emoción, de la gracia y de la ironía. Su estilo es inimitable, y nadie como él supo hacer vibrar en las palabras la sensación recóndita experimentada allá, en el fondo del alma y en la intimidad de los nervios. Casi todos sus libros son obras maestras."

Catulle Mendés, con sus ojos de poeta humedecidos por las lágrimas, evoca así, la figura de Daudet adolescente:

"Aún me parece ver al joven delgado y frágil, de cara bella y pálida, sombreada por la barba sedosa y castaña; lento y flexible, de voz rítmica y sonora, como canción del mediodía; de sonrisas delicadamente maliciosas, apenas dibujaba en el fondo de sus ojos melancólicos, en los que habría de brillar después la sombra del dolor."

Emilio Zola dice:

"De todos nosotros fue el más personal, el más original. Su estilo es propio; nadie como él para sentir los perfumes de la tierra; y era tal su dón de penetración y de vida que la descripción era su medio. No hay duda, llevaba consigo la chispa del genio latino; y llamarada de sol que hace resplandecer todas sus obras.

"En brevísimo tiempo han desaparecido Renán, Taine, Leconte de Lisle; hemos llevado al cementerio con algunos amigos á Paul Verlaine y luego Goncourt, Daudet. Los sentimientos que nos inspiraban esos grandes hombres de las letras nos lo inspiran sus émulos, los pensadores y artistas que sobreviven: Ha muerto un artista, vivan los artistas!

—Pierre Loti une á su ofrenda un rayo de esperanza y mezcla á sus sentimientos el bálsamo de la idea cristiana:

"..... Yo hubiera querido seguir, imitar la evolución de su alma que del fondo de los abismos yertos y oscuros dirigíase lentamente hacia las ideas de inmortalidad, ideas cristianas de amor eterno y de perdón; quizás no había en él nada de preciso, pero sí al menos fe en la justicia suprema, en un más allá resplandeciente y tranquilo. Yo creo que su hermosa serenidad, el olvido de sí mismo y del mal que lo aquejaba, su heroica paciencia de mártir provenían de allí"

Noticias de la República de las letras

Hállase actualmente en Roma M. Gabriel d'Annunzio, ocupado en los preparativos de su nuevo drama, *Ciudad muerta*, acerca del cual nos ofrece la *Stam-pa* algunos datos.

La *Ciudad muerta* es la patria de los Atridas, la antigua Micenas, que fue testigo del amor criminal profesado por Tieste á la mujer de su hermano Atreo. El poeta presenta el cuadro de un hombre de nuestro tiempo que al descubrir las tumbas y los edificios en ruinas de la ciudad tres veces milenaria, se siente en presencia de tales monumentos bajo la fascinación del drama antiguo; invade su sér extraña conmoción que á poco degenera en amor irresistible y culpable, y le arrastra fatalmente á renovar en el mismo teatro de los sucesos los hechos condenables del hermano de Atreo. La situación no es de las más comunes, ni tampoco muy sencilla, por lo que se necesitaba nada menos que el talento extraordinario de este autor, para formar con seme-

jante historia, de tan rara sugestión, la obra fuerte y llena de vida que, aseguran sus amigos, ha compuesto.

Los dos intérpretes principales de la *Ville morte* serán la Duse y Zacconi. Un sabio arqueólogo, el profesor Spinazzola, especialista en antigüedades griegas y discípulo de Schliemann, el que descubrió á Troya y á Micenas, ha tomado á empeño establecer la *mise en scene* con decoraciones y accesorios de la época escrupulosamente micenianos.

Acción del fuego sobre las columnas de hierro

Una comisión especial formada en Hamburgo ha probado que las columnas de hierro forjado no resisten en un incendio; pierden toda estabilidad en cuanto la temperatura llega á 600° y, si uno las llena de hormigón, la diferencia no es nada sensible. Pero sucede lo contrario cuando se les cubre con una capa de la composición de corcho ideada por M. M. Herren, T. Ganzweig y Hartmann, ó bien de "xylo-tilo," rodeado con una capa de hierro. Una capa de 38 milímetros del hormigón Monier, asegura una protección eficaz durante dos horas y media.

Falsificación de manuscritos por la fotografía

Los fotógrafos no son tan peligrosos como suponen los que juzgan que con cuatro líneas de escritura puede un discípulo de Niepce hacer condenar á un hombre.

Ciertamente con el auxilio de un objetivo se pueden imitar las letras con la mayor facilidad; pero la falsificación de un manuscrito por medio de la fotografía es trabajo muy laborioso como se verá por la exposición sucinta del procedimiento que con tal fin se ha indicado.

Quando se quiere hacer escribir á alguno lo contrario de lo que piensa ó su condenación á muerte, se procuran algunas cartas de él, se recortan las letras aisladas, las partes de frases, las palabras que formarán el falso manuscrito y se les coloca yuxtapuestas, las unas junto á las otras, encoladas, sobre una hoja de papel blanco. Para este trabajo sólo se necesitan unas tijeras finas, un poco de goma, mucha paciencia y alguna habilidad.

Como se comprende, esta no es sino una parte insignificante del procedimiento, pues sobre el papel son visibles los enlaces de las letras. Entonces interviene el aparato fotográfico: se hace un *clisé* del informe modelo y se dispone de manera que pueda obtenerse lo que se llama un *clisé* duro, es decir, de negros muy intensos y blancos muy puros. La placa gelatino-bromurada puede dar este resultado con el suficiente tiempo de reposo y un desarrollo apropiado; el procedimiento al *colodión* lo dará mejor seguramente. Por cualquier sistema se obtendrá fácilmente un *clisé* donde todas las desigualdades han desaparecido en el fondo uniformemente negro sobre el cual se destacan las letras transparentes, dispuestas á imprimirse sobre un papel sensible á la luz. Pero; ¿qué procedimiento emplear para obtener un positivo que pueda ser presentado como verdadero manuscrito? El grabado sobre zinc, diariamente empleado en la prensa para las reproducciones, no dará resultados satisfactorios, pues por bien hecho que sea un *clisé* de este género, presentará siempre un carácter de sequead que permitirá fácilmente diferenciarlo de un manuscrito. Creemos, por consiguiente, que los falsificadores preferirán emplear un sistema puramente químico, sensibilizando el papel es cogido por medio del nitrato de plata ó de la sal de hierro.

Cualquiera que sea el procedimiento á que se haya recurrido, la vista menos experta podrá descubrir el fraude, pues no será posible introducir la tinta ordinariamente empleada en la escritura ni imitar el ligero desgarramiento que produce la pluma sobre el papel.

La sombra del sonido

Parece muy difícil ver la sombra del sonido. Sin embargo, M. Boys, físico inglés, cree haberla visto. Ya se sabe que el sonido se propaga por ondas circulares sucesivas, como las que se forman en el agua cuando se arroja una piedra. Hay ondulaciones con depresión y compresión. Por consiguiente, cuando se propagan ondas sonoras, si una luz las ilumina, las partes comprimidas absorben más luz que las otras, y deberían distinguirse sobre una pantalla circular oscura y clara. Pero es evidente que se necesita que las ondas estén bien marcadas y provengan de una fuente sonora muy energética.

Según M. Boys, si se agita el aire con una explosión de pólvora ó de dinamita—á lo menos 30 ó 50 kilogramos,—se produce, (si el sol brilla) sobre el suelo ó sobre una pared, una sombra que se mueve rápidamente: esta sombra es la de la vibración sonora á través del aire. M. Boys la describe de forma anular, representando una línea negra circular muy acentuada que tiene por centro el lugar de la explosión y se aleja de éste muy rápidamente un anillo que va extendiéndose. Se ha ensayado fotografíarla pero no se ha podido. Si no hay ilusión en esto, la experiencia debe ser muy curiosa!

La sombra del sonido! y acaso muy pronto la fotografía de la sombra del sonido.

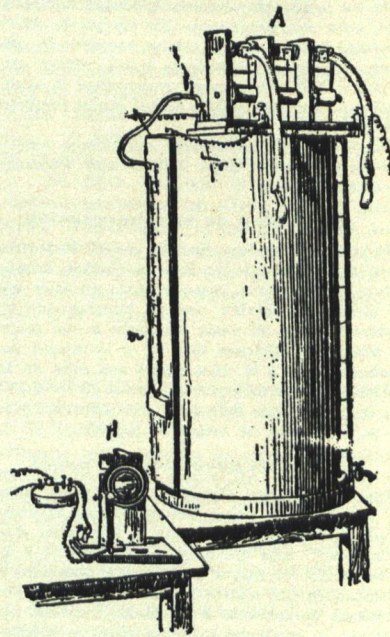
La Nariz

Su importancia en el acto respiratorio; influencia en su obstrucción en diversos estados patológicos.—El rinómetro del doctor Mendel: inconvenientes de la respiración por la boca.

Hace algunos años que la nariz está tomando en la medicina y la fisiología una importancia mayor que la conocida hasta hace poco: se le concedía la función del olfato; se reconocían sus servicios para humedecer y calentar el aire aspirado y nada más. Mas como ahora el estudio de este órgano constituye un ramo de la medicina, y la sinología es casi una especialidad médica, en todo entra á figurar la nariz: la presencia de pólipos en este órgano produce afecciones asmáticas, pesadillas, toses, jaquecas, neuralgias, vértigos, fiebres, perturbaciones en la vista y hasta en la inteligencia.

El doctor H. Mendel acaba de presentar una confirmación interesante de la notable preponderancia de la nariz en el acto respiratorio, demostrando con experimentos claros y precisos que, con igualdad de esfuerzo aspiratorio, pasa por la nariz mayor cantidad de aire que por la boca, y probando perfectamente que la obstrucción nasal determina una disminución en el oxígeno que va á la sangre y produce la asfixia con sus consecuencias ordinarias.

Para conocer el volumen de aire que pasa por la nariz y por la boca respectivamente en un tiempo dado, ha hecho construir M. Mendel un aparato llamado rinómetro, compuesto de un recipiente de capacidad fija (40 litros), capacidad que se puede disminuir añadiéndole más ó menos agua. El aparato tiene cuatro orificios: uno para comunicar la cavidad del recipiente con un manómetro destinado á medir la presión del aire en el interior, y á permitir el avalúo del volumen aspirado; los otros tres, con diámetro de dos centímetros, se fijan en la boca en las dos ventanas de la nariz por medio de tres tubos de caucho de un centímetro de diámetro; cuyos extremos son iguales en diámetro, pero de calibre distinto, según la edad y el tamaño de los sujetos. En el recipiente se han instalado tres electroimanes los cuales, cada vez que circula una corriente en su circuito atraen las armaduras, revientan los tubos de caucho ó impiden el acceso del aire en las cavidades del paciente. Los electroimanes están regidos por un aparato de relojería que en-



vía la corriente al cabo de un segundo, tres cuartos de segundo y hasta medio segundo. Un repique eléctrico, producido por la corriente, avisa al paciente que se van á abrir los tubos de caucho y que ya es posible la aspiración. Nada más fácil que hacer coincidir el principio del esfuerzo aspiratorio con la abertura de los tubos y comparar así el volumen del aire aspirado por la nariz. Por regla general, si la boca aspira 1 litro, la nariz aspira 1 litro 20 en el mismo tiempo y con igual esfuerzo. Esto se aplica á los sujetos en condiciones normales; los que presentan obstrucción nasal ofrecen, como es natural una proporción diferente. El aparato es práctico y sencillo, y será de mucha utilidad para el diagnóstico. Todas las personas que duermen con la boca abierta y que por consiguiente se quejan de inflamación en la parte posterior de la garganta, de perturbaciones en la laringe, etc., harían bien en someterse al experimento. Una cauterización rápida y nada peligrosa, gracias á la cocaína, algunas inhalaciones de oxígeno, ó lo que es lo mismo, el tratamiento por aire comprimido, mejorarán así siempre dichas perturbaciones.

M. Mendel ha tenido además la buena idea de comparar, por los métodos clásicos de los aparatos registrados, la respiración nasal y la respiración bucal.

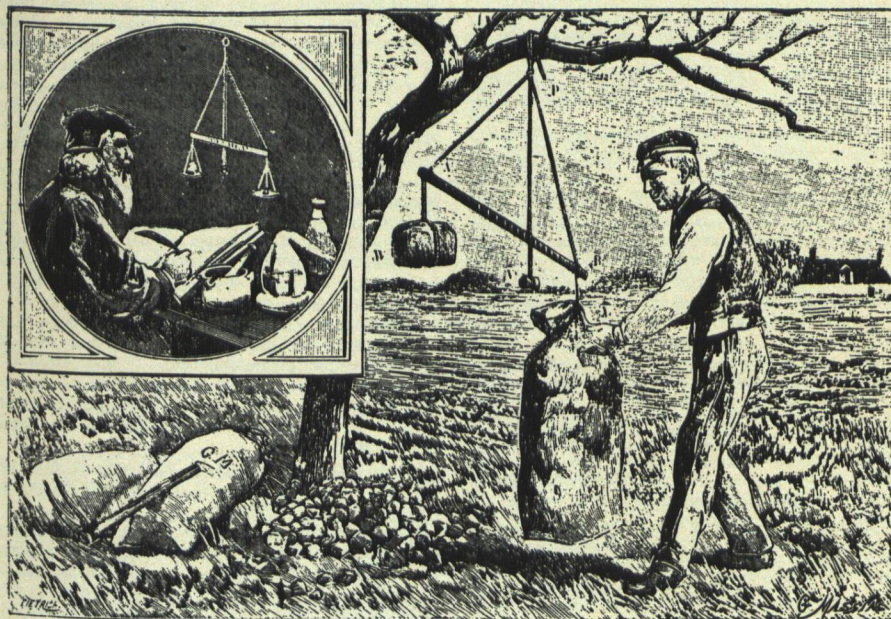
El hace mención de este aparato en su *Código Atlántico*.

El principio es exactamente igual, aunque sólo para un objeto determinado; es un triángulo que puede girar en torno del extremo superior que forma el punto de suspensión y cuya base está constituida por una regla graduada. Tiene también una plomada y la graduación se efectúa por medio de observaciones sucesivas, pero no hechas con pesos como la anterior. Del lado izquierdo hay un platillo cuya tara se hace con cera; en el platillo de la derecha se pone algodón, lo único que puede absorber la humedad de la atmósfera con intensidad. Para marcar el cero se trabaja en condiciones de sequedad absoluta; y después, á medida que el algodón se va cargando de humedad, baja el platillo que lo sostiene y sube el extremo izquierdo de la regla. La plomada, que permanece siempre en posición vertical, indica en la regla los grados de humedad de la atmósfera.

En suma, higrómetro ó balanza, la idea es la misma, y muy práctica en ambas aplicaciones.

Nuevo invento

Se habla mucho en Inglaterra de un nuevo teléfono de M. Alfred Graham, inventado especialmente para el uso de los buques de guerra, con el objeto de reemplazar los tubos acústicos usados hasta hoy para transmitir órdenes á los diversos departamentos



Balanza simplificada

Hace algún tiempo publicó uno de los mejores colegas de la prensa inglesa, el periódico *Engineering*, cierta correspondencia muy curiosa de M. J. T. Bucknill, de Thornfield, acerca de un aparato para pesar, inventado por él y que, en rigor, tal vez no podría llamarse balanza.

Como lo indica la figura reproducida de la que fue dibujada por M. Bucknill, se fijan en el punto P. en una rama que tenga sujeción, ó en un gancho cualquiera, las dos cuerdas P A y P B cuyos extremos van á sostener en los puntos A y B un tronco recto y completamente horizontal. Del punto A se cuelga un peso constante (W) que nivela el aparato, y del punto P se baja una plomada P V que hace de balancín ó palanca. En el lugar del tronco recto por donde pasa el hilo se marca el cero; después no hay más que graduar el aparato por medio de divisiones sucesivas del cero en adelante hacia la B, á proporción de los pesos que se vayan colocando sucesivamente bajo el punto B ó sea en la X. Cuanto mayor sea el peso tanto más se levanta el tronco A B del lado izquierdo, y va cayendo la plomada frente á un nuevo punto del tronco, al cual se pondrá la marca conveniente.

Es evidente que, una vez hechas las observaciones necesarias, el instrumento resulta ser de utilidad práctica para los pesos ordinarios y muy conveniente en las cocinas y también en las haciendas.

Pero lo más curioso es, según lo que indica otro corresponsal del *Engineering* M. Iskar Walzel, de Villach (Austria), un aparato análogo al que acabamos de describir había sido ya imaginado por Leonardo de Vinci, el hombre de genio universal que fue gran poeta, ingeniero notable y famoso mecánico.

de las embarcaciones. Se dice que el nuevo aparato ha sido ensayado con buen éxito en el *César*, de la marina inglesa, comparándolo con el antiguo sistema. La maniobra de un simple conmutador permite establecer la comunicación con el punto que se desee. La articulación del nuevo instrumento será perfecta y la voz se oír claramente á 3 metros de distancia; asegúrase que los ruidos ocasionados por las máquinas y por los disparos de la artillería, que hasta el presente han dificultado el uso de los teléfonos en los buques de guerra, no afectarán en nada el aparato propuesto por M. A. Graham.

Temblores submarinos

Un geógrafo inglés, M. John Milne, atribuye la frecuente ruptura de los cables submarinos á las modificaciones que sufre constantemente el fondo del mar, sobre todo á la entrada de los continentes; modificaciones debidas tanto á la acción combinada de la pesantez y de la corrosión, cuanto á los fenómenos volcánicos y sísmicos. Las olas devastadoras que vienen á romperse sobre las costas cuando ocurren temblores de tierra, deben ser producidas por enormes hundimientos de la corteza terrestre en el fondo de los mares, debidos á un aumento de la actividad sísmica.



ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

LA FORTUNA

I

Quizás la Fortuna no es tan inconstante y caprichosa, como generalmente se dice.

Ella, como hembra al fin, tiene sus veleidades y caprichos, es verdad; pero, ¿no los tiene también el hombre?

Con frecuencia acontece que, si bien se examina, el inconstante y caprichoso es el hombre y no la Fortuna.

Con frecuencia los sucesos de la vida dependen de las aptitudes y cualidades innatas y conaturales del individuo; sin que por esto haya de entenderse que él sea culpable de sus deficiencias. De aquí viene, como suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura.

Con frecuencia parece que éste es favorecido de la Fortuna, y aquél olvidado y desfavorecido; y en realidad no hubo más, sino que el primero supo, prudentemente, recoger y aprovechar sus dones; y el segundo, necio los despreció, ó loco los malbarató.

II

¿Se dirá que el haber nacido dotado con tales ó cuales ventajas es ya un favor de la fortuna?

A eso contestaría la Fortuna que no es ella la que distribuye tales dotes. Esas son atribuciones del Hado, emisario de la Providencia; en lo cual ella no tiene ingerencia ni poder ninguno.

Dice el adagio: "Unos nacen con estrella, y otros nacen estrellados." Pues si esto es verdad, agrádecenlos entonces los primeros y quejense los últimos al Hado, que así lo dispuso; no á la Fortuna.

Mas cuántas veces sucede que estando al arbitrio de uno, elegir su residencia entre dos lugares; se decide y prefiere el que menos conviene á sus intereses.

Cuántas veces desecha ó se aparta de un hombre honrado y generoso, que habría propendido á su bienestar; y solicita y se adhiere, por simpatía ú otros móviles, á un miserable que lo explota. Y así en otros muchos casos.

III

Se dice que la Fortuna distribuye ciegamente los bienes y los males. Sí, la Fortuna es ciega, así como el Amor; y así como la Justicia, á la cual pintan vendada.

Pero, ¿no será más bien, que el ciego es el hombre; y de ahí que él juzgue ciegos á los demás seres? Este es un fenómeno de que hemos tratado en otra ocasión: eso de achacar á la parte contraria nuestras faltas propias.

Así como el que está embarcado y mira hacia la tierra, y se le figura que ésta es la que se mueve. Es decir, atribuye á la tierra el movimiento en que él se encuentra.

La Fortuna, hasta donde alcanzan sus facultades, distribuye los bienes y los males lo mejor que le parece; sin que le sea dado abstraerse en absoluto al encadenamiento de las causas, unas de otras, y los efectos naturales y preciosos que producen.

IV

La Fortuna concede sus favores á los que saben arrancárselos; y de ahí el cargo que pudiera hacérselos, de que á veces se los deja arrebatar por quien no los merece: por un miserable avariento, por un ladrón, por un servil. Mas, si bien se considera, éstos no son deudores á la fortuna de los tesoros que acumulan; sino á su codicia y extrema economía los unos, á su descaer y rapacidad los otros, á su humillación los últimos.

Aquellos casos en que la Fortuna concede un tesoro, para volver luego á quitarlo; vale lo mismo, ó peor, que si nunca lo hubiera concedido. Y esto sucede siempre que el beneficiado por la suerte, no está dotado de las cualidades y aptitudes necesarias para conservar tal tesoro; lo cual suele ser más difícil que adquirirlo.

Sólo los que saben conservar una fortuna y hacer buen uso de ella, son los dignos de poseerla.

V

Pero, si la fortuna es frágil y ciega, ¿por qué vosotros, los que os creéis abandonados por ella, no le salís también al encuentro y le arrebatáis sus dones? *Audaces fortuna juvat.*

¿Contestaréis que eso no está en vuestras facultades hacerlo? ¿Diréis que para ello se requiere especial vocación, la cual no os ha sido concedida?—Cierro. Mas de todos modos, no olvidéis que la Fortuna no constituye la felicidad; como también que: "Aquel es rico que está bien con Dios."

Dice un proverbio: "Cada pueblo tiene el gobierno que merece." Asimismo pudiera decirse, salvo excepción: Cada hombre tiene la fortuna que merece, ó ha sabido procurarse.

Textos: La Sagasse fixe la Fortune. Este lema, moral cuanto verdadero, traen los billetes de cien francos del Banco de Francia.

"Al fin se rinde fortuna, Si el trabajo la importa."

"Por tí y otros dementes A veces me motejan, Los unos de inconstante, Y los otros de fortuna"

"Reveses de fortuna L'amis á las miserias, ¿Por qué, si son reveses De la conducta necia?"

(SAMANIEGO.)

SUETOS EDITORIALES

Congreso Agrícola.—No le fue posible al Director de esta Revista asistir, como se lo prometía, á la reunión que celebró el 12 del pasado el Club Agrícola con el objeto de que la prensa de la capital, por medio de sus representantes, hiciera la elección de sus diputados al Congreso Agrícola que por primera vez se reunirá en esta ciudad. La prensa diaria ha anunciado que por unanimidad de votos fueron elegidos para aquel puesto los señores José Antonio Mosquera y Manuel J. Acedo. Nos complacemos en que estos estimables caballeros sean quienes lleven á aquel Cuerpo la voz de la Prensa.

El 18 del mismo mes, se reunieron los Delegados en comisión preparatoria; y á propuesta del doctor Miguel Caballero, la dirección provisional quedó á cargo del doctor R. F. Seijas, á quien sirve de Secretario el señor F. Tosta Pérez.

Los doctores Martín J. Sanavria, Miguel Caballero, Graciano Riera, general F. Tosta García y señor J. M. Acedo, fueron designados para componer la comisión que ha de formular las medidas necesarias á la instalación del Congreso.

Consagración de Monseñor Marvez.

El domingo 16 del mes que acaba de fenecer, tuvo efecto en la Santa Iglesia Metropolitana, con la pompa de estilo, la consagración episcopal del Hlmo. y Rvdmo. señor doctor Francisco Marvez, primer Obispo del Zulia, de quien oportunamente nos ocupamos en esta Revista al publicar su retrato. A este solemne acto concurren las altas autoridades eclesiásticas presididas por el Nuncio y el señor Arzobispo; y las nacionales por el Presidente de la República y sus Ministros.

El Arte, en una de sus más bellas manifestaciones, contribuyó poderosamente al esplendor del festival católico. Durante los oficios, la orquesta ejecutó la *Sinfonía de Raymod* por Ambrosio Thomas; el *Himno de Santa Cecilia* por Gounod; la *Marcha Pontifical* por Pedro Arélagos; el *O Salutaris Hostia* por Giorza, cantado por la señora Ana M. de Basallo; la obertura *Paragraph 3º* por Souppéc; y el himno nacional *Gloria al bravo pueblo*.

Padrinos del nuevo Obispo fueron el Supremo Magistrado y el Representante de la Santa Sede Apostólica, quienes en el acto de la unción le presentaron el báculo y el anillo.

Terminadas las ceremonias religiosas, se efectuó en el Palacio Arzobispal el banquete en obsequio de Monseñor Marvez, al cual concurren el Representante de la Santa Sede, el Prelado consagrante, el Obispo de Mérida, los representantes del Gobierno Nacional, de la Arquidiócesis de Caracas, de las Diócesis del Zulia, de Mérida y de Calabozo; y los del Gobierno y pueblo del Zulia, Centro Católico Venezolano, familia del Prelado y amigos particulares.

El domingo 23 dijo su primera misa pontifical Monseñor Marvez en la Santa Iglesia de Santa Rosalía, fiesta organizada por los zulianos residentes en esta ciudad.

Corolario de esa fiesta fue el homenaje rendido al Pastor de la Grey Zuliana por el ilustrado poeta don Diego Jugo Ramirez, hijo del Coquivacoa, quien produjo las bellas y sentidas espinelas que nos complacemos en publicar á continuación:

DIOS Y PATRIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR FRANCISCO MARVEZ,
OBISPO DEL ZULIA,
EN EL DÍA DE SU PRIMERA MISA PONTIFICAL

Auras puras de la infancia
Vagar siento en torno mío,
Y al cautivar mi albedrío
Me embriagan con su fragancia.
Ni el tiempo, ni la distancia
Han aminorado en mí
El amor patrio; y aquí
Sueña el alma enagenada,
La tierra del sol amada,
La patria donde nací.

Por dar tregua á la emoción,
En vano conmigo lucho;
Aquí la algazara escucho
De mi propio corazón.
Y aún acrece la ilusión;
Que del pecho los latidos
Simulan á mis oídos
Como alegres barcarolas
Que alzan cénifros y olas,
Y aves, y palmas, y nidós.

Las campanas vocingleras
Convocan la muchedumbre,
Y del sol la roja lumbre
Dora el lago y sus riberas.
Allí, bajo las palmeras,
En bulliciosa armonía,

Un pueblo ufano que ansía
Ver arribar al Pastor;
Y por brindarle su amor,
Se afana, y brega, y porfia.

Al que esperan es á Vos,
Los del Zulia, mis hermanos;
A Vos, que unguidas las manos
Lleváis por obra de Dios.
Que la Virtud vaya en pos
De vuestros pasos; y aquí,
Benedicid, Señor, en mí,
La dulce ilusión soñada,
La tierra del sol amada,
La patria donde nací.

DIEGO JUGO-RAMIREZ.

Caracas: 23 de enero de 1894.

Reciba Monseñor Marvez los parabienes que por su solemne consagración le envía EL COJO ILUSTRADO.

Trinidad Machado de Landaeta.—Dedicamos un sentido recuerdo á la memoria de la señora Trinidad Machado de Landaeta, quien en el seno de nuestra culta sociedad vivió vida espiritual y cristiana é hizo del hogar templo para el bien en la práctica de las virtudes. A sus hijos y deudos enviamos nuestro pésame.

Flor de la Habana.—El señor Germán del Gallego ha tenido la bondad de participarnos en fina tarjeta la instalación de la fábrica de cigarrillos "Flor de la Habana" en el edificio que con tal fin ha construido en la ciudad de Maracaibo.

Vino acompañando la tarjeta de participación un cuadro fotográfico de las fachadas Norte y Sur del elegante edificio; del plano fotográfico del primer piso, ocupado por la fábrica; y de un grupo de todos los empleados del establecimiento.

Agradecemos la atención del señor Germán del Gallego á quien felicitamos por el ensanche de su negocio.

Belkiss.—Luis Berisso es un distinguido escritor argentino, apasionado por cuanto á bellas letras diga relación y con cuyas producciones hemos honrado nuestras columnas. En su patria, él ha dado á conocer en brillantes estudios de crítica á no pocos de los escritores americanos más sobresalientes, fomentando así la tan deseada unión de nuestras inteligencias por el conocimiento de sus obras literarias. Actualmente imprime en Buenos Aires *El pensamiento de América*, libro que, por los fragmentos que conocemos, consolidará la reputación del joven literato.

No satisfecho con esta labor y guiado por su espíritu noble y emprendedor, acaba de prestarle señalado servicio á nuestras letras con una bella traducción del poema portugués intitulado *Belkiss*, el cual viene precedido de una noticia crítica por el traductor, y de un discurso preliminar autorizado por el brillante poeta Leopoldo Lugones.

El autor de este maravilloso poema, Eugenio de Castro, era antes de la publicación de su obra en lengua castellana, desconocido de la mayor parte de los lectores del continente. Gracias, pues, á Berisso, revelador de esta joya preciosa de la literatura moderna, conseguirá el poeta portugués aplausos muy merecidos y no escasos admiradores por toda nuestra América.

Tiresias, Sagramor y Salomé e otros poemas, son tres libros más de Eugenio de Castro, que la crítica europea ha recibido con entusiasmo y de los cuales nos dará algunos fragmentos traducidos el escritor bonaerense.

Felicitamos muy sinceramente á Berisso por la manera feliz como ha realizado su generosa empresa; y le agradecemos el obsequio que se ha servido hacernos.

Juan José Vaamonde.—La muerte de este estimable caballero, suceso que registramos con pena, priva al hogar de un excelente esposo, á la sociedad de un honorable ciudadano y al comercio venezolano de un miembro distinguido.

Afectuoso, perseverante en el trabajo, sus relaciones fueron valiosas y sabía cultivarlas con el don de gentes que le era peculiar y que llevaba el sello de una amable serenidad de espíritu.—La numerosa concurrencia que acompañó su cadáver al acto del enterramiento, demuestra las simpatías de que gozaba el señor Vaamonde.

A su señora esposa y demás deudos presentamos nuestra más sentida condolencia.

"La República."—Con el número correspondiente al 15 de Enero ha entrado este estimado colega en el tercer año de su existencia.

Felicitamos á su Director.

Club Centro de Amigos—Valencia.—Fuimos cortésmente invitados por la Junta Directiva del Club Centro de Amigos á las honras fúnebres, que á la memoria del señor doctor Víctor Alvarado Escorihuela se efectuaron en la Iglesia matriz de aquella ciudad en la mañana del 19 de Enero.

Damos las gracias al señor E. F. Serizier quien comisionado por nosotros, nos representó en aquel acto.

Discurso.—Con dedicatoria del autor, que mucho agradecemos, hemos recibido un ejemplar del discurso pronunciado por el Dr. Heriberto Gordon en el acto celebrado por la Ilustre Universidad Central con motivo de la apoteosis del Generalísimo Francisco de Miranda.

El orador penetra en los dominios de la historia guiado por la luz de la filosofía; y ante la figura del Precursor de nuestra independencia suena la trompa patriótica y en periodos valientes produce el panegírico del Héroe y del Mártir.

Doctor Antonio María Sánchez.—Este virtuoso sacerdote venía desempeñando el Rectorado de la Capilla del Corazón de Jesús, cuando grave enfermedad minó su existencia y lo llevó á la tumba.

En sus últimos años se consagró también al servicio de la patria, como representante del Estado Zamora en el Congreso. Ha muerto joven y deja gratos recuerdos.

La sociedad de Caracas ha rendido los tributos que merece la memoria de tan digno Ministro del Altar.

"Diario de Avisos".—Con gusto insertamos á continuación el sueto que este estimado colega ha publicado en su número del 13 de enero último:

"BODAS DE PLATA"

Dentro de cuatro meses, es decir, el 9 del próximo mes de mayo, cumplirá el *Diario de Avisos* veinticinco años de su fundación; y siendo práctica universal conmemorar del mejor modo posible esos aniversarios, hemos dispuesto que la edición de ese día, si Dios no se ha servido de nosotros, contenga tres de las más notables composiciones en prosa que se escriban sobre el tema "Misión del Periodismo"; y quince sonetos de los que sobresalgan entre los que se escriban sobre el tema "Perseverancia".

Un Jurado compuesto de los señores Doctores Rafael Seijas, Ricardo Ovidio Limardo y José Manuel de los Ríos, fijará las tres composiciones en prosa, cada una de las cuales no excederá de diez cuartillas de escritura; y otro, compuesto de los señores Julio Calcaño, Amedoro Urdeneta y General Pedro Arismendi, fijará los quince sonetos.

Entre las composiciones en prosa escogidas por el Jurado se sorteará una *Pluma de oro*; y entre los sonetos favorecidos, *Cuatro Obras de lujo*.

Los trabajos se recibirán hasta el 15 de abril, y el Veredicto se dictará el 1º de mayo, llenando los justadores las fórmulas ordinarias acostumbradas en los certámenes.

La entrega de los premios se verificará el 9 de mayo á las 9 a. m., en el local y en la forma que se indicarán oportunamente."

Gil Blas.—Ha llegado á nuestra mesa de redacción *Gil Blas*, semanario ilustrado cuyas páginas están dedicadas á reflejar los sucesos de la cultura caraqueña. Este simpático periódico está dirigido por nuestro amigo señor Julio Paz Rodríguez; y, dado el carácter de su texto, obtendrá el favor del público. Celebramos la aparición del colega y nos será grato corresponder á su visita.

No terminamos estas líneas sin manifestar al señor Paz Rodríguez nuestro reconocimiento por los honrosos conceptos que acerca de nuestra Empresa contiene su segundo número.

Almas y Cerebros por Enrique Gómez Carrillo.—París.—Garnier Hermanos, Editores.—Con excepción de algunas páginas,—entre ellas las que abarca el estudio de *Las enfermedades de la Sensación desde el punto de vista de la literatura*,—constituyen el nuevo libro de Gómez Carrillo muchos de los trabajos que el joven literato guatemalteco ha venido publicando quincenalmente en EL COJO ILUSTRADO. Coleccionados esos trabajos en un elegante volumen, se nos presenta la oportunidad de manifestar á nuestro asiduo colaborador que su tarea literaria ha tenido la mejor aceptación, aun entre aquellos de nuestros lectores que no encuentran ajustado á su criterio artístico más de una de las ideas del autor.

Como suscritor por *Clarín*, el prólogo que trae *Almas y Cerebros* es una obra de combate. El crítico español, quien, como se sabe, prefiere el concepto áspero y desdénso á la frase amable, propicia á dirigir mejor las inteligencias; encuentra excelente la obra de Gómez Carrillo, desde el punto de vista de la información del cosmopolitismo literario; pero la combate al propio tiempo porque lleva en sí—dice—tendencias harto perniciosas para el *españolismo*.

Poca importancia da *Clarín* á la literatura moderna, porque no ve en ella la fuente que pueda calmar el noble anhelo de los espíritus; y declara medianías á muchos de los autores que admira Gómez Carrillo, porque ni son grandes artistas ni en punto á capitales cuestiones científicas y filosóficas

hacen más que dejarse sugestionar, sin saberlo, y tomar por original y como intuitiva manera de pensar y sentir, lo que es mero *pitacismo*. En *Almas y Cerebros* se ve pronto, dice *Clarín*:—“*Sarcey*..... ¡un pobre burgués! *Lajeneusse*, maldiciente de oficio..... ¡una gran cosa! Un señor no sé cuántos, amigo de *Carrillo*, ¡un gran poeta! *Victor Hugo*, ¡inferior á *Verlaine*!.....” *Max Nordau*—agrega *Clarín*—“no merece que se le busque y *sonsaque*, ni las demás diligencias que en *Gómez Carrillo* supone la visita. *Max Nordau* no es un sabio, no es un filósofo, no es un artista; es uno de tantos publicistas que entienden un poco de muchas cosas, y de todas ellas hablan y escriben, aprovechando, para adquirir notoriedad, la armonía que existe entre su espíritu vulgar y de ideas superficiales, y el espíritu de la gran masa de lectores adocenados. *Max Nordau* cultiva la especialidad de la brocha gorda y da escobazos, allí donde harían falta los más sutiles pinceles.”

Clarín habla de escobazos, como si nunca hubiera dado ninguno!

A escobazos ha tratado siempre la literatura americana, y sin embargo pretende que España y América sean una misma nación. En tono de oráculo exclama:—“hemos sido *unos* y volveremos á serlo, acaso pronto.”

—¿A escobazos?.....

Agradecemos á nuestro ilustrado colaborador la afectuosa dedicación con que nos ha enviado su obra, que sabremos conservar con el aprecio que nos merece su autor.

Folleto recibido.—*Movimiento de la Renta pública del Estado Lara.*—1896 á 1897, tomo II de la *Memoria del Secretario de Estado en 1893*—Barquisimeto.

Memoria que presenta á la Legislatura del Estado Zulia el Secretario general del Estado en 1897—Maracaibo.

El Tabaco en Cuba: Apuntes para su historia, por el doctor Antonio de Gordón y de Acosta.—Obsequio que la real fábrica de cigarrillos y picaduras *La Legitimidad y La Hidalguía* de Prudencio Rabell hace á sus favorecedores.—Habana 1898.

Memoria del Secretario de Gobierno del Estado Lara á la Asamblea Legislativa del mismo: Cuenta de todos los actos administrativos desde diciembre de 1896 á Noviembre de 1897.—Barquisimeto 1898.

Informe de la comisión investigadora del movimiento de la renta Municipal del 1º de Enero de 1893 á Setiembre 30 de 1897.—Puerto Cabello.

Mensaje que el Consejero encargado de la Presidencia del Estado presenta á la Asamblea Legislativa del Zulia en el año de 1897.—Maracaibo.

Mensaje que respecto del último año de su período constitucional dirige el general José Félix Mora, Presidente de Carabobo, á la Asamblea Legislativa del Estado en su reunión ordinaria de 1898.—Valencia.

Juicio sobre los tratados entre Venezuela y Colombia por el Dr. Santiago Briceño (abogado) (con introducción del señor José Ignacio Lares.)—(Artículos publicados en los números 14 y 15 de “*El Comercio*,” de Táriba correspondiente al 27 de Febrero y 28 de Marzo del presente año, 1897.)—Táriba.

Exposición sobre la lepra, presentada á la Academia de Medicina de Cartagena (Colombia) por el especialista Anibal Villa Navarro—1898.

Para la historia: al general Aquilino Juárez, tributo de admiración, por F. Montesinos Agüero y M. Felipe Rodríguez.—Barquisimeto 1898.

Damos las gracias á los señores remitentes.

Colegio del Sagrado Corazón de Jesús

Entre las ilustraciones del presente número aparece el grupo de las niñas que se educan en el acreditado instituto de las señoritas Chity. La vista fue tomada por el fotógrafo señor Victoriano Vicente Gil, después de los últimos exámenes rendidos por aquel establecimiento.

Dante y Virgilio atravesando el lago infernal de la ciudad de Dite

“Hay una laguna llamada Estigia que fue formada por aquel triste riachuelo al descender á sus rojizas é infectas playas. Y yo, que todo lo contemplaba con atenta mirada, vi en aquel pantano á almas cenagosas, desnudas y de irritado aspecto, que no contentas de herirse con las manos, la cabeza, el pecho y los pies, se desgarraban con los dientes. El buen maestro me dijo: “Hijo mío, hé aquí las almas de los que se dejaron dominar por la cólera; así mismo quiero te convenzas que debajo de estas aguas hay una raza condenada, la cual hace borbolar el agua en la superficie.” Y en efecto, desde el limo á que estaban pegadas aquellas almas, decían: “Tristes estuvimos siempre aun al aire dulce que el sol alegría, llevando en nuestro interior un humo denso y pesado; también ahora estamos tristes en este negro pantano.” Balbuceaban este himno en el fondo de su garganta, sin que pudiesen pronunciar una palabra.”

En esos tercetos de *El Infierno*, y en los siguientes del Canto VIII, se inspiró el gran artista francés para traducir en el lienzo el momento en que Dante, conducido por Virgilio, atraviesa á la hora “en que se baja cada estrella,” el lago que conduce á la ciudad de las llamas.

La Gioconda

Llamábase *Mona Lisa* esta hermosa y célebre mujer, esposa del magnate florentino Francisco Giocondo, la cual atrajo tanto la atención del gran maestro Leonardo de Vinci que se propuso hacer un retrato que fuese una maravilla. Copia de ese retrato que se conserva original en el Museo del Louvre es el grabado que exorna una de las páginas del presente número.

Vasari afirma que en esa obra empleó Vinci más de cuatro años, y que aunque la dejó sin concluir hay que confesar que esa figura debe por su ejecución hacer temblar las carnes á cualquier artista que trate de imitarla, por grande que sea su habilidad.

En Madrid, en la Pinacoteca del Prado, existe una bellísima copia que Madrazo creó probable sea de mano flamenco, mientras otros profesores la juzgan obra de Carlos Dolce, todo lo cual destruye la afirmación tradicional de que Madrid poseía la tabla original. La del Prado sólo se diferencia de la del Louvre, al decir de Madrazo, por la opacidad de las tintas.

Crepúsculo

La claridad tibia y difusa que precede á la salida del sol, ha sido bien simbolizada por el artista alemán en una hermosa figura de mujer. Es la hora en que el Sueño se despidе de la Noche con un beso tardo, y las mariposas del alba rozando con sus alas la piel sedosa de los brazos desnudos, piden miel á las bocas sonrosadas y relámpagos de amor á los ojos entornados.

Últimos momentos

El grupo escultórico de Koth representa el momento de la agonía de un hijo. El gesto de dolor reflexivo del padre y la actitud suplicante de la buena madre, dan á la piedra la virtud de despertar en el alma los más delicados sentimientos.

La hija culpable vuelve al hogar

Conmovedora escena de familia en la que el pintor Firtí pone en lucha recuerdos y sentimientos antes de que el perdón del cariño paternal caiga como rocío purificador en el alma de la hija extraviada en la senda del vicio. Da tinte melancólico al cuadro, la pobreza del medio en que se desarrolla el drama íntimo.

Dejad que los niños se acerquen á mí

La niñez no merece de la antigüedad el respeto y consideración que á su debilidad é inocencia se deben: fue Jesucristo, restaurador de todo derecho, quien la puso bajo la égida divina con esta severa

lección: En verdad os digo que al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos más le valiera no haber nacido.

El sol cae en occidente; la multitud se agrupa alrededor del Maestro; algunos niños desean acercarse y los discípulos lo impiden; la palabra divina se deja oír y llama á la inocencia con estas dulces palabras: Dejad que los niños se acerquen á mí.

Puente sobre el Guaire

Construído bajo la dirección del ingeniero Mannel Felipe Herrera Tovar, pronto será inaugurado el nuevo puente de hierro que sobre el río Guaire une la ciudad con la pintoresca Avenida del Paraíso al pie de la serranía del Sur.

Este puente tiene 60 metros de luz sin apoyos intermedios; 8 de ancho y 5 de altura sobre el río. La parte de acero pesa 90 toneladas y está calculado para soportar una carga de doscientas, uniformemente repartidas.

Cervecería de Maracaibo

La elaboración de cerveza es una nueva industria que comienza á aclimatarse en las principales ciudades de la república. Establecida en Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Maracaibo, presto lo será en Ciudad-Bolívar.

La fábrica de Maracaibo, de la cual presentamos cuatro vistas, se inauguró el 12 de junio del año próximo pasado. Constituida la empresa con capital venezolano, asciende éste á la suma de 864.000 bolívares. Las utilidades líquidas en el primer semestre alcanzaron á 32.454,57 bolívares, quedando la cantidad de 28.235,47 para repartirse en dividendos. En el citado semestre se expendieron 6.270 quintales de hielo y 88.970 litros de cerveza. De aquella época á hoy, ha tenido la venta de este producto un aumento de 50 por ciento.

Gran Ferrocarril de Venezuela

Representa el grabado un tren de pasajeros en la Cortada de Tucua, que es uno de los tantos sitios donde hubo que vencer dificultades para la construcción de la línea que enlaza á Caracas y Valencia con los principales puntos productores de los Valles de Aragua.

Hacienda Galipán

Las dos vistas insertas en la página 117 corresponden á la hermosa finca de café que en las cercanías de Caracas, en los fértiles terrenos del Avila, posee el señor Miguel Bueno.

Modas

A nuestras damas presentamos los últimos modelos de los sombreros que usan las señoras del mundo elegante.

La Emulsión de Scott merece con justicia el alto concepto en que la tiene la profesión médica. Así lo reconoce el hábil é inteligente Doctor Don Florencio Villuendas, de Juana Díaz, Pto. Rico.

Hé aquí sus propias palabras: “La Emulsión de Scott es un preparado excelente, y justamente conceptuado así por todos los médicos.”

DR. FLORENCIO VILLUENDAS.

Médico Titular de Juana Díaz.

Juana Díaz, Pto. Rico, Julio 15 de 1894.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz.

La **CREMA SIMON** calma muy bien los efectos de las **Picaduras** de los **Mosquitos**.

Verificar la marca de fábrica.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

NUESTROS GRABADOS

La limosna

Es una pintura inglesa del siglo XVII. Su autor, Guillermo Dobson, habría sido un célebre artista si hubiera realizado su viaje á Italia. Su nombradía, empero, ha logrado llegar hasta nosotros, que ese poder tiene el genio aunque no se revele con todas las fuerzas de que ha podido disponer para levantar sólida y definitivamente el pedestal de su fama. Dobson entró á servir en casa de un mercader de cuadros llamado Peake, aprovechándose de esta oportunidad para copiar las obras maestras del Tiziano y de Van-Dick. Muerto éste, Carlos I le nombró su primer pintor.

Falleció Dobson á los 30 años; sus mejores obras se encuentran en el Gabinete del duque de Northumberland.

Primer amor

(CUADRO DE J. JENKINS)

El asunto es de los que no envejecen porque siempre encuentra un eco amable en todos los corazones. En el lienzo del pintor inglés palpita una época eminentemente galante y en su centro el sentimiento del amor con sus primeros albores, tímidos como los que preceden á la salida del sol.

EL GRAN GRAFOFONO

MAQUINA HABLADORA

Una sencillísima máquina de hablar, reproducir la voz humana y las armonías musicales; hé ahí el **Grafofono**.

Su mecanismo es simple; es actuado por un motor de cuerda: su precio es bajo; se halla al alcance de todos, y su grandísima utilidad hace de él un objeto necesario en el hogar.

Esta máquina sencilla y simple por construcción: **habla, canta** y reproduce con perfección sin igual desde el dulce y armonioso Wals hasta las clásicas é incomparables sinfonías de Betowen. Con ella se divierte deliciosamente á los amigos en el hogar; para los enfermos no hay cosa más grata y placentera que les despierte y reviva las esperanzas agotadas por el sufrimiento y que les lleve al alma el deseo de la vida, la cual bajo su influencia encantadora y benéfica se entrega á las más dulces y gratas ilusiones.

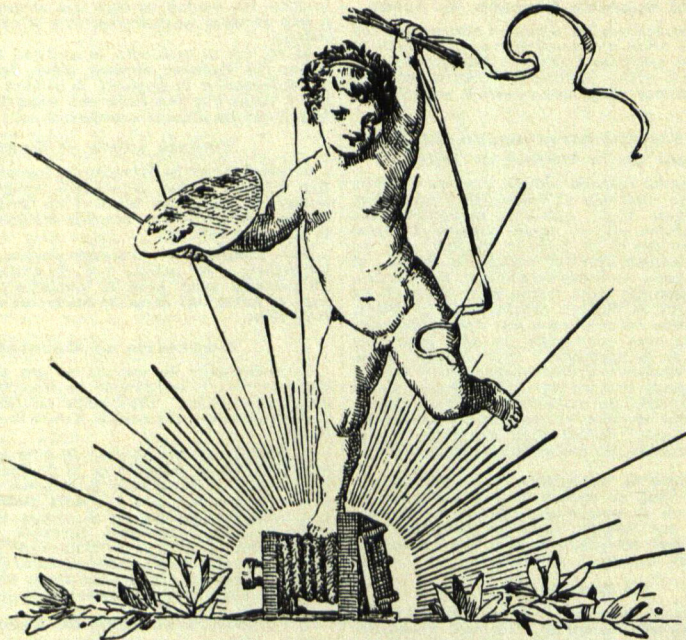
Nuestro Grafofono es un instrumento bien conocido en el globo del mundo, y á la ciudad de Caracas hemos despachado ya algunos de ellos.

El precio de esta máquina es de \$ 15 oro, al contado, inclusive seis cilindros de música variada y los gastos de encajonamiento y embarque.

El **dinero** se puede remitir por órdenes postales, en Billetes americanos, ó por medio de comisionistas.

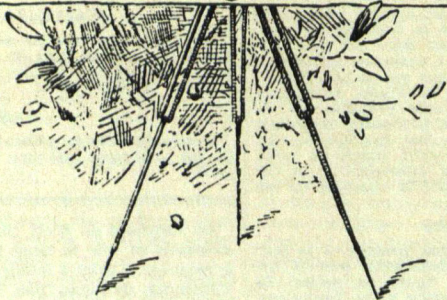
Garantizamos toda máquina, ó se devuelve el importe. Cilindros con música á \$ 7 docena neto. Toda orden debe venir directamente á esta Compañía.

Anglo-American Electrical M'fg Co. — 15 to 25 Whitehall St. — New York City.



V. Vicente Gil & Co

ESQUINA DE LAS MARRONES
CARACAS



PÍLDORAS



del **Dr. AYER**

**Curan la Dispepsia,
Estreñimiento,
Jaqueca y Desarreglos**

— DEL —

**ESTÓMAGO,
HÍGADO y VIENTRE**

Son puramente vegetales.
Son azucaradas,
Son purgantes.

Nadie debe estar sin un pomito de Píldoras Catárticas del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.



Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **POLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es e único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su **SOZODONTE** como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional.”

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmaceuticos de todas partes.

Pedid por tarjeta postal “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**



**JABON
HAMAMELIS
SULFUROSO**
del Dr. Rosa conserva las MANOS SUAVES y BLANCAS y en el baño lo usan las reinas. Vigoriza el Cabello y evita su caída.

Fabricado por Dr. Rosa, C. A. N. E. U. U. Montclair

MIS VERSOS

— POR —

Víctor M. Racamonde

DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS.

á 3 reales ejemplar

En el Interior de la República: en todas las Agencias de EL COJO ILUSTRADO, á 3½ reales ejemplar (½ real más por el porte.)